

esto no debéis tener duda alguna, y él no se abstuvo de presentarse a la hora fijada. • Mas la dama, deseando probar aún la fuerza de su amor, había dicho a su hermosa damisela: «Sé muy bien del amor que cierto noble te tiene, y creo que no le estás menos enamorada; y siento tanta pena por vosotros que he decidido concederos tiempo y lugar para que podáis conversar a vuestro gusto». • La damisela se mostró tan encantada que no pudo ocultar sus ansias, y respondió que no dejaría de presentarse. • En obediencia, así, al consejo y orden de su señora, se desvistió y acostó en una espléndida cama, en una habitación cuya puerta la dama dejó entreabierta, mientras que dentro puso una luz para que la hermosura de la doncella pudiera verse con claridad. Fingió entonces retirarse, pero se escondió cerca de la cama con tanto cuidado que no pudiese ser vista. • Su pobre amante, creyendo hallarla conforme a su promesa, entró en la habitación lo más delicadamente que pudo, a la hora indicada; y tras cerrar la puerta y quitarse sus prendas y zapatos de piel, se metió a la cama, donde esperaba encontrar lo que deseaba.

Mas tan pronto como tendió los brazos para estrechar a quien creía su dama, la pobre muchacha, creyéndolo enteramente suyo, le rodeó el cuello con los brazos, diciéndole entre tanto tan amorosas palabras y con tan hermoso semblante que no hay ermitaño tan santo que no hubiera olvidado sus cuentas de amor por ella. • Pero cuando el caballero la reconoció tanto de ojo como de oído, y descubrió no estar con aquella por cuyo bien tanto había sufrido, el amor que tan prestamente lo había metido en la cama lo hizo salir de ella más pronto aún. Y enojado por igual con su señora y la damisela, dijo: «Ni tu locura ni la malicia de ella que te puso aquí pueden cambiarme. Pero trata de ser una mujer honesta, para que nunca pierdas ese buen nombre por mí». • Así diciendo, salió corriendo de la habitación con la mayor cólera imaginable, y pasó mucho tiempo antes de volver a ver a su dama. Mas el amor, que nunca pierde la esperanza, le aseguraba que cuanto más grande y manifiestamente había quedado demostrada su constancia por todas esas pruebas, más larga y deliciosa sería su dicha. • La dama, que había visto y oído todo lo ocurrido, quedó tan deleitada y sorprendida al contemplar la hondura y constancia del amor de él, que estaba impaciente por volver a verlo para pedirle perdón por la pena a que lo había sometido. Y tan pronto como pudo encontrarlo, no dejó de dirigirle tan excelentes y placenteras palabras que él no solo olvidó todas sus cuitas, sino que aun las consideró muy afortunadas, viendo que su desenlace era para la gloria de su

constancia y la perfecta garantía de su amor, del fruto del cual gozó desde entonces tan plenamente como habría podido desear.

**REINA MARGARITA DE NAVARRA, HEPTAMERÓN, CITADO
EN *EL VICIO: ANTOLOGÍA*, EDICIÓN DE RICHARD
DAVENPORT-HINES**

3. Durante la década de 1890 y hasta principios del siglo XX, Gabriele D'Annunzio fue considerado uno de los mejores novelistas y dramaturgos de Italia. Pero muchos italianos no lo soportaban. Su escritura era florida, y en persona parecía muy pagado de sí mismo, sobreactuado: cabalgaba desnudo en la playa, fingía ser un hombre del Renacimiento y cosas así. Sus novelas solían tratar de la guerra, y de la gloria de enfrentar y vencer a la muerte, tema entretenido para alguien que en realidad jamás había hecho tal cosa. Así, a principios de la primera guerra mundial, no sorprendió a nadie que D'Annunzio encabezara el llamado a la incorporación de Italia a los aliados y su entrada a la refriega. Adonde se mirara, ahí estaba él, pronunciando un discurso a favor de la guerra, campaña que tuvo éxito en 1915, cuando Italia declaró finalmente la guerra a Alemania y Austria. Hasta entonces el papel de D'Annunzio había sido totalmente predecible. Pero lo que sorprendió a los italianos fue lo que ese hombre de cincuenta dos años hizo después: alistarse en el ejército. Nunca había servido en las fuerzas armadas, se mareaba en los barcos, pero fue imposible disuadirlo. Las autoridades le dieron al fin un puesto en una división de caballería, con la esperanza de mantenerlo fuera de combate.

Italia tenía poca experiencia de guerra, y su ejército era un tanto caótico. Por alguna razón los generales perdieron de vista a D'Annunzio, quien de todos modos había decidido dejar su división de caballería y formar sus propias unidades. (Después de todo era un artista, y no fue posible someterlo a la disciplina militar). Haciéndose llamar *Commandante*, él se sobrepuso a su mareo habitual y realizó una serie de osados ataques, dirigiendo a media noche grupos de lanchas de motor contra puertos austriacos y disparando torpedos contra barcos anclados. Asimismo, aprendió a volar, y comenzó a encabezar misiones peligrosas. En agosto de 1915 voló sobre la ciudad de Trieste, entonces en manos enemigas, y arrojó banderas italianas y miles de volantes con un mensaje de esperanza, escrito con su estilo inimitable: «¡El fin de su martirio está cerca! El amanecer de su dicha es inminente. Desde las alturas del cielo, en las alas de Italia, lanzo esta promesa, este mensaje salido de mi corazón». Volaba a alturas inauditas para la época, y en medio de cerrado fuego enemigo. Los austriacos pusieron precio a su cabeza.

En una misión en 1916, D'Annunzio cayó sobre su ametralladora, lesionándose permanentemente un ojo y dañando de gravedad el otro. Cuando se le dijo que sus días de vuelo habían terminado, convaleció en su casa en Venecia. En ese entonces se creía en general que la mujer más bella y elegante de Italia era la condesa

Morosini, examante del káiser alemán. Su palacio se encontraba en el Grand Canal, frente a la casa de D'Annunzio. Ella se vio asediada entonces por cartas y poemas del escritor soldado, en los que este combinaba detalles de sus hazañas de vuelo con declaraciones de amor. Bajo ataques aéreos contra Venecia, él cruzaba el canal, viendo apenas con un ojo, para entregar su más reciente poema. La condición de D'Annunzio era muy inferior a la de Morosino, de simple escritor, pero su disposición a hacer frente a todo por ella la conquistó. El hecho de que su conducta temeraria pudiera costarle la vida en cualquier momento no hizo más que apresurar la seducción.

D'Annunzio ignoró el consejo de los médicos y volvió a volar, realizando ataques aún más osados que antes. Al terminar la guerra, era el héroe más condecorado de Italia. Dondequiera que iba en Italia, la gente llenaba las plazas para oír sus discursos. Después de la guerra, encabezó una marcha sobre Fiume, en la costa adriática. En las negociaciones de paz, los italianos creyeron merecer en recompensa esa ciudad, pero los aliados no accedieron. Las fuerzas de D'Annunzio tomaron Fiume y el poeta se volvió líder, gobernando Fiume durante más de un año como república autónoma. Para entonces, todos habían olvidado su menos que glorioso pasado como escritor decadente. Ya era incapaz de hacer nada malo.

Interpretación. El atractivo de la seducción es que nos aparta de nuestras rutinas normales, y nos permite experimentar el estremecimiento de lo desconocido. La muerte es lo desconocido por antonomasia. En periodos de caos, confusión y muerte —las plagas que arrasaron a Europa en la Edad Media, el Terror de la Revolución francesa, los ataques aéreos sobre Londres durante la segunda guerra mundial—, la gente suele abandonar su usual cautela y hacer cosas que nunca haría en otras circunstancias. Experimenta entonces una especie de delirio. Hay algo muy seductor en el peligro, en lanzarse a lo desconocido. Muestra que tienes una vena temeraria y una naturaleza intrépida, que careces del habitual temor a la muerte, e instantáneamente fascinarás a la mayor parte de la humanidad.

Lo que exhibes en este caso no es lo que sientes por otra persona, sino algo de ti mismo: que estás dispuest@ a aventurarte. No eres un@ hablador@ y fanfarrón@ más. Esta es una receta para el carisma instantáneo. Cualquier figura política. —Churchill, De Gaulle, Kennedy— que se haya probado en el campo de batalla posee un atractivo inigualable. Muchos pensaban que D'Annunzio era un mujeriego fatuo; su experiencia en la guerra le otorgó un lustre heroico, un aura napoleónica. De hecho, siempre había sido un seductor eficaz, pero entonces se volvió mucho más atractivo. No necesariamente tienes que arriesgarte a morir, pero exponerte a ello te concederá una carga seductora. (Con frecuencia es mejor hacer esto ya avanzada la seducción, momento para el cual ese acto será una agradable sorpresa). Estás dispuest@ a entrar a lo desconocido. No hay persona más seductora que la que ha tenido un roce con la muerte. La gente se sentirá atraída a ti; quizá espere que se le pegue parte de tu espíritu aventurero.

4. Según una versión de la leyenda artúrica, el gran caballero Lancelot vislumbró en una ocasión a la reina Guinevere, la esposa del rey Arturo, y con eso bastó: se enamoró locamente. Así, cuando recibió la noticia de que la reina había sido raptada por un caballero malévolo, no titubeó: olvidó sus demás tareas caballerescas y salió a toda prisa en su búsqueda. Su caballo no resistió la persecución, así que él continuó a pie. Por fin pareció hallarse cerca, pero estaba exhausto y no podía más. Una carreta tirada por caballos pasó por ahí; iba llena de hombres encadenados, de aspecto repugnante. En aquellos días era tradición disponer a los criminales — asesinos, traidores, cobardes, ladrones— en carretas como esa, que luego recorrían cada calle de la ciudad para que la gente los viera. Una vez que alguien viajaba en la carreta, perdía todos sus derechos feudales por el resto de su vida. La carreta era un símbolo tan terrible que, al ver una vacía, la gente temblaba y se persignaba. Aun así, Lancelot abordó al conductor, un enano: «¡En nombre de Dios, dime si has visto a mi señora la reina pasar por este camino!». «Si quieres subir a esta carreta», respondió el enano, «mañana sabrás qué ha sido de la reina». Y avanzó. Lancelot vaciló durante dos pasos de caballo, pero luego corrió tras la carreta y trepó en ella.

Dondequiera que la carreta pasaba, los lugareños la imprecaban. Tenían especial curiosidad por el caballero entre los pasajeros. ¿Cuál era su crimen? ¿Cómo moriría? ¿Desollado? ¿Ahogado? ¿Quemado en la hoguera? Por fin el enano le permitió bajar, sin una palabra sobre el paradero de la reina. Peor aún, nadie se acercaba ni hablaba con Lancelot, porque había estado en la carreta. Él siguió buscando a la reina, y en todas partes era injuriado, escupido y desafiado por otros caballeros. Había deshonrado la caballería al viajar en la carreta. Pero nadie pudo detenerlo ni retrasarlo, y él descubrió finalmente que el raptor de la reina era el malvado Meleagante. Le dio caza y se enfrentaron a duelo. Aún debilitado por la búsqueda, pareció que Lancelot estaba por ser derrotado; pero cuando supo que la reina presenciaba la batalla, recobró su fuerza, y estaba a punto de matar a Meleagante cuando se declaró una tregua. Guinevere le fue entregada.

Lancelot podía apenas contener la dicha al pensar que por fin estaba en presencia de su dama. Pero para su consternación, ella parecía molesta, y no miraba a su salvador. Dijo ella al padre de Meleagante: «Señor, en verdad que él ha malgastado sus esfuerzos. Siempre negaré estarle agradecida». Esto mortificó a Lancelot, pero no se quejó. Mucho después, tras soportar innumerables pruebas más, Guinevere cedió al fin, y se hicieron amantes. Un día él le preguntó si cuando fue raptada por Meleagante había sabido de la historia de la carreta, y de que él había deshonrado la caballería. ¿Era esa la causa de que ella lo hubiera tratado tan fríamente ese día? La reina contestó: «Al demorarte dos pasos, mostraste tu renuencia a subir. A decir verdad, ese fue el motivo de que no quisiera verte ni hablar contigo».

Interpretación. La oportunidad de ejecutar tu acto desinteresado suele presentarse de repente. Tienes que demostrar tu valía en un instante, en el acto. Podría tratarse de una situación de rescate, un regalo o favor por hacer, una petición

súbita de dejar todo para prestar ayuda. No importa si procedes precipitadamente, cometes un error o haces algo ridículo, sino que actúes en beneficio de la otra persona sin pensar en ti ni en las consecuencias.

En momentos así, un titubeo, aun por unos cuantos segundos, puede arruinar el esmerado trabajo de tu seducción, y revelar que estás absort@ en ti mism@, que eres cobarde y poco cortés. Esta es por lo menos la moraleja de la versión de Chrétien de Troyes, del siglo XII, de la historia de Lancelot. Recuerda: no solo importa lo que haces, sino también cómo lo haces. Si eres naturalmente ensimismad@, aprende a esconderlo. Reacciona lo más espontáneamente que puedas, y exagera el efecto pareciendo nervios@, sobreexcitad@, e incluso ridícul@; el amor te ha llevado hasta ese punto. Si tienes que saltar a la carroza por el bien de Guinevere, cerciórate de que ella vea que lo haces sin la menor vacilación.

5. En Roma, alrededor de 1531, corrió la voz acerca de una joven sensacional, llamada Tullia d'Aragona. Para los estándares del periodo, Tullia no constituía una belleza clásica: era alta y delgada, en una época en que la mujer robusta y voluptuosa era considerada ideal. Además, carecía del empalago y las risillas de la mayoría de las jóvenes que ansiaban la atención masculina. No, su cualidad era más noble. Su latín era perfecto, podía hablar de la literatura más reciente, tocaba el laúd y cantaba. En otras palabras, era una novedad; y como eso era lo que casi todos los hombres buscaban, dieron en visitarla en gran número. Ella tenía un amante, un diplomático, y la idea de que un hombre hubiera conquistado sus favores físicos volvía locos a todos. Sus visitantes empezaron a competir por su atención, escribiendo poemas en su honor, disputándose el título de favorito. Ninguno lo consiguió, pero seguían intentando.

Claro que había quienes se sentían ofendidos por ella, y que en público decían que Tullia no era más que una ramera de clase alta. Repetían el rumor (tal vez cierto) de que hacía bailar a viejos mientras tocaba el laúd; y si su baile le complacía, podían abrazarla. Para sus fieles seguidores, todos de noble cuna, eso era una calumnia. Escribieron un documento que se distribuyó en todos lados: «Nuestra honrada señora, la bien nacida y honorable dama Tullia d'Aragona, supera a todas las damas del pasado, presente y futuro por sus cualidades deslumbrantes. [...] Quien se niegue a ajustarse a esta declaración deberá, por la presente, entrar en liza con uno de los caballeros abajo firmantes, quien lo convencerá en la forma acostumbrada».

Tullia abandonó Roma en 1535, primero en favor de Venecia, donde el poeta Tasso se hizo su amante, y después de Ferrara, quizá entonces la corte más civilizada de Italia. ¡Qué sensación causó ahí! Su voz, su canto, aun sus poemas eran elogiados en todas partes. Puso una academia literaria dedicada a las ideas del librepensamiento. Se hizo llamar musa y, como en Roma, un grupo de jóvenes se congregó en torno suyo. La seguían por toda la ciudad, inscribiendo su nombre en los árboles, escribiendo sonetos en su honor y cantándolos a quienquiera que los

escuchara.

A un joven noble le sacó de quicio ese culto adorador: al parecer, todos amaban a Tullia, pero nadie recibía a cambio su amor. Resuelto a raptarla y casarse con ella, este joven logró con engaños que ella le permitiera visitarla una noche. Él proclamó su devoción imperecedera, la colmó de joyas y presentes y pidió su mano. Ella se la negó. Él sacó un cuchillo, pero ella volvió a negarse, así que él se apuñaló. El joven sobrevivió, pero la fama de Tullia fue entonces mayor que antes: ni siquiera el dinero podía comprar sus favores, o al menos eso parecía. Conforme pasaron los años y su belleza desapareció, un poeta o intelectual salía siempre en su defensa y la protegía. Pocos de ellos ponderaban siquiera la realidad; que Tullia era, en efecto, una cortesana, una de las más populares y mejor pagadas de su profesión.

Un soldado tiende sitio a ciudades, un amante a las casas de doncellas; \ uno asalta las puertas de las urbes, el otro las frontales. \ El amor, como la guerra, es un albur. El vencido puede recuperarse, \ aunque algunos crean invencible el derrumbe; \ así que si tienes por opción fácil al amor, \ bien harías en pensarlo dos veces. El amor exige \ agallas e iniciativa. El gran Aquiles se enfurruña por Briseida; \ ¡ea, troyanos, destrozad la muralla argiva! \ Héctor entraba en batalla desde los abrazos de Andrómaca, \ puesto el casco por su esposa. El propio Agamenón, \ el supremo, caía en éxtasis a la vista del cabello suelto de Casandra; \ y aun Marte fue sorprendido in fraganti, y sintió las mallas del herrero \ el mayor escándalo del cielo en años. Mira después \ mi caso. Yo era flojo, nacido para el ocio \ en paños menores, apaciguado por el indolente garabatear en las sombras. \ Pero el amor por una linda mujer lanzó pronto al haragán \ a la acción, lo hizo enrolarse. \ Y mírame ahora: dando enérgica, intensa, feroz batalla en los ejercicios nocturnos. Si quieres una cura para la holganza, ¡enamórate!

OVIDIO, *AMORES*

Interpretación. Tod@s tenemos defectos de una u otra clase. Nacemos con algunos de ellos, y no podemos evitarlos. Tullia tenía muchos de esos defectos. Físicamente, no era el ideal del Renacimiento. Asimismo, su madre había sido una cortesana, y ella era ilegítima. Pero a los hombres que caían bajo su hechizo no les importaba. Estaban demasiado trastornados por su imagen: la de mujer elevada, para conquistar a la cual había que pelear. Su actitud procedía directamente de la Edad Media, de los días de los caballeros y trovadores. Entonces, una mujer,

habitualmente casada, podía controlar la dinámica de poder entre los sexos retirando sus favores hasta que el caballero demostrara de algún modo su valía y la sinceridad de sus sentimientos. Podía enviársele a una búsqueda, u obligársele a vivir entre leprosos, o a competir por el honor de ella en una justa posiblemente fatal. Y tenía que hacer esto sin quejarse. Aunque los días de los trovadores se extinguieron hace mucho tiempo, la pauta permanece: a un hombre en realidad le agrada poder demostrar su valor, ser desafiado, competir, sufrir pruebas y tribulaciones y salir victorioso. Tiene una vena masoquista; a una parte suya le gusta sufrir. Y por extraño que parezca, entre más exige una mujer, más digna parece. Una mujer fácil de obtener no puede valer gran cosa.

Haz que l@s demás compitan por tu atención, muestren de algún modo de lo que son capaces, y verás cómo aceptan el reto. La vehemencia de la seducción aumenta con estos desafíos: «Demuéstrame que me amas de verdad». Cuando una persona (de cualquier sexo) está a la altura de las circunstancias, de la otra suele esperarse que haga lo mismo, y la seducción se agudiza. Al hacer que la gente demuestre su valía, aumentas asimismo tu valor y encubres tus defectos. Tus objetivos están demasiado ocupados probándose para notar tus faltas e imperfecciones.

**Símbolo: El torneo. En el campo,
con sus brillantes pendones y enjaezados caballos, la
dama ve a los caballeros pelear por su mano. Los ha oído declarar
su amor de rodillas, sus canciones interminables y bellas promesas.
Son muy buenos para eso. Pero entonces suena la trompeta y
empieza
el combate. En el torneo no puede haber farsa ni vacilación. El
caballero al que ella elija deberá tener sangre en el
rostro, y algunas fracturas.**

REVERSO

Al tratar de demostrar que eres dign@ de tu objetivo, recuerda que cada blanco ve las cosas de manera diferente. Una exhibición de destreza física no impresionará a alguien que no valora la habilidad física; solo indicará que buscas atención, ufanarte. L@s seductor@s deben adaptar su modo de mostrar de lo que son capaces a las dudas y debilidades del@ seducid@. Para algun@s, las palabras bellas son una

prueba mejor que los hechos temerarios, en particular si han sido escritas. Con estas personas, manifiesta tus sentimientos en una carta: otro tipo de prueba física, con más atractivo poético que una acción ostentosa. Conoce bien a tu objetivo, y dirige tu evidencia seductora a la fuente de sus dudas y su resistencia.

17. Efectúa una regresión

La gente que ha experimentado cierto tipo de placer en el pasado, intentará repetirlo o recordarlo. Los recuerdos más arraigados y agradables suelen ser los de la temprana infancia, a menudo inconscientemente asociados con la figura paterna o materna. Haz que tus objetivos vuelvan a esos momentos infiltrándote en el triángulo edípico y poniéndolos a ellos como el@ niñ@ necesidad@. Ignorantes de la causa de su reacción emocional, se enamorarán de ti. O bien, también tú puedes experimentar una regresión, dejándoles a tus blancos desempeñar el papel de padres/madres protector@s, salvaguard@s. En uno u otro caso, ofreces la fantasía suprema: la posibilidad de tener una relación íntima con mamá o papá, hijo o hija.

LA REGRESIÓN ERÓTICA

Como adult@s tendemos a sobrevalorar nuestra infancia. En su dependencia e impotencia, l@s niñ@s sufren de verdad; pero cuando crecemos, olvidamos convenientemente eso y sentimentalizamos el supuesto paraíso que dejamos atrás. Olvidamos el dolor y recordamos solo el placer. ¿Por qué? Porque las responsabilidades de la vida adulta son a veces una carga tan opresiva que añoramos en secreto la dependencia de la infancia, a esa persona que estaba al tanto de cada una de nuestras necesidades, que hacía suyos nuestros intereses y preocupaciones. Esta ensoñación nuestra tiene un fuerte componente erótico, porque la sensación de un@ niñ@ de depender de su p/m-adre está cargada de matices sexuales. Transmite a la gente una sensación similar a ese sentimiento de protección y dependencia de la niñez y proyectará en ti toda suerte de fantasías, incluidos sentimientos de amor o atracción sexual que atribuirá a otra cosa. Aunque no lo admitamos, es un hecho que anhelamos experimentar una regresión, despojarnos de nuestra apariencia adulta y desahogar las emociones infantiles que persisten bajo la superficie.

[En Japón], gran parte del estilo tradicional de la crianza parece fomentar una dependencia pasiva. Es raro que al niño se le deje solo, de día o de noche, porque por lo común duerme con la madre. Cuando sale, el niño no es empujado en un cochecito, para enfrentar solo al mundo, sino que se le sujeta apretadamente a la espalda de la madre en un ceñido capullo. Cuando la madre se inclina, el niño lo hace también, así que las buenas maneras sociales se adquieren en forma automática al tiempo que se sienten los latidos de la madre. De este modo, la seguridad emocional tiende a depender casi por completo de la presencia física de la madre. • [...] Los niños aprenden que una muestra de dependencia pasiva es la mejor manera de obtener favores tanto como afecto. Hay un verbo para esto en japonés: *amaeru*, que, según el diccionario, significa «suponer el amor de otro; hacerse el bebé». De acuerdo con el psiquiatra Doi Takeo, esta es la clave principal para comprender la personalidad japonesa. Esto se extiende también a la vida adulta: los empleados jóvenes se comportan así con los

veteranos en las compañías o cualquier otro grupo, las mujeres con los hombres, los hombres con su madre, y a veces con su esposa. [...] • [...] Una revista titulada *Dama Joven* publicó un artículo (en enero de 1982) sobre «cómo volvernos bellas». Cómo, en otras palabras, atraer a los hombres. Una revista estadounidense o europea habría procedido entonces a indicar a la lectora cómo ser sexualmente deseable, sugiriendo sin duda varios cosméticos, cremas y *sprays*. Pero *Dama Joven* no. «Las mujeres más atractivas», nos informa, «son las que están llenas de amor maternal. Las mujeres sin amor maternal son el tipo con quienes los hombres nunca querrán casarse. [...] Debemos ver a los hombres a través de los ojos de una madre».

IAN BURUMA, *DETRÁS DE LA MÁSCARA: SOBRE DEMONIOS SEXUALES, MADRES SAGRADAS, TRAVESTIS, GÁNGSTERS, VIVIDORES Y OTROS HÉROES CULTURALES JAPONESES*

Al principio de su trayectoria, Sigmund Freud enfrentó un extraño problema: muchas de sus pacientes se enamoraban de él. Él creía saber qué sucedía: alentada por Freud, la paciente hurgaba en su infancia, la fuente, desde luego, de su enfermedad o neurosis. Hablaba de su relación con su padre, sus primeras experiencias de ternura y amor, y también de descuido y abandono. Este proceso desencadenaba poderosas emociones y recuerdos. En cierto modo, ella era transportada a su niñez. Intensificar este efecto era el motivo de que Freud hablara poco y se volviera un tanto frío y distante, aunque pareciera afectuoso; en otras palabras, de que se asemejara a la figura paterna tradicional. Entre tanto, la paciente estaba tendida en un diván, en una posición de desamparo o pasividad, de tal forma que la situación reproducía los roles padre hija. Finalmente, ella empezaba a dirigir a Freud mismo parte de las confusas emociones que encaraba. Sin saber lo que ocurría, ella lo relacionaba con su padre. La paciente experimentaba una regresión y se enamoraba. Freud llamó a este fenómeno «transferencia», la cual se convertiría en parte activa de su terapia. Al hacer que sus pacientes transfirieran al terapeuta parte de sus sentimientos reprimidos, ponía sus problemas al descubierto, donde podían enfrentarse en un plano consciente.

El efecto de transferencia era tan poderoso que a menudo Freud era incapaz de lograr que sus pacientes superaran su encaprichamiento. De hecho, la transferencia es una manera eficaz de crear un lazo emocional, la meta de la seducción. Este método tiene infinitas aplicaciones fuera del psicoanálisis. Para practicarlo en la realidad, debes actuar como terapeuta, alentando a la gente a hablar de su niñez. La mayoría lo haríamos con gusto; y nuestros recuerdos son tan vívidos y emotivos que una parte de nosotr@s experimenta una regresión con solo hablar de nuestros

primeros años. Asimismo, en el curso de esa conversación suelen escaparse pequeños secretos: revelamos toda suerte de información valiosa sobre nuestras debilidades y carácter, información que tú debes atender y recordar. No creas todo lo que dicen tus objetivos; con frecuencia endulzarán o sobre dramatizarán sucesos de su infancia. Pero presta atención a su tono de voz, a cualquier tic nervioso al hablar, y en particular a todo aquello que no quieran mencionar, todo lo que nieguen o les emocione. Muchas afirmaciones significan en verdad lo contrario; si dicen que odiaban a su padre, por ejemplo, puedes estar segur@ de que encubren una enorme desilusión: que lo cierto es que amaban en exceso a su padre, y que quizá nunca obtuvieron de él lo que querían. Pon especial atención a temas e historias recurrentes. Sobre todo, aprende a analizar las reacciones emocionales, y a descubrir lo que hay detrás de ellas.

Mientras tus blancos hablan, mantén la actitud del@ terapeuta: atent@ pero callad@, haciendo comentarios ocasionales, sin criticar. Sé afectuos@ pero distante—de hecho algo indiferente—, y ellos empezarán a transferir emociones y proyectar fantasías en ti. Con la información que has reunido sobre su niñez, y el lazo de confianza que has forjado con ellos, puedes empezar a efectuar la regresión. Quizá hayas descubierto un poderoso apego al@ p/m-adre, un@ herman@ o un@ maestr@, o un encaprichamiento temprano, con una persona que proyecta una sombra sobre su vida presente. Sabiendo cómo era esa persona que tanto los afectó, puedes adoptar ese papel. O quizá te hayas enterado de un inmenso vacío en su infancia: un padre negligente, por ejemplo. Actúa entonces como ese padre, pero remplace el descuido original por la atención y afecto que el padre real nunca proporcionó. Tod@s tenemos asuntos pendientes de la niñez: desilusiones, carencias, recuerdos dolorosos. Termina lo que quedó inconcluso. Descubre lo que tu objetivo nunca tuvo y contarás con los ingredientes necesarios para una honda seducción.

He subrayado el hecho de que la persona amada es un sustituto del yo ideal. Dos personas que se aman intercambian su yo ideal. Que se amen significa que aman el ideal de ellas mismas en la otra. No habría amor sobre la Tierra si este fantasma no existiera. Nos enamoramos porque no podemos alcanzar la imagen de nuestro mejor yo y de lo mejor de nuestro yo. Con base en este concepto resulta obvio que el amor solo es posible en cierto nivel cultural o después de alcanzada cierta fase en el desarrollo de la personalidad. La creación de un yo ideal señala en sí misma el progreso humano. Cuando la gente está completamente satisfecha con su yo, el amor es imposible. • La transferencia del yo ideal a una persona es el rasgo más característico del amor.

THEODOR REIK, *DE AMOR Y DESEO*

La clave es no hablar solo de recuerdos; eso sería insuficiente. Lo que debes hacer es lograr que la gente actúe en el presente problemas de su pasado, sin estar consciente de lo que ocurre. Las regresiones que puedes efectuar se dividen en cuatro grandes tipos.

La regresión infantil. El primer vínculo —el vínculo entre una madre y su hij@— es el más poderoso de todos. A diferencia de otros animales, los bebés humanos tenemos un largo periodo de desamparo, durante el que dependemos de nuestra madre, lo que engendra un apego que influye en el resto de nuestra vida. La clave para efectuar esta regresión es reproducir la sensación del amor incondicional de una madre por su hij@. Nunca juzgues a tus blancos; déjalos hacer lo que quieran, incluso portarse mal; al mismo tiempo, rodéalos de amorosa atención, cólmalos de comodidades. Una parte de ellos hará una regresión a esos primeros años, cuando su madre se hacía cargo de todo y rara vez los dejaba solos. Esto funciona para casi tod@s, porque el amor incondicional es la forma de amor más rara y preciada. Ni siquiera tendrás que ajustar tu conducta a algo específico de la infancia de tus objetivos; la mayoría hemos experimentado ese tipo de atención. Mientras tanto, crea atmósferas que refuercen la sensación que generas: ambientes cálidos, actividades divertidas, colores brillantes y alegres.

La regresión edípica. Después del lazo entre madre e hij@ viene el triángulo edípico madre, padre, hij@. Este triángulo se forma durante el periodo de las primeras fantasías eróticas del@ niñ@. Un niño quiere a su madre para sí, una niña a su padre, pero jamás lo logran, porque un@ p/m-adre siempre tendrá relaciones rivales con su cónyuge u otr@s adult@s. El amor incondicional ha desaparecido; ahora, inevitablemente, el@ p/m-adre puede negar a veces lo que el@ hij@ desea. Transporta a tu víctima a ese periodo. Desempeña el papel p/m-aterno, sé cariños@, pero en ocasiones también regaña e inculca algo de disciplina. En realidad a l@s niñ@s les agrada un poco de disciplina; les hace sentir que el@ adult@ se preocupa de ell@s. Y a los niñ@s adult@s también les estremecerá que mezcles tu ternura con un poco de dureza y castigo.

A diferencia de la regresión infantil, la edípica debe ajustarse a tu objetivo. Esta regresión depende de la información que hayas reunido. Sin saber suficiente, podrías tratar a una persona como niñ@, regañándola de vez en cuando, solo para descubrir que suscita recuerdos desagradables: tuvo demasiada disciplina cuando niñ@. O podrías generar recuerdos de un@ p/m-adre aborrecible, y ella transferirá a ti esos sentimientos. No sigas adelante con la regresión hasta que te hayas enterado lo más posible de la niñez de tu blanco: aquello de lo que tuvo demasiado, lo que le faltaba, etcétera. Si el objetivo estuvo firmemente apegado a su p/m-adre pero ese apego fue parcialmente negativo, la estrategia de la regresión edípica puede ser muy efectiva de todas formas. Siempre nos sentimos ambivalentes ante nuestr@ p/m-adre; aun si l@ amamos, resentimos haber tenido que depender de éll@. No te preocupes si

incitas esas ambivalencias, que no nos impiden vincularnos con nuestros padres. Recuerda incluir un componente erótico en tu conducta p/m-aterna. Ahora tus objetivos no solo tienen para ellos solos a su madre o padre; también tienen algo más, antes prohibido y hoy permitido.

Le di [a Sylphide] los ojos de una muchacha de la ciudad, la fresca tez de otra. Los retratos de grandes damas de la época de Francisco I, Enrique IV y Luis XIV, que colgaban de nuestra sala, me proporcionaron otros rasgos, e incluso me valí de bellezas de las imágenes de la Virgen en las iglesias. Esta criatura mágica me seguía a todas partes sin ser vista, yo conversaba con ella como si fuera una persona real; ella cambiaba de apariencia según el grado de mi locura; Afrodita sin velo, Diana envuelta en azul y rosa, Talía con una máscara sonriente, Hebe con la copa de la juventud; o se convertía en hada, y me concedía dominio sobre la naturaleza. [...] Esta ilusión duró dos años enteros, en el curso de los cuales mi alma alcanzó la más elevada cima de la exaltación.

CHATEAUBRIAND, *MEMORIAS DE ULTRATUMBA*

La regresión del ego ideal. Cuando niñ@s, solemos formarnos una figura ideal a partir de nuestros sueños y ambiciones. Primero, esa figura ideal es la persona que queremos ser. Nos imaginamos como valientes aventureros, figuras románticas. Luego, en nuestra adolescencia, dirigimos nuestra atención a l@s demás, a menudo proyectando en ell@s nuestros ideales. El@ primer@ chic@ del@ que nos enamoramos podría habernos dado la impresión de poseer las cualidades ideales que queríamos para nosotr@s, o bien podría habernos hecho sentir que podíamos desempeñar ese papel ideal en relación con éll@. La mayoría llevamos esos ideales con nosotr@s, ocultos justo bajo la superficie. Nos decepciona en secreto cuánto hemos tenido que transigir, lo bajo que hemos caído desde nuestro ideal al madurar. Haz sentir a tus objetivos que cumplen su ideal de juventud y están cerca de ser lo que querían, y efectuarás una clase distinta de regresión, creando una sensación reminiscente de la adolescencia. La relación entre el@ seducid@ y tú es en este caso más equitativa que en las anteriores clases de regresiones, más como el afecto entre herman@s. De hecho, el ideal suele basarse en un hermano o hermana. Para crear este efecto, esmérate en reproducir la atmósfera intensa e inocente de un encaprichamiento de juventud.

La regresión m/p-aterna inversa. Aquí eres tú quien experimenta una regresión: desempeñas deliberadamente el papel del@ niñ@ bonit@, adorable, pero también

sexualmente cargad@. L@s mayores consideran siempre a l@s jóvenes increíblemente seductor@s. En presencia de jóvenes, sienten volver un poco de su propia juventud; pero son mayores, y junto con la vigorización que experimentan en compañía de la gente joven, está para ell@s el placer de hacerse pasar por madre o padre. Si un@ hij@ experimenta sensaciones eróticas hacia su m/p-adre, las cuales son rápidamente reprimidas, el@ p/m-adre enfrenta el mismo problema, a la inversa. Asume el papel del@ niñ@ con tus objetivos y ellos exteriorizarán algunos de esos sentimientos eróticos reprimidos. Podría parecer que esta estrategia implica diferencia de edades, pero esto no es crucial. Las exageradas cualidades infantiles de Marilyn Monroe operaban perfectamente bien con hombres de su edad. Enfatizar una debilidad o vulnerabilidad de tu parte le dará al objetivo la oportunidad de actuar como protector@.

ALGUNOS EJEMPLOS

1. Los padres de Victor Hugo se separaron poco después de que el novelista nació, en 1802. La madre de Hugo, Sofía, tenía una aventura con el superior de su esposo, un general. Ella alejó a los tres niños Hugo de su padre y se fue a París a educarlos sola. Los niños llevaron entonces una vida tumultuosa, con rachas de pobreza, frecuentes mudanzas y la continuada aventura de su madre con el general. De ellos, Victor fue el que más se apegó a su madre, adoptando todas sus ideas y manías, en particular el odio a su padre. Pero en medio de toda la agitación de su infancia, jamás sintió recibir suficiente amor y atención de la madre que adoraba. Cuando ella murió, en 1821, pobre y cargada de deudas, él se sintió devastado.

Al año siguiente, Hugo se casó con su novia de la infancia, Adèle, físicamente parecida a su madre. El matrimonio fue feliz por un tiempo, pero pronto Adèle acabó por parecerse a la madre de Hugo en más de un sentido: en 1832, él descubrió que ella tenía un romance con el crítico literario Sainte-Beuve, casualmente el mejor amigo de Hugo en ese entonces. Hugo ya era un escritor célebre, pero no era del tipo calculador. Solía demostrar sus sentimientos. Pero no podía confiar a nadie la aventura de Adèle; era demasiado humillante. Su única solución fue tener aventuras él mismo, con actrices, cortesanas, mujeres casadas. Tenía un apetito prodigioso; a veces visitaba a tres mujeres en un solo día.

Hacia fines de 1832 comenzó la producción de una de las obras teatrales de Hugo, y él debía supervisar el reparto. Una actriz de veintiséis años, llamada Juliette Drouet, audicionó para uno de los papeles menores. Normalmente hábil con las

damas, Hugo se vio tartamudeando en presencia de Juliette. Ella era sencillamente la mujer más bella que él hubiera visto jamás, y eso y su serenidad lo intimidaron. Naturalmente, Juliette obtuvo el papel. Él se descubrió pensando en ella todo el tiempo. Ella parecía estar rodeada siempre de un grupo de adoradores. Era evidente que él no le interesaba, o al menos eso creía Hugo. Pero una noche, después de una función, la siguió a su casa, para descubrir que eso no la enojaba ni sorprendía: en realidad, lo invitó a subir a su departamento. Pasó ahí la noche, y pronto pasaba casi todas.

Hugo estaba feliz de nuevo. Para su deleite, Juliette abandonó su carrera en el teatro, dejó a sus antiguos amigos y aprendió a cocinar. Había idolatrado la ropa elegante y las actividades sociales; pero entonces se convirtió en secretaria de Hugo, rara vez salía del departamento en que él la había instalado y parecía vivir solo para las visitas que él le hacía. Luego de un tiempo Hugo regresó a sus antiguos hábitos y empezó a tener pequeñas aventuras. Ella no se quejaba, mientras siguiera siendo la mujer a la que él volvía. Y, de hecho, Hugo dependía enormemente de ella.

En 1843, la amada hija de Hugo murió en un accidente, y él se hundió en la depresión. El único medio que conocía para remediar su pena era tener una nueva aventura. Así, poco después se enamoró de una joven aristócrata casada llamada Léonie d'Aunet. Cada vez veía menos a Juliette. Años más tarde, Léonie, sintiéndose segura de ser la preferida, le dio un ultimátum: o dejaba de ver por completo a Juliette, o todo terminaba. Hugo se negó. Decidió, en cambio, organizar un concurso: seguiría viendo a las dos, y en unos meses su corazón le diría a cuál prefería. Léonie se puso furiosa, pero no tenía otra opción. Su amorío con Hugo ya había arruinado su matrimonio y posición social; dependía de él. De todas formas, era imposible que perdiera: estaba en la flor de la vida, mientras que Juliette ya peinaba canas. Así, fingió aceptar la partida, aunque al paso del tiempo la resintió cada vez más, y se quejaba. Juliette se comportaba por su parte como si nada hubiera cambiado. Cada vez que él la visitaba, lo trataba como siempre, haciendo todo por confortarlo y mimarlo.

El concurso duró varios años. En 1851, Hugo se metió en problemas con Luis Napoleón, primo de Napoleón Bonaparte y entonces presidente de Francia. Hugo había atacado en la prensa sus tendencias dictatoriales, implacable y quizá imprudentemente, porque Luis Napoleón era un hombre vengativo. Temiendo por la vida del escritor, Juliette logró ocultarlo en casa de una amiga, y consiguió un pasaporte falso, un disfraz y un pasaje seguro a Bruselas. Todo salió conforme a lo planeado; Juliette se le reunió días después, llevándole sus más valiosas pertenencias. Sobra decir que sus heroicos actos le valieron ganar el concurso.

Sin embargo, cuando la novedad de la flamante vida de Hugo se acabó, él reanudó sus aventuras. Por fin, temiendo por la salud de él, y preocupada de que ella ya no pudiera competir con otra coqueta de veinte años, Juliette hizo una tranquila pero severa petición: no más mujeres, o lo dejaría. Tomado completamente por sorpresa, pero seguro de que ella hablaba en serio, Hugo se quebró y sollozó. Ya

anciano entonces, se puso de rodillas y juró, sobre la Biblia y luego sobre un ejemplar de su famosa novela *Los miserables*, que no se disiparía más. Hasta la muerte de Juliette, en 1883, el hechizo de ella sobre él fue absoluto.

Interpretación. La vida amorosa de Hugo estuvo determinada por su relación con su madre. Nunca sintió que ella lo amara lo suficiente. Casi todas las mujeres con las que tuvo aventuras guardaban una semejanza física con ella; de alguna manera, él compensaba su carencia de amor materno con el gran volumen. Cuando Juliette lo conoció, no podía haber sabido todo eso, pero sin duda percibió dos cosas: que él estaba sumamente desilusionado de su esposa y que en realidad nunca había crecido. Sus arranques emocionales y su necesidad de atención hacían de él más un niño que un hombre. Ella consiguió ascendencia sobre él por el resto de su vida al proporcionarle lo único que él no había tenido nunca: completo, incondicional amor de madre.

Juliette jamás juzgó a Hugo, ni lo criticó por sus osadías. Le prodigaba atenciones; visitarla era como regresar al útero. En su presencia, de hecho, él era más niño que nunca. ¿Cómo podía negarle un favor, o dejarla siquiera? Y cuando ella finalmente amenazó con dejarlo, él se vio reducido al estado de un niño llorón que clama por su madre. Al final, ella tuvo absoluto poder sobre él.

El amor incondicional es raro y difícil de encontrar, pero es lo que todos imploramos, ya sea porque alguna vez lo experimentamos o porque habríamos querido que así fuera. No es preciso que llegues tan lejos como Juliette Drouet; el mero indicio de atención ferviente, de aceptar a tus amantes como son, de satisfacer sus necesidades, los colocará en una posición infantil. La sensación de dependencia podría asustarlos un poco, y podrían experimentar un trasfondo de ambivalencia, una necesidad de afirmarse periódicamente, como lo hacía Hugo en sus aventuras. Pero sus lazos contigo serán firmes, y ellos seguirán regresando por más, atados a la ilusión de que recobran el amor materno que aparentemente perdieron para siempre, o que nunca tuvieron.

2. A principios del siglo XX, el profesor Mut, maestro de un instituto para hombres en una pequeña ciudad de Alemania, empezó a sentir un odio profundo por sus alumnos. Mut estaba por cumplir sesenta años, y había trabajado mucho tiempo en la misma escuela. Enseñaba griego y latín, y era un distinguido especialista en estudios clásicos. Siempre había sentido la necesidad de imponer disciplina, pero la situación se había vuelto alarmante: los estudiantes sencillamente ya no se interesaban más en Homero. Escuchaban mala música y solo gustaban de la literatura moderna. Aunque eran rebeldes, Mut los consideraba flojos e indisciplinados. Quería darles una lección y amargarles la existencia; su usual modo de hacer frente a los periodos de alboroto era la intimidación extrema, y casi siempre daba resultado.

Un día, un alumno al que Mut aborrecía —un joven altanero y bien vestido apellidado Lohmann— se puso de pie en clase y dijo: «No puedo seguir trabajando

en este salón, profesor. Apesta a fut». «Fut» era como los muchachos apodaban al profesor Mut. El profesor tomó a Lohmann del brazo, se lo torció severamente y lo echó del aula. Luego se dio cuenta de que Lohmann había dejado su cuaderno de ejercicios, y al hojearlo vio un párrafo sobre una actriz llamada Rosa Fröhlich. Una intriga se incubó entonces en la mente de Mut: sorprendería a Lohmann retozando con dicha actriz, sin duda una mujer de mala reputación, y haría expulsar al chico de la escuela.

Primero tenía que descubrir dónde actuaba ella. Buscó por todas partes, hasta que por fin halló su nombre fuera de un *cabaret* llamado El Ángel Azul. Entró. El lugar estaba lleno de humo, repleto de sujetos de clase obrera que él menospreciaba. Rosa estaba en el escenario. Cantaba una canción; la forma en que miraba a los ojos al público era más bien descarada, pero por alguna razón a Mut le pareció encantadora. Se relajó un poco, tomó algo de vino. Después de la actuación de Rosa, él se abrió paso hasta su camerino, resuelto a interrogarla sobre Lohmann. Una vez ahí, se sintió extrañamente incómodo, pero se armó de valor, la acusó de pervertir a escolares y amenazó con llevar a la policía para que cerrara el lugar. Pero Rosa no se amilanó. Invirtió todas las frases de Mut: quizá era *él* quien pervertía a los muchachos. Su tono era lisonjero y burlón. Sí, Lohmann le había comprado flores y champaña, ¿y qué? Nadie le había hablado nunca a Mut en esa forma; su tono autoritario solía hacer ceder a la gente. Debía sentirse ofendido: ella era de clase baja y mujer, y él maestro, pero Rosa le hablaba como si fueran iguales. Sin embargo, él no se enojó ni se fue. Algo lo obligó a quedarse.

Ella guardó silencio. Tomó una media y se puso a zurcirla, ignorándolo; los ojos de él seguían cada uno de sus movimientos, en particular la manera en que ella frotaba su rodilla desnuda. Por fin él aludió de nuevo a Lohmann, y a la policía. «Usted no tiene idea de cómo es esta vida», le dijo ella. «Todos los que vienen aquí se creen los reyes del mundo. Si no les das lo que quieren, ¡te amenazan con la policía!». «Lamento haber herido los sentimientos de una dama», repuso él, avergonzado. Cuando ella se levantó de su silla y las rodillas de ambos chocaron, él sintió un escalofrío subirle por la espalda. Ella se portó amable con él otra vez, y le sirvió un poco más de vino. Lo invitó a regresar y se retiró abruptamente, para presentar otro número.

Al día siguiente, Mut no dejaba de pensar en sus palabras, sus miradas. Pensar en ella mientras daba clases le brindó una especie de estremecimiento picante. Esa noche regresó al *cabaret*, aún decidido a sorprender a Lohmann en el acto, y una vez más se vio en el camerino de Rosa, tomando vino y tornándose extrañamente pasivo. Ella le pidió que le ayudara a vestirse; parecía un gran honor, y él la complació. Al ayudarla con el corsé y el maquillaje, se olvidó de Lohmann. Sintió que se le iniciaba en un nuevo mundo. Ella le pellizcó los cachetes y le acarició la barbilla, y le dejó ver ocasionalmente su pierna desnuda mientras desenrollaba una media.

El profesor Mut se presentaba entonces noche tras noche, ayudándola a vestirse, viendo su actuación, todo con una rara especie de orgullo. Estaba ahí tan a menudo

que Lohmann y sus amigos ya no aparecían. Él había tomado su lugar; era él quien llevaba flores a Rosa, pagaba su champaña, la atendía. Sí, un viejo como él había vencido al joven Lohmann, ¡quien se creía tanto! Le gustaba cuando ella le acariciaba el mentón, lo elogiaba por hacer bien las cosas, pero se sentía aún más excitado cuando lo regañaba, soplándole polvo a la cara o tirándolo de la silla. Quería decir que él le gustaba. Así, gradualmente, Mut empezó a pagar todos sus caprichos. Le costaba su buen dinero, pero la mantenía lejos de otros hombres. Finalmente, él le propuso matrimonio. Se casaron, y estalló el escándalo: él perdió su trabajo, y pronto todo su dinero; terminó en la cárcel. Sin embargo, al final jamás pudo enojarse con Rosa. Por el contrario, se sentía culpable: nunca había hecho lo suficiente por ella.

Interpretación. El profesor Mut y Rosa Fröhlich son los protagonistas de la novela *Der Blaue Engel*, escrita por Heinrich Mann en 1905 y más tarde estelarizada en la pantalla grande por Marlene Dietrich. La seducción de Mut por Rosa sigue la pauta clásica de la regresión edípica. Primero, ella lo trata como una madre trataría a un niño. Lo regaña, pero el regaño no es amenazador sino tierno, posee un lado burlón. Como una madre, ella sabe que trata con alguien débil que no puede evitar hacer travesuras. Mezcla con sus pullas muchos elogios y aprobaciones. Una vez que él empieza a experimentar una regresión, ella añade la estimulación física: cierto contacto para excitarlo, sutiles matices sexuales. Como premio a su regresión, él puede obtener el estremecimiento de acostarse por fin con su madre. Pero siempre hay un elemento de competencia, que la madre cree preciso acentuar. Él consigue tenerla para él solo, algo que no habría podido hacer si su padre se hubiera interpuesto en su camino, pero por primera vez tiene que arrebatársela a otros.

La clave de este tipo de regresión es ver y tratar a tus objetivos como niñ@s. Nada en ell@s te intimida, por más autoridad o posición social que tengan. Tu actitud les deja ver claramente que crees ser la parte fuerte. Para lograr esto, podría ser útil imaginarl@s o visualizarl@s como l@s niñ@s que alguna vez fueron; de repente, l@s poderos@s no lo parecen tanto, ni tan amenazantes, cuando l@s sometes a una regresión en tu imaginación. Ten en mente que ciertos tipos de personas son más vulnerables a una regresión edípica. Busca a quienes, como el profesor Mut, aparentan mayor grado de madurez: personas puritanas, serias, un poco pagadas de sí mismas. Estas personas hacen un enorme esfuerzo por reprimir sus tendencias regresivas, sobrecompensando así sus debilidades. Con frecuencia quienes parecen tener más control de sí mism@s son l@s más apt@s para la regresión. De hecho, la ansían en secreto, porque su poder, posición y responsabilidades son más una carga que un placer.

3. Nacido en 1768, el escritor francés François-René de Chateaubriand creció en un castillo medieval en Bretaña. El castillo era frío y lúgubre, como si estuviera habitado por fantasmas del pasado. La familia vivía ahí en semirreclusión.

Chateaubriand pasaba gran parte de su tiempo con su hermana Lucile, y su apego a ella fue tan firme que circularon rumores de incesto. Pero cuando tenía unos quince años, una nueva mujer, llamada Sylphide, entró en su vida: una mujer que él creó en su imaginación, una amalgama de todas las heroínas, diosas y cortesanas de las que había leído en los libros. Veía constantemente sus facciones en su mente, y oía su voz. Pronto ella paseaba con él, y conversaban. Él la imaginaba inocente y elevada, pero a veces hacían cosas no tan inocentes. Mantuvo esta relación dos años enteros, hasta que marchó a París, y remplazó a Sylphide por mujeres de carne y hueso.

El público francés, harto de los terrores de la década de 1790, recibió con entusiasmo los primeros libros de Chateaubriand, sintiendo un nuevo espíritu en ellos. Sus novelas estaban llenas de castillos azotados por el viento, héroes perturbadores y apasionadas heroínas. El romanticismo estaba en el aire. El propio Chateaubriand se parecía a los personajes de sus novelas, y pese a su poco atractiva apariencia, las mujeres enloquecían por él: con Chateaubriand podían huir de su aburrido matrimonio y vivir la clase de romance turbulento sobre el que él escribía. El sobrenombre de Chateaubriand era *Enchanteur*; y aunque estaba casado, y era un católico fervoroso, el número de sus aventuras aumentó con los años. Sin embargo, tenía una naturaleza inquieta: viajó a Medio Oriente, a Estados Unidos, por toda Europa. No podía encontrar lo que por todos lados buscaba, y tampoco a la mujer correcta: cuando la novedad de una aventura se acababa, él se iba. Para 1807 había tenido tantos romances, y se seguía sintiendo tan insatisfecho, que decidió retirarse a su finca rural, llamada Vallée aux Loups. Llenó el lugar de árboles del mundo entero, transformando los jardines en algo salido de una de sus novelas. Ahí empezó a escribir las memorias que, preveía, serían su obra maestra.

Para 1817, sin embargo, la vida de Chateaubriand se había desmoronado. Problemas de dinero lo habían obligado a poner a la venta Vallée aux Loups. Con casi cincuenta años de edad, de repente se sintió viejo, y agotada su inspiración. Ese año visitó a la escritora *Madame de Staël*, quien estaba enferma y próxima a morir. Pasó varios días junto a su lecho, en compañía de la mejor amiga de *Madame*, Juliette Récamier. Las aventuras de *Madame Récamier* eran tristemente célebres. Casada con un hombre mucho mayor que ella, no vivían juntos desde hacía tiempo; ella había roto los corazones de los más ilustres hombres de Europa, como el príncipe Metternich, el duque de Wellington y el escritor Benjamin Constant. También se rumoraba que, pese a sus coqueteos, seguía siendo virgen. Tenía entonces casi cuarenta años, pero era el tipo de mujer que parece joven a cualquier edad. Atraídos por el pesar por la muerte de Staël, Chateaubriand y ella se hicieron amigos. Ella lo escuchaba con tanta atención, adoptando sus estados anímicos y haciéndose eco de sus sentimientos, que él sintió que al fin había conocido a una mujer que lo comprendía. También había algo en cierto modo etéreo en *Madame Récamier*. Su andar, su voz, sus ojos: más de un hombre la había comparado con un ángel celestial. Chateaubriand ardió pronto en deseos de poseerla físicamente.

Al año siguiente del comienzo de su amistad, ella le tenía una sorpresa: había

convencido a una amiga de comprar Vallée aux Loups. La amiga estaría fuera unas semanas, y ella lo invitó a que pasaran juntos una temporada en la antigua finca de él. Chateaubriand aceptó encantado. Él le mostró la propiedad, explicando lo que cada pequeño tramo del terreno había significado para él, los recuerdos que el lugar le evocaba. Chateaubriand se vio invadido por sentimientos de su juventud, sensaciones que había olvidado. Indagó más en su pasado, describiendo hechos de su infancia. En momentos, paseando con *Madame Récamier* y mirando esos amables ojos, sentía un escalofrío de reconocimiento, pero no podía identificarlo del todo. Lo único que sabía era que debía volver a las memorias que había dejado de lado. «Intento emplear el poco tiempo que me queda en describir mi juventud», dijo, «mientras su esencia sigue siendo palpable para mí».

Parecía que *Madame Récamier* correspondía al amor de Chateaubriand, pero, como de costumbre, ella se obstinó en mantener un romance espiritual. Sin embargo, l'Enchanteur llevaba bien puesto su mote. Su poesía, su aire de melancolía y su persistencia se impusieron finalmente, y ella sucumbió, quizá por primera vez en su vida. Entonces, como amantes, eran inseparables. Pero como sucedía siempre con Chateaubriand, al paso del tiempo no fue suficiente una mujer. El espíritu inquieto retornó. Él empezó a tener aventuras de nuevo. Récamier y él dejaron de verse poco después.

En 1832, Chateaubriand viajaba por Suiza. Una vez más, su vida había sufrido un vuelco; solo que para entonces ya estaba viejo de verdad, en cuerpo y alma. En los Alpes, extraños pensamientos de su juventud comenzaron a asaltarlo, recuerdos del castillo en Bretaña. Se enteró de que *Madame Récamier* se hallaba en la zona. No la había visto en años, y corrió a la posada en que se hospedaba. Ella fue con él tan gentil como siempre; durante el día daban largos paseos juntos, y en la noche se quedaban platicando hasta muy tarde.

Un día, Chateaubriand le dijo que por fin había decidido concluir sus memorias. Y tenía una confesión que hacer: le contó la historia de Sylphide, su imaginaria amante de pequeño. Una vez había esperado conocer a Sylphide en la vida real, pero las mujeres que conoció empalidecían en comparación. Con los años había olvidado a su amante imaginaria; pero ahora era viejo, y no solo pensaba en ella otra vez, sino que podía ver su rostro y oír su voz. Con estos recuerdos cayó en la cuenta de que sí había conocido a Sylphide en la vida real: era *Madame Récamier*. El rostro y la voz se parecían. Más aún, ahí estaba el mismo espíritu sereno, la cualidad inocente y virginal. Al leerle la oración a Sylphide, que acababa de escribir, le dijo que quería ser joven de nuevo, y que verla le había devuelto su juventud. Reconciliado con *Madame Récamier*, Chateaubriand se puso a trabajar otra vez en sus memorias, que finalmente se publicaron bajo el título de *Memorias de ultratumba*. La mayoría de los críticos coincidieron en que ese libro era su obra maestra. Las memorias estaban dedicadas a *Madame Récamier*, de quien él siguió siendo devoto hasta su propia muerte, en 1848.

Interpretación. Tod@s llevamos dentro una imagen de un tipo ideal de persona que anhelaríamos conocer y amar. Con demasiada frecuencia ese tipo es una combinación de fragmentos y piezas de diferentes personas de nuestra juventud, e incluso de personajes de libros y películas. Individuos que influyeron profundamente en nosotr@s —un@ maestr@, por ejemplo— también podrían figurar en él. Sus rasgos no tienen nada que ver con intereses superficiales. Más bien, son inconscientes, difíciles de verbalizar.

Buscamos arduamente ese tipo ideal en nuestra adolescencia, cuando somos más idealistas. A menudo nuestros primeros amores poseen esos rasgos en mayor medida que los posteriores. En el caso de Chateaubriand, viviendo con su familia en su castillo aislado, su primer amor fue su hermana Lucile, a la que adoró e idealizó. Pero como el amor con ella era imposible, creó una figura salida de su imaginación, con todos los atributos positivos de Lucile: nobleza de espíritu, inocencia, valor.

Madame Récamier no habría podido saber nada acerca del tipo ideal de Chateaubriand, pero sabía algo sobre él, mucho antes incluso de conocerlo. Había leído todos sus libros, y sus personajes eran muy autobiográficos. Sabía de su obsesión por su juventud perdida; y tod@s estaban al tanto de sus aventuras interminables e insatisfactoras con mujeres, de su muy inquieto espíritu. *Madame Récamier* sabía cómo ser un reflejo de la gente, entrar en su espíritu, y uno de sus primeros actos fue llevar a Chateaubriand a Vallée aux Loups, donde él creía haber dejado parte de su juventud. Invasión de recuerdos, experimentó una regresión aún más intensa a su infancia, a los días en el castillo. Ella lo alentó activamente a eso. Más aún, encarnaba un espíritu que le era natural, pero que coincidía con el espíritu de juventud de él: inocente, noble, bondadoso. (El hecho de que tantos hombres se enamoraran de ella sugiere que muchos tenían los mismos ideales). *Madame Récamier* fue Lucile/Sylphide. Chateaubriand tardó años en percatarse de ello; pero cuando lo hizo, el hechizo de ella sobre él fue total.

Es casi imposible personificar por entero el ideal de alguien. Pero si tú te acercas lo suficiente al de otra persona, si evocas algo de ese espíritu ideal, podrás conducirla a una seducción profunda. Para efectuar esta regresión, debes desempeñar el papel de terapeuta. Logra que tus objetivos se abran respecto a su pasado, en particular a sus antiguos amores, y más aún a su primer amor. Presta atención a toda expresión de desconcierto, cómo esta o aquella persona no les dio lo que querían. Llévalos a lugares que evoquen su juventud. En esta regresión no creas tanto una relación de dependencia e inmadurez como el espíritu adolescente de un primer amor. Hay un toque de inocencia en la relación. Gran parte de la vida adulta implica concesiones, maquinaciones y cierta dureza. Crea la atmósfera ideal dejando fuera esas cosas, atrayendo a la otra persona a una especie de debilidad mutua, evocando una segunda virginidad. Debe haber una calidad de ensueño en esto, como si el objetivo reviviera su primer amor pero no pudiera creerlo. Deja que todo se desenvuelva lentamente, que cada encuentro revele nuevas cualidades ideales. La

sensación de revivir el placer pasado es sencillamente imposible de resistir.

4. En el verano de 1614, varios miembros de la alta nobleza de Inglaterra, entre ellos el arzobispo de Canterbury, se reunieron para decidir qué hacer con el conde de Somerset, el favorito del rey Jacobo I, quien tenía entonces cuarenta y ocho años de edad. Luego de ocho años como favorito, el joven conde había acumulado tanto poder y riqueza, y tantos títulos, que no dejaba nada para nadie más. Pero ¿cómo librarse de ese hombre tan poderoso? Por el momento, los conspiradores no tenían respuesta.

Semanas después, mientras inspeccionaba las caballerizas reales el rey vio a un joven nuevo en la corte, George Villiers, de veintidós años, miembro de la baja nobleza. Los cortesanos que acompañaban al rey advirtieron el interés con que el rey seguía a Villiers con la mirada, y preguntaba por él. Todos tuvieron que admitir que, en efecto, era un joven muy apuesto, con cara de ángel y una actitud encantadoramente infantil. Cuando la noticia del interés del rey en Villiers llegó a oídos de los conspiradores, supieron al instante que habían encontrado lo que buscaban: un muchacho capaz de seducir al rey y suplantar al temido favorito. Pero dejada a la naturaleza, esa seducción jamás tendría lugar. Debían ayudarlo. Así, sin comunicar el plan a Villiers, se hicieron amigos suyos.

El rey Jacobo era hijo de María, reina de Escocia. Su infancia había sido una pesadilla: su padre, el favorito de su madre, y sus propios regentes habían sido asesinados; su madre, primero había sido exiliada, después ejecutada. Jacobo, cuando era joven, para escapar a las sospechas, se había fingido loco. Aborrecía ver una espada y no soportaba la menor señal de desacuerdo. Cuando su prima la reina Isabel I murió en 1603, sin dejar heredero, él se convirtió en rey de Inglaterra.

Jacobó se rodeó de hombres jóvenes con buen ánimo e ingenio, y parecía preferir la compañía de los muchachos. En 1612, su hijo, el príncipe Enrique, murió. El rey estaba inconsolable. Necesitaba distracción y buen ánimo, y su favorito, el conde de Somerset, ya no era tan joven y atractivo para brindárselos. El momento para una seducción era perfecto. Así, los conspiradores se pusieron a trabajar en Villiers, so capa de ayudarlo a ascender en la corte. Le proporcionaron un magnífico guardarropa, joyas, un carruaje reluciente, el tipo de cosas que el rey notaba. Refinaron su práctica de la equitación, el esgrima, el tenis, el baile, así como sus habilidades con aves y perros. Fue instruido en el arte de la conversación: cómo halagar, decir una broma, suspirar en el momento indicado. Por fortuna, fue fácil trabajar con Villiers: poseía una actitud naturalmente animada, y nada parecía incomodarle. Ese mismo año los conspiradores lograron que se le nombrara portador real de la copa: cada noche servía vino al rey, así que este podía verlo de cerca. Semanas más tarde, el rey estaba enamorado. El muchacho parecía ansiar atención y ternura, justo lo que él anhelaba ofrecer. ¡Qué maravilloso sería moldearlo y educarlo! ¡Y qué perfecta figura tenía!

Los conspiradores convencieron a Villiers de romper su compromiso con una

joven dama: el rey era muy decidido en sus afectos, y no toleraba la competencia. Pronto Jacobo quería estar con Villiers todo el tiempo, porque tenía las cualidades que él admiraba: inocencia y espíritu de corazón alegre. El rey lo nombró caballero de la cámara real, lo que les permitía estar solos. Lo que encantaba en particular a Jacobo era que Villiers nunca pedía nada, lo cual volvía aún más delicioso consentirlo.

Para 1616, Villiers había suplantado por completo al favorito anterior. Ya era entonces conde de Buckingham, y miembro del consejo real. Aunque para consternación de los conspiradores, acumuló rápidamente aún más privilegios que el conde de Somerset. El rey le decía «cariño» en público, arreglaba sus jubones, lo peinaba. Jacobo protegía celosamente a su favorito, ansioso de preservar la inocencia del joven. Satisfacía cada capricho del muchacho, era en realidad su esclavo. De hecho, el rey parecía experimentar una regresión: cada vez que Steenie, como le decía a Villiers, entraba a la sala, él empezaba a actuar como niño. Fueron inseparables hasta la muerte del rey, en 1625.

Interpretación. Es indudable que nuestros padres nos moldean para siempre, en formas que jamás terminamos de comprender del todo. Pero los padres son igualmente influidos y seducidos por su hij@. Pueden cumplir el papel de protectores, pero entre tanto absorben el espíritu y energía del@ hij@, reviven una parte de su propia infancia. Y así como el@ hij@ batalla con sensaciones sexuales hacia su p/m-adre, el@ p/m-adre debe reprimir sensaciones eróticas comparables, presentes apenas bajo la ternura que experimenta. La mejor y más insidiosa forma de seducir a la gente suele ser situarte como el@ hij@. Imaginándose más fuerte, más al mando, ella se sentirá atraída a tu telaraña. Sentirá que no tiene nada que temer. Enfatiza tu inmadurez, tu debilidad, y déjala ceder a la fantasía de que te protege y educa, un deseo intenso cuando la gente es mayor. Lo que no percibe es que te metes hasta el fondo de su ser, insinuándote: es el@ niñ@ quien controla al@ adult@. Tu inocencia hace que l@s demás quieran protegerte, pero también está sexualmente cargada. La inocencia es muy seductora; hay quienes ansían incluso corromperla. Despierta sus sensaciones sexuales latentes y podrás descarriarl@s con la esperanza de satisfacer una intensa pero reprimida fantasía: acostarse con la figura filial. En tu presencia, asimismo, también ell@s empezarán a experimentar una regresión, contagiad@s por tu espíritu travieso e infantil.

Casi todo esto era natural en Villiers, pero es probable que tú debas emplear cierto cálculo. Por fortuna, tod@s poseemos fuertes tendencias infantiles a las que es fácil acceder y exagerar. Haz que tus gestos parezcan espontáneos e imprevistos. Todo elemento sexual de tu conducta debería parecer inocente, inconsciente. Como Villiers, no pidas favores. Los padres prefieren consentir a l@s hij@s que no piden cosas, sino que los invitan a dar con su actitud. Dar la impresión de que no censuras ni críticas a quienes te rodean hará todo para hacerte parecer natural e ingenu@. Adopta un comportamiento alegre, animoso, aunque con un filo pícaro. Enfatiza toda

debilidad que puedas tener, las cosas que no puedes controlar. Recuerda: la mayoría recordamos con cariño nuestros primeros años, pero, paradójicamente, a menudo la gente más apegada a esa época es la que tuvo una niñez más difícil. En realidad, las circunstancias le impidieron ser niñ@, así que nunca crece, e implora el paraíso que nunca pudo experimentar. Jacobo I pertenece a esta categoría. Las personas de este tipo son blancos ideales para una regresión inversa.

Símbolo: La cama. Acostad@ sol@ en la cama, el@ niñ@ se siente desprotegid@, temeros@, necesidad@. En un cuarto cercano está la cama de su m/p-adre. Es grande e indebida, sede de cosas que se supone que éll@ no debe saber. Transmite al@ seducid@ ambas sensaciones —desamparo y transgresión— al acostarl@ y arrullarl@.

REVERSO

Para revertir las estrategias de la regresión, las partes de una seducción tendrían que mantener una actitud adulta durante el proceso. Pero esto no solo es raro, sino también poco placentero. La seducción significa hacer realidad ciertas fantasías. Ser un@ adult@ responsable y madur@ no es una fantasía, es un deber. Además, una persona que mantiene una actitud adulta en relación contigo es difícil de seducir. En toda clase de seducción —política, mediática, personal—, el objetivo debe experimentar una regresión. El único peligro es que el@ hij@, hart@ de la dependencia, se vuelva contra el@ p/m-adre y se rebele. Debes estar preparad@ para esto; y, a diferencia de un@ p/m-adre, no tomarlo nunca como algo personal.

18. Fomenta las transgresiones y lo prohibido

Siempre hay límites sociales a lo que uno puede hacer. Algunos de ellos, los tabúes más elementales, datan de hace siglos; otros son más superficiales, y simplemente definen la conducta cortés y aceptable. Hacer sentir a tus objetivos que los conduces más allá de cualquier límite es extremadamente seductor. La gente ansía explorar su lado oscuro. No todo en el amor romántico debe ser tierno y delicado; insinúa poseer una vena cruel, aun sádica. No respetes diferencias de edad, votos conyugales, lazos familiares. Una vez que el deseo de transgresión atrae a tus blancos hacia ti, les será difícil detenerse. Llévalos más lejos de lo que imaginaron; la sensación compartida de culpa y complicidad creará un poderoso vínculo.

EL YO PERDIDO

En marzo de 1812, George Gordon Byron, entonces de veinticuatro años de edad, publicó los primeros cantos de su poema *Childe Harold*. Este poema estaba repleto de las conocidas imágenes góticas —una abadía en ruinas, disipación, viajes al misterioso Oriente—, pero lo que lo volvía distinto era que su protagonista también era un villano: Harold era un hombre que llevaba una vida de vicio, desdeñando las convenciones de la sociedad, aunque de alguna manera salía impune. Asimismo, el poema no estaba ubicado en un lugar lejano, sino en la Inglaterra de la época. *Childe Harold* causó sensación de inmediato, y se convirtió en la comidilla de Londres. La primera edición se agotó rápidamente. Días después comenzó a circular un rumor: el poema, acerca de un disipado joven noble, era en realidad autobiográfico.

La crema y nata de la sociedad clamó entonces por conocer a Lord Byron, y muchos de sus miembros dejaron sus tarjetas de visita en la residencia del poeta. Pronto, él se presentó en sus casas. Por extraño que parezca, superó sus expectativas. Byron era extremadamente guapo, con cabello rizado y cara de ángel. Su atuendo negro hacía resaltar su pálida tez. No hablaba mucho, lo que en sí mismo causaba impresión; y cuando lo hacía, su voz era grave e hipnótica, y su tono algo desdeñoso. Cojeaba (había nacido con un pie deforme), así que cuando una orquesta acometía un vals (el baile de moda en 1812), él se hacía a un lado, perdida la mirada. Las damas enloquecieron por él. Al conocerlo, *Lady Roseberry* sintió su corazón latir tan violentamente (una mezcla de temor y excitación) que tuvo que retirarse. Las mujeres se peleaban por sentarse a su lado, conquistar su atención, ser seducidas por él. ¿Era verdad que había cometido un pecado secreto, como el protagonista de su poema?

Esto tiene que ver con cierto tipo de sensación: la de estar abrumado. Hay muchos que tienen enorme temor a ser abrumados por alguien; por ejemplo, alguien que los haga reír contra su voluntad, o que les haga cosquillas sin medida, o, peor aún, que les diga cosas que ellos consideran ciertas pero que no entienden del todo, cosas que van más allá de sus prejuicios y conocimientos heredados. En otras palabras, no quieren que se les seduzca, porque seducción significa enfrentar a la gente con sus límites, límites que se suponen fijos y estables pero cuyo tambaleo el

seductor causa de súbito. La seducción es el deseo de ser abrumado, de ser llevado más allá.

DANIEL SIBONY, *EL AMOR INCONSCIENTE*

Lady Caroline Lamb —esposa de William Lamb, hijo de Lord y *Lady Melbourne*— era una joven radiante en el escenario social, pero en el fondo era infeliz. De niña había soñado con aventuras, romances, viajes. Pero entonces se esperaba que desempeñara el papel de esposa civilizada, y eso no iba con ella. *Lady Caroline* fue una de las primeras en leer *Childe Harold*, y algo más que su novedad la estimuló. Cuando vio a Lord Byron en una cena, rodeado de mujeres, lo miró a la cara y se marchó; esa noche escribió sobre él en su diario: «De mente, mal sujeto y peligroso como para conocerlo». Y añadió: «Ese hermoso rostro pálido es mi destino».

Al día siguiente, para sorpresa de *Lady Caroline*, Lord Byron se presentó a visitarla. Obviamente, la había visto marcharse, y su timidez le había intrigado: le disgustaban las mujeres enérgicas que no cesaban de andar tras de él, pues parecía desdeñarlo todo, aun su éxito. Pronto acabó por visitar a *Lady Caroline* todos los días. Se entretenía en su tocador, jugaba con sus hijos, la ayudaba a elegir su vestido. Ella insistió en que le contara su vida: él describió a su padre brutal, las muertes prematuras que parecían ser una maldición familiar, la ruinosa abadía que había heredado, sus aventuras en Turquía y Grecia. Su vida era en verdad tan gótica como la de *Childe Harold*.

Hace poco vi que un semental \ al que se tiraba de las riendas apretaba los dientes y salía \ disparado como un rayo; pero tan pronto como sintió \ aflojarse las riendas, soltarse sobre su crin volandera, \ cayó muerto. Eternamente nos irritan \ las restricciones, codiciamos todo lo prohibido. (Mira al enfermo \ a quien se dice que no lo haga, dar vueltas por los baños públicos.) \ [...] El deseo aumenta ante lo que está fuera de su alcance. A un ladrón \ le atraen los lugares a prueba de robo. ¿Cuán a menudo el amor \ no medra en busca de la aprobación de un rival? No es la belleza \ de tu esposa, sino tu pasión por ella lo que nos incita; ella debe \ tener algo para haberte atrapado. Una mujer encerrada \ por su marido no es casta sino perseguida, su temor atrae más \ que su figura. La pasión ilícita —te guste \ o no— es más dulce. Lo que me enciende es \ que una mujer diga: «Tengo miedo».

OVIDIO, *AMORES*

En unos cuantos días se hicieron amantes. Pero entonces la situación se invirtió: *Lady Caroline* perseguía a Byron con un dinamismo impropio de una dama. Se vestía de paje y subía a hurtadillas al carruaje de él, le escribía cartas extravagantemente emotivas, hacía ostentación de su romance. ¡Por fin una oportunidad de ejecutar el gran papel romántico de sus fantasías de adolescencia! Byron empezó a predisponerse contra ella. Ahora le encantaba escandalizar; esta vez le confesó la naturaleza del pecado secreto al que había aludido en *Childe Harold*: sus aventuras homosexuales durante sus viajes. Hacía comentarios crueles, se mostraba indiferente. Pero, al parecer, esto no hacía sino incitar aún más a *Lady Caroline*. Ella le envió el acostumbrado mechón, pero de su pubis; lo seguía en la calle, hacía escenas en público; su familia la mandó por fin al extranjero, para evitar más escándalos. Cuando Byron dejó en claro que el amorío había concluido, ella se hundió en una locura que duraría varios años.

En 1813, un viejo amigo de Byron, James Webster, invitó al poeta a alojarse en su finca campestre. Webster tenía una esposa joven y bella, *Lady Frances*, y sabía de la fama de Byron como seductor, pero su esposa era casta y callada: sin duda resistiría la tentación de un hombre como Byron. Para alivio de Webster, Byron apenas si habló con Frances, quien parecía igualmente insensible a él. Pero ya avanzada la estancia de Byron, ella se las ingenió para estar a solas con él en el salón de billar, donde le hizo una pregunta: ¿cómo podía una mujer a la que le gustaba un hombre hacérselo saber cuando él no lo percibía? Byron garabateó una picante respuesta en un pedazo de papel, que hizo que ella se sonrojara al leerla. Poco después él invitó ala pareja a visitarlo en su infausta abadía. Ahí, la correcta y formal *Lady Frances* lo vio beber vino en un cráneo humano. Los dos se quedaban hasta tarde en una de las cámaras secretas de la abadía, leyendo poesía y besándose. Con Byron, parecía, *Lady Frances* estaba más que dispuesta a explorar el adulterio.

Ese mismo año, la hermanastra de Lord Byron, Augusta, llegó a Londres, huyendo de su esposo, quien tenía problemas de dinero. Byron no había visto a Augusta durante un tiempo. Se parecían: el mismo rostro, los mismos gestos; ella era Lord Byron en mujer. Y la conducta de él con ella era más que fraternal. La llevaba al teatro, a bailes, la recibía en su casa, la trataba con una intimidad que Augusta pronto correspondió. En efecto, las tiernas y amables atenciones conque Byron la colmaba pronto se volvieron físicas.

Augusta era una esposa ferviente y madre de tres hijos, pero se rindió a las insinuaciones de su hermanastro. ¿Cómo habría podido evitarlo? Él despertaba una extraña pasión en ella, una pasión más fuerte que la que sentía por cualquier otro hombre, incluido su esposo. Para Byron, la relación con Augusta fue el mayor, supremo pecado de su vida. Y poco después escribía a sus amigos confesándolo abiertamente. En realidad se deleitaba en sus horrorizadas respuestas, y su largo poema narrativo *The Bride of Abydos* tiene como tema el incesto entre hermanos. Entonces empezaron a correr rumores sobre las relaciones de Byron con Augusta, quien ya estaba embarazada de él. La buena sociedad lo rechazó, pero las mujeres se

sintieron atraídas por él más que antes, y sus libros eran más populares que nunca.

Annabella Milbanke, prima de *Lady Caroline Lamb*, había conocido a Byron en aquellos primeros meses de 1812, cuando Londres lo aclamaba. Annabella era seria y práctica, y sus intereses eran la ciencia y la religión. Pero había algo en Byron que la atraía. Y la sensación parecía ser correspondida: no solo se hicieron amigos, sino que, para desconcierto de Annabella, él mostró otro tipo de interés en ella, al grado de proponerle matrimonio. Esto ocurrió en medio del escándalo de Byron y Caroline Lamb, y Annabella no tomó en serio la propuesta. En los meses posteriores ella siguió su carrera a la distancia, y se enteró de los perturbadores rumores de incesto. Con todo en 1813 escribió a su tía: «Considero tan deseable su trato que yo correría el riesgo de que me llamaran una Coqueta con tal de disfrutar de él». Al leer sus nuevos poemas, ella escribió que su «descripción del Amor casi me hace enamorarme a mí». Fue desarrollando una obsesión por Byron, hasta que algo de ella pronto llegó a sus oídos. Renovaron su amistad, y en 1814 él le propuso matrimonio de nuevo; esta vez ella aceptó. Byron era un ángel caído y ella lo enmendaría.

Pero no fue así. Byron había esperado que la vida conyugal lo serenara, pero después de la ceremonia se dio cuenta de que estaba equivocado. Le dijo a Annabella: «Ahora descubrirás que te has casado con un demonio». Pocos años después el matrimonio se separó.

En 1816, Byron se fue de Inglaterra, para no volver jamás. Viajó un tiempo por Italia; todos conocían su historia: sus romances, el incesto, la crueldad con sus amantes. Pero donde fuera, las italianas, en particular nobles casadas, lo perseguían, dejando ver a su manera lo dispuestas que estaban a ser su siguiente víctima. Las mujeres se habían convertido en verdad en las agresoras. Como dijo Byron al poeta Shelley: «Nadie ha sido más disputado que el pobre querido de mí: me han raptado más a menudo que a nadie desde la guerra de Troya».

A menudo les es imposible a [las mujeres] destrabar más tarde la relación así formada en su mente entre actividades sensuales y algo prohibido, y resultan ser psíquicamente impotentes, es decir frías, cuando tales actividades se vuelven permisibles al cabo. Esta es la fuente del deseo de tantas mujeres de mantener en secreto por un tiempo aun relaciones legítimas, y de la aparición de la capacidad de sensación normal en otras tan pronto como la condición de prohibición es restaurada por una intriga secreta; infieles al esposo, pueden mantener una fidelidad de segundo orden con el amante. • En mi opinión, la necesaria condición de la prohibición en la vida erótica de las mujeres ocupa el mismo lugar que la necesidad de los hombres de rebajar a su objeto sexual. [...] Las mujeres pertenecientes a los más altos niveles de la civilización no suelen transgredir la prohibición de actividades

sexuales durante el periodo de espera, y por lo tanto adquieren esta estrecha asociación entre lo prohibido y lo sexual. [...] • Los perjudiciales resultados de la privación, al principio, de goce sexual se manifiestan en falta de satisfacción plena cuando, después, se da rienda suelta al deseo sexual en el matrimonio. Pero, por otra parte, la desmedida libertad sexual desde un principio no conduce a un mejor resultado. Sería fácil demostrar que el valor que la mente asigna a las necesidades eróticas decrece tan pronto como la satisfacción se vuelve simple de obtener. Un obstáculo es necesario para elevar al máximo la marea de la libido; y en todos los periodos de la historia, dondequiera que barreras naturales a la satisfacción no han sido suficientes, la humanidad ha erigido barreras convencionales para poder disfrutar del amor. Esto es cierto tanto en los individuos como en las naciones. En épocas en que no han existido obstáculos para la satisfacción sexual, como, quizá, en la declinación de civilizaciones de la antigüedad, el amor perdió su valor, la vida se vació, y fue necesaria la formación de fuertes reacciones para recuperar el indispensable valor emocional del amor.

SIGMUND FREUD, «CONTRIBUCIONES A LA PSICOLOGÍA DEL AMOR», *SEXUALIDAD Y PSICOLOGÍA DEL AMOR*

Interpretación. Las mujeres de la época de Byron anhelaban ejercer un papel diferente al que la sociedad les permitía. Se suponía que debían ser la fuerza decente y moralizadora de la cultura; solo los hombres disponían de salidas para sus más oscuros impulsos. Bajo las restricciones sociales a las mujeres quizá estaba el temor a la parte amorosa y desbocada de la psique femenina.

Sintiéndose reprimidas e inquietas, las damas de entonces devoraban novelas góticas, historias en que las mujeres eran audaces y tenían la misma capacidad para el bien y el mal que los hombres. Libros como esos contribuyeron a detonar una revuelta, en la que mujeres como *Lady Caroline* hacían realidad algo de la vida de fantasía de su adolescencia, cuando esto estaba hasta cierto punto permitido. Byron salió a escena en el momento justo. Se volvió el pararrayos de los deseos no expresados de las mujeres; con él, ellas podían llegar más allá de los límites que la sociedad había impuesto. Para algunas el atractivo era el adulterio, para otras una rebelión romántica, o la posibilidad de ser irracionales e incivilizadas. (El anhelo de reformar a Byron escondía meramente la verdad: el deseo de que él las avasallara). En todas esas circunstancias estaba presente el señuelo de lo prohibido, lo que en este caso era algo más que una mera tentación superficial: una vez que una mujer se involucraba con Byron, él la llevaba más lejos de lo que ella había

imaginado o deseado, porque no conocía límites. Las mujeres no solo se enamoraban de Byron: le permitían que pusiera su vida de cabeza, e incluso que las llevara a la ruina. Preferían ese destino a los confines seguros del matrimonio.

En cierto sentido, la situación de las mujeres a principios del siglo XIX se ha generalizado a principios del XXI. Las salidas para la mala conducta masculina — guerra, política sucia, la institución de amante y cortesanas— han caído en desuso; hoy no solo de las mujeres, sino también de los hombres se supone que deben ser eminentemente civilizados y razonables. Y a muchos se les dificulta cumplir eso. Cuando niñ@s se nos permite desahogar el lado oscuro de nuestro carácter, un lado que tod@s tenemos. Pero a causa de la presión de la sociedad (en un principio bajo la forma de nuestros padres), reprimimos poco a poco las vetas atrevidas, rebeldes, perversas de nuestro carácter. Para convivir, aprendemos a reprimir nuestro lado oscuro, el cual se convierte en una especie de yo perdido, una parte de nuestra psique sepultada bajo nuestra educada apariencia.

Así es como *Monsieur Mauclair* analizó la actitud de los hombres ante las prostitutas: «Ni el amor de una querida apasionada pero bien educada ni su matrimonio con una mujer a la que respeta pueden remplazar a la prostituta para el animal humano en esos perversos momentos en los que codicia el placer de envilecerse sin afectar su prestigio social. Nada puede remplazar el extraño e intenso placer de poder decirlo todo, hacerlo todo, lo irreverente y lo paródico, sin temor al castigo, el remordimiento o la responsabilidad. Esta es una revuelta absoluta contra la sociedad organizada, su propio yo organizado y educado y especialmente su religión». *Monsieur Mauclair* oye el llamado del demonio en esta oscura pasión poetizada por Baudelaire. «La prostituta representa lo inconsciente que nos permite dejar de lado nuestras responsabilidades».

NINA EPTON, *EL AMOR Y LOS FRANCESES*

Cuando adult@s, deseamos en secreto recuperar ese yo perdido, nuestra parte infantil más audaz, menos respetuosa. Nos atraen quienes viven su yo perdido cuando adult@s, aun si esto implica cierta maldad o destrucción. Como Byron, puedes ser el pararrayos de esos deseos. Sin embargo, debes aprender a mantener bajo control ese potencial, y a usarlo en forma estratégica. Mientras el aura de lo prohibido en torno tuyo atrae objetivos a tu telaraña, no exageres tu peligrosidad, o los ahuyentarás. Una vez que sientas que han caído bajo tu hechizo, podrás darte rienda suelta. Si empiezan a imitarte, como *Lady Caroline* lo hizo con Byron, ve más lejos: introduce

un poco de crueldad, involúcralos en pecados, immoralidades, actividades prohibidas, lo que sea necesario. Desata el yo perdido en tus blancos: entre más lo liberen, mayor será tu influencia en ellos. Quedarte a medio camino rompería el encanto y produciría inhibiciones. Llega lo más lejos posible.

La bajeza atrae a todos.

—Johann Wolfgang Goethe

CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

La sociedad y la cultura se basan en límites: este tipo de conducta es aceptable, este otro no. Los límites son variables y cambian con el tiempo, pero siempre los hay. La alternativa es la anarquía, el desorden de la naturaleza, al que tememos. Pero somos animales extraños: en cuanto se impone cualquier tipo de límite, físico o psicológico, sentimos curiosidad. Una parte de nosotr@s quiere rebasarlo, explorarlo prohibido.

Los corazones y el ojo no cesan de recorrer los senderos que siempre les han brindado regocijo; y si alguien intenta frustrar su caza, no hará sino apasionarlos más por ella, como Dios bien sabe. [...] Esto ocurrió con Tristán e Isolda. Tan pronto como sus deseos se les prohibieron, y espías y guardias les impidieron gozar uno de otro, ellos empezaron a sufrir intensamente. El deseo los atormentó entonces con su magia, muchas veces peor que antes; la necesidad que tenían uno de otro fue más dolorosa y urgente que nunca. • [...] Las mujeres hacen muchas cosas solo porque están prohibidas, que sin duda no harían si no lo estuvieran. [...] Dios nuestro Señor dio a Eva la libertad de hacer lo que quisiera con todos los frutos, flores y plantas que había en el Paraíso, salvo uno, que le prohibió tocar so pena de muerte. [...] Ella tomó ese fruto y quebrantó el mandamiento de Dios, [...] pero hoy creo firmemente que Eva jamás habría hecho eso si no se le hubiera prohibido.

GOTTFRIED VON STRASSBURG, *TRISTÁN E ISOLDA*

Si de niñ@s se nos dice que no pasemos de cierto límite del bosque, ahí es precisamente adonde vamos. Pero al crecer, y volvernos civilizad@s y respetuos@s, un creciente número de fronteras obstruyen nuestra vida. No confundas urbanidad con felicidad, aquella encubre frustración, una concesión no deseada. ¿Cómo podemos explorar el lado sombrío de nuestra personalidad sin incurrir en castigos u ostracismo? Ese lado se filtra en nuestros sueños. A veces despertamos con una sensación de culpa por los asesinatos, incestos, adulterios y caos que ocurren en nuestros sueños, hasta que nos percatamos de que nadie tiene que saberlo salvo nosotr@s. Pero dale a una persona la sensación de que contigo tendrá la oportunidad de explorar los más remotos linderos de la conducta aceptable y civilizada, de que tú puedes dar salida a parte de su personalidad enclaustrada, y generarás los ingredientes necesarios para una seducción profunda e intensa.

Tendrás que ir más allá de solo incitar a una persona con una fantasía elusiva. El impacto y el poder seductor procederán de la realidad que le ofrezcas. Como Byron, en cierto momento puedes incluso llevarla más lejos de donde quiere ir. Si te ha seguido por pura curiosidad, podría sentir cierto temor y vacilación; pero una vez atrapada, le será difícil resistirse, porque es difícil retornar a un límite una vez transgredido y traspasado. El ser humano clama por más, y no sabe cuándo parar. Tú determinarás por la otra persona cuándo es momento de parar.

En cuanto la gente siente que algo es prohibido, una parte de ella lo querrá. Esto es lo que convierte a hombres y mujeres casados en un objetivo tan deseable: entre más prohibido es alguien, mayor el deseo. George Villiers, el conde de Buckingham, fue el favorito del rey Jacobo I, y luego del hijo de este, el rey Carlos I. Nada se le negaba. En 1625, en una visita a Francia, conoció a la hermosa reina Ana, y se enamoró irremediablemente de ella. ¿Qué podía ser menos posible, estar más fuera de su alcance, que la reina de una potencia rival? Él habría podido tener a casi cualquier otra mujer, pero la naturaleza prohibida de la reina le apasionó por completo, hasta ponerse en vergüenza, y a su país, intentando besarla en público.

Un amigo de *Monsieur Leopold Stern* rentó un departamento de soltero donde recibía a su esposa como amante, le servía oporto y pastelillos y «experimentaba toda la cosquilleante excitación del adulterio». Le dijo a Stern que ponerse los cuernos a sí mismo era una sensación deliciosa.

NINA EPTON, *EL AMOR Y LOS FRANCESES*

Puesto que lo prohibido es deseado, de algún modo debes parecer prohibid@. La manera más ostensible de hacer esto es adoptar una conducta que te dé un aura oscura y prohibida. En teoría, eres alguien a quien se debe evitar; de hecho, eres

demasiado seductor@ para que se te resistan. Este fue el encanto del actor Errol Flynn, quien, como Byron, se descubría a menudo siendo el perseguido, no el perseguidor. Flynn era muy guapo, pero tenía algo más: una inocultable vena delictiva. En su desenfrenada juventud había participado en toda clase de actividades turbias. En la década de 1950 se le acusó de violación, una mancha permanente en su fama pese a que fue absuelto; pero su popularidad entre las mujeres no hizo sino aumentar. Exagera tu lado oscuro y tendrás un efecto semejante. Desde el punto de vista de tus blancos, relacionarse contigo significa ir más allá de sus límites, hacer algo atrevido e inaceptable para la sociedad, para sus iguales. Para muchos, esta es una razón para morder el anzuelo.

En la novela *Arenas movedizas*, de Junichiro Tanizaki, publicada en 1928, Sonoko Kakiuchi, esposa de un abogado respetable, está aburrida y decide tomar clases de pintura para pasar el tiempo. Ahí le fascina una compañera, la hermosa Mitsuko, quien se hace su amiga y después la seduce. Kakiuchi se ve obligada a decir incontables mentiras a su esposo sobre su relación con Mitsuko y sus citas frecuentes. Mitsuko la envuelve poco a poco en toda índole de actividades atroces, entre ellas un triángulo amoroso con un joven excéntrico. Cada vez que Kakiuchi es forzada a explorar un placer prohibido, Mitsuko la reta a llegar más lejos. Kakiuchi titubea, siente remordimientos; sabe que está en las garras de una diabólica joven seductora que se ha aprovechado de su aburrimiento para pervertirla. Pero, en definitiva, no puede evitar seguir a Mitsuko; cada acto transgresor la hace querer más. Una vez que tus objetivos son atraídos por el señuelo delo prohibido, rétalos a igualarte en conducta transgresora. Todo tipo de desafío es seductor. Avanza despacio, y no acentúes el reto hasta que tus blancos den señales de rendirse a ti. Tan pronto como estén bajo tu hechizo, quizá ni se den cuenta de la aventura extrema a la que los has conducido.

El duque de Richelieu, el gran libertino del siglo XVIII, tenía predilección por las jóvenes, y con frecuencia agudizaba la seducción envolviéndolas en una conducta transgresora, a lo que la gente joven esa la casa de la muchacha y de atraerla a su cama; los padres estaban apenas poco más allá del pasillo, lo que añadía el sazón apropiado. A veces actuaba como si estuvieran a punto de ser descubiertos, y el susto momentáneo afilaba el estremecimiento implícito. En todos los casos, intentaba volver a la joven contra sus padres, ridiculizando su celo religioso, gazmoñería o conducta piadosa. La estrategia del duque consistía en atacar los valores que sus objetivos más apreciaban, justo los valores que representan un límite. En una persona joven, los lazos familiares, los lazos religiosos y demás son útiles para el@ seductor@; los jóvenes apenas si necesitan una razón para rebelarse contra ellos. Aunque esta estrategia puede aplicarse a una persona de cualquier edad: para todo valor altamente estimado hay un lado sombrío, una duda, un deseo de explorar lo que ese valor prohíbe.

En la Italia del Renacimiento, una prostituta se vestía como dama e iba a la iglesia. Nada era más excitante para un hombre que intercambiar miradas con una

mujer a la que sabía ramera, mientras él estaba rodeado por su esposa, familiares, amigos y curas. Cada religión o sistema de valores engendra un lado oscuro, el reino sombrío de todo lo que prohíbe. Induce a tus objetivos, hazlos coquetear con todo lo que transgrede sus valores familiares, con frecuencia emotivos pero superficiales, ya que se les impone desde fuera.

A uno de los hombres más seductores del siglo xx, Rodolfo Valentino, se le conocía como la Amenaza Sexual. Su encanto para las mujeres era doble: podía ser tierno y considerado, pero también sugería crueldad. En cualquier momento podía ponerse peligrosamente rudo, quizá un tanto violento. Los estudios exageraban cuanto podían esta doble imagen: cuando se sabía que él había maltratado a su esposa, por ejemplo, explotaban el caso. Una mezcla de masculinidad y feminidad, violencia y ternura, siempre parecerá transgresora y atractiva. Se supone que el amor debe ser tierno y delicado, pero de hecho puede liberar emociones violentas y destructivas; y la posible violencia del amor, la forma en que atrofia nuestra racionalidad normal, es justo lo que nos atrae. Aborda el lado violento del romance mezclando una vena cruel con tus tiernas atenciones, en particular en las etapas avanzadas de la seducción, cuando ya tienes al objetivo en tus garras. La cortesana Lola Montez era famosa por recurrir a la violencia, usando de vez en cuando un látigo, y Lou Andreas-Salomé podía ser excepcionalmente cruel con sus hombres, practicando coqueterías, poniéndose alternadamente glacial y exigente. Su crueldad solo hacía que sus blancos regresaran por más. Una relación masoquista representa una gran liberación transgresora.

Entre más ilícita te parezca tu seducción, más poderoso será su efecto. Da a tu objetivo la sensación de que comete una especie de delito, un acto cuya culpa comparte contigo. Crea situaciones públicas en las que ambos sepan algo que los demás ignoran. Podrían ser frases y miradas que solo ustedes reconozcan, un secreto. Para *Lady Frances* el encanto seductor de Byron se relacionaba con la cercanía de su esposo; en compañía de este, por ejemplo, ella hacía esconder en su pecho una carta de amor de Lord Byron. Johannes, el protagonista del *Diario de un seductor* de Søren Kierkegaard, enviaba un mensaje a su blanco, la joven Cordelia, en medio de una cena a la que ambos asistían; ella no podía revelar a los demás invitados que era de él, porque entonces tendría que dar una explicación. Él también podía decir en público algo que tuviera especial significado para ella, ya que se refería a algo en una de sus cartas. Todo esto añadía sabor a su romance, pues confería una sensación de secreto compartido, y aun de algo vergonzoso. Es crítico explotar tensiones como estas en público, para crear una sensación de complicidad y colusión contra el mundo.

En la leyenda de Tristán e Isolda, estos famosos amantes alcanzan las alturas de la dicha y la exaltación justo *a causa de* los tabúes que rompen. Isolda está comprometida con el rey Marcos; pronto será una mujer casada. Tristán es leal súbdito y guerrero al servicio del rey Marcos, de la edad de su padre. Todo el asunto deja una sensación de robo de la esposa al padre. Puesto que condensa el concepto

de amor del mundo occidental, esta leyenda ha ejercido enorme influencia a lo largo de los siglos, y una parte crucial de ella es la idea de que sin obstáculos, sin una sensación de transgresión, el amor es débil e insípido.

Hay gente que se empeña en quitar restricciones a su conducta privada, para hacer todo más libre, en el mundo actual, pero esto solo vuelve más difícil y menos excitante la seducción. Haz todo lo que puedas por reimplantar una sensación de transgresión y delito, así sea solo psicológica e ilusoria. Debe haber obstáculos por vencer, normas sociales por desobedecer, leyes por violar, para que la seducción pueda consumarse. Podría parecer que una sociedad permisiva impone pocos límites; busca algunos. Siempre habrá límites, vacas sagradas, normas de conducta: materia inagotable para fomentar las transgresiones y la violación de tabúes.

Símbolo: El bosque. A l@s niñ@s se les dice que no vayan al bosque justo más allá de los confines de su segura casa. Ahí no hay orden, solo selva, animales salvajes y delincuentes.

Pero la oportunidad de explorar, la oscuridad tentadora y el hecho de que eso esté prohibido son imposibles de resistir. Y una vez allá, l@s niñ@s quieren llegar cada vez más lejos.

REVERSO

El reverso de fomentar lo prohibido sería permanecer dentro de los límites de la conducta aceptable. Pero esto conduciría a una seducción muy tibia. Lo cual no quiere decir que solo el mal o la mala conducta sean seductores; la bondad, la amabilidad y un aura de espiritualidad pueden ser tremendamente atractivos, por ser cualidades raras. Pero advierte que el juego es el mismo. Una persona amable, buena o espiritual dentro de los límites prescritos por la sociedad tiene poco atractivo. Son quienes llegan al extremo —los Gandhis, los Krishnamurtis— quienes nos seducen. Ell@s no solo exhiben un estilo de vida espiritual, sino que además prescinden de toda comodidad material para cumplir sus ideales ascéticos. También rebasan límites, transgreden la conducta aceptable, porque a las sociedades les sería difícil operar si tod@s llegaran tan lejos. En la seducción, no se obtiene el menor beneficio de respetar límites y fronteras.

19. Usa señuelos espirituales

Tod@s tenemos dudas e inseguridades, sobre nuestro cuerpo, autoestima, sexualidad. Si tu seducción apela exclusivamente a lo físico, atizarás esas dudas y cohibirás a tus objetivos. Líbralos en cambio de sus inseguridades dirigiendo su atención a algo sublime y espiritual: una experiencia religiosa, una eminente obra de arte, el ocultismo. Exagera tus cualidades divinas; adopta un aire de insatisfacción con las cosas materiales; habla de las estrellas, el destino, la trama oculta que te une con el objeto de tu seducción. Perdido en una bruma espiritual, el objetivo se sentirá ligero y desinhibido. Acentúa el efecto de tu seducción haciendo que su culminación sexual semeje la unión espiritual de dos almas.

OBJETO DE CULTO

Liane de Pougy era la cortesana reinante en el París de la década de 1890. Esbelta y andrógina, constituía una novedad, y los hombres más ricos de Europa competían por poseerla. Para fines de esa década, sin embargo, se había cansado de todo. «Qué vida tan estéril», escribió a una amiga. «Siempre la misma rutina: el Bois, las carreras, prueba de ropa; y para terminar un insípido día: ¡la cena!». Lo que más fastidiaba a la cortesana era la constante atención de sus admiradores, quienes querían monopolizar sus encantos físicos.

Un día de primavera de 1899, Liane paseaba en un carruaje abierto por el Bois de Boulogne. Como de costumbre, los hombres levantaban su sombrero cuando ella pasaba. Pero uno de esos admiradores la tomó por sorpresa: una joven de largo cabello rubio, que le lanzó una intensa mirada de adoración. Liane le sonrió, y ella le sonrió a su vez y le hizo una reverencia.

Días después Liane empezó a recibir tarjetas y flores de una estadounidense de veintitrés años de edad llamada Natalie Barney, quien se identificó como la admiradora rubia en el Bois de Boulogne, y le pidió una cita. Liane invitó a Natalie a visitarla, pero para divertirse decidió jugarle una pequeña broma: una amiga ocuparía su lugar, tendiéndose en su cama en el boudoir a oscuras, mientras Liane se escondía tras un biombo. Natalie llegó a la hora convenida. Iba vestida de paje florentino y llevaba un ramo de flores. Arrodillándose ante la cama, empezó a alabar a la cortesana, comparándola con una pintura de Fray Angélico. Pronto oyó que alguien reía, y al ponerse de pie se dio cuenta de la broma que se le había jugado. Se ruborizó y se dirigió a la puerta. Cuando Liane salió a toda prisa del biombo, Natalie la reprendió: la cortesana tenía cara de ángel, pero al parecer no el espíritu. Arrepentida, Liane murmuró: «Vuelve mañana en la mañana. Estaré sola».

¡Ah!, ¡poder amar siempre libremente a quien se ama! Pasar mi vida a tus pies como nuestros últimos días juntas. Protegerte de sátiros imaginarios para que yo sea la única en arrojarte a este lecho de musgo. [...] Volveremos a encontrarnos en Lesbos; y cuando caiga la noche, nos sumergiremos en el bosque para perder los senderos que conducen a este siglo. Me gusta imaginarnos en esa encantada isla de inmortales. Me la represento bellísima. Ven,

te describiré esas delicadas parejas femeninas; y lejos de las ciudades y el ruido, lo olvidaremos todo, menos la Ética de la Belleza.

**NATALIE BARNEY, CARTA A LIANE DE POUGY, CITADA EN
JEAN CHALON, *RETRATO DE UNA SEDUCTORA: EL MUNDO
DE NATALIE BARNEY***

La joven estadounidense apareció al día siguiente, con el mismo atuendo. Era ingeniosa y vehemente; Liane se relajó en su presencia, y la invitó a quedarse para el ritual matutino de una cortesana: el elaborado maquillaje, ropa y joyas que se ponía antes de salir al mundo. Observando reverentemente, Natalie comentó que adoraba la belleza, y que Liane era la mujer más hermosa que ella hubiera visto nunca. Haciendo el papel de paje, siguió a Liane hasta el coche, le abrió la puerta con una inclinación y la acompañó en su viaje habitual por el Bois de Boulogne. Una vez en el parque, Natalie se arrodilló, sin ser vista por los caballeros que pasaban, levantándose el sombrero ante la cortesana. Recitó poemas que había escrito en honor de Liane, y le dijo que consideraba su misión rescatarla del sórdido medio en que había caído.

Esa noche Natalie la llevó al teatro para ver a Sarah Bernhardt interpretando a Hamlet. En el intermedio le dijo a Liane que se identificaba con Hamlet: su ansia de lo sublime, su odio a la tiranía, la que, para ella, era la tiranía de los hombres sobre las mujeres. Los días siguientes, Liane recibió un continuo caudal de flores de Natalie, y telegramas con pequeños poemas en su honor. Poco a poco, las palabras y miradas de veneración se hicieron más físicas, con el ocasional contacto, luego una caricia, incluso un beso y un beso que pareció diferente a cualquier otro que Liane hubiera experimentado hasta entonces. Una mañana, en presencia de Natalie, Liane se preparó para tomar un baño. Mientras se quitaba el camisón, Natalie se echó de pronto a sus pies, besando sus tobillos. La cortesana se liberó y se metió corriendo a la bañera, solo para que Natalie se quitara la ropa y la acompañara. En unos días, todo París sabía que Liane de Pougy tenía una nueva amante: Natalie Barney.

Terrible Natalie, quien solía asolar el país del amor. Formidable Natalie, temida por los maridos porque nadie podía resistirse a su seducción. Y podía verse a las mujeres abandonar esposo, casa e hijos para seguir a esta Circe de Lesbos. • El método de Circe era preparar pociones mágicas. Natalie prefería escribir poemas; siempre sabía cómo mezclar lo físico con lo espiritual.

**JEAN CHALON, *RETRATO DE UNA SEDUCTORA: EL MUNDO
DE NATALIE BARNEY***

Liane no hizo el menor esfuerzo por esconder su nueva aventura, al publicar una novela, *Idylle Saphique*, en la que detallaba todos los aspectos de la seducción de Natalie. Nunca antes había tenido un romance con una mujer, y describía su relación con Natalie como algo semejante a una experiencia mística. A un al final de su larga vida, recordaba esta aventura como, por mucho, la más intensa de todas.

Renée Vivien era una joven inglesa que había ido a París para escribir poesía y huir del matrimonio que su padre intentaba imponerle. Renée estaba obsesionada con la muerte; también sentía que algo estaba mal en ella, pues experimentaba momentos de intenso odio a sí misma. En 1900 conoció a Natalie en el teatro. Algo en la amable mirada de la estadounidense derritió su normal reserva, y comenzó a mandarle poemas a Natalie, quien le respondía con poemas propios. Pronto se hicieron amigas. Renée le confesó que había tenido una amistad muy intensa con una mujer, pero siempre platónica: la idea de una relación física le repugnaba. Natalie le contó de la antigua poeta griega Safo, quien celebraba el amor entre mujeres como el único inocente y puro. Una noche, Renée, inspirada por sus conversaciones con Natalie, la invitó a su departamento, que había transformado en una especie de capilla. La sala estaba llena de velas y azucenas blancas, las flores que ella asociaba con Natalie. Esa noche se hicieron amantes. Poco después ya vivían juntas; pero cuando Renée reparó en que Natalie no podía serle fiel, su amor se tornó odio. Rompió la relación, se mudó y juró no volver a verla jamás.

En los meses siguientes Natalie le mandó cartas y poemas, y se apareció en su nueva casa, pero fue en vano. Renée no quería tener nada que ver con ella. Sin embargo, una noche en la ópera Natalie se sentó junto a ella y le dio un poema que había escrito en su honor. Expresó su pesar por el pasado, y también una simple petición: que hicieran una peregrinación a la isla griega de Lesbos, el hogar de Safo. Solo ahí podrían purificarse, y purificar su relación. Renée no pudo resistirse. En aquella isla siguieron los pasos de la poeta, y se imaginaron transportadas a los días paganos e inocentes de la antigua Grecia. Para Renée, Natalie se había convertido en la misma Safo. Cuando finalmente regresaron a París, Renée le escribió: «Mi sirena rubia: No quiero que seas como quienes habitan la Tierra. [...] Quiero que sigas siendo tú misma, porque así es como me hechizas». Su romance duró hasta la muerte de Renée, en 1909.

En la ciudad de Capsa, en Berbería, hubo un hombre muy rico, el cual, además de varios lujos, poseía una hija bella y agradable, cuyo nombre era Alibech. Ella no era cristiana, y viendo gran número de cristianos alabar su fe y servir a Dios, un día preguntó a uno la manera más adecuada de servir a Dios. Este le respondió que estaban más aptos para servir a Dios los que se apartaban de las cosas del mundo, como hacían los que iban al desierto de la Tebaida. • La joven, que era muy ingenua y tenía solo catorce

años, empujada no solo por el deseo racional, sino por un infantil capricho, sin dar explicaciones a nadie partió secretamente hacia el desierto de la Tebaida. Muy fatigada, pero empujada por su propósito, llegó al cabo de unos días a aquella soledad, en donde había una casita. Halló en la puerta un santo varón, el cual, maravillándose de verla, le preguntó qué buscaba por allí. Ella respondió que, inspirada por Dios, quería trabajar a su servicio, y que le enseñaran la manera conveniente de servirle. • El buen hombre, viéndola tan joven y bastante hermosa, temiendo que el demonio le tentara, si la retenía consigo, alabó su buena predisposición, y dándole agua y algo para comer, le dijo: • «Hija mía, no muy lejos de aquí hay un santo varón, el cual, para lo que tú buscas, es mucho mejor maestro que yo. Ve allí». Y púsola en camino. • Ella, llegando ante el eremita, y siendo acogida con iguales argumentos, anduvo un poco más, hasta que llegó al refugio de un joven ermitaño, persona bastante buena y devota, llamado Rústico, y le preguntó lo mismo que a los demás. Este, para dar prueba de su gran entereza, no la despidió como los otros, sino que la retuvo en su refugio. Cuando llegó la noche, le hizo un lecho de hojas de palma y le dijo que reposara ahí encima. • Hecho esto, las tentaciones empezaron a dar batalla a las fuerzas del eremita, el cual estaba muy engañado sobre ellas. Tras demasiados ataques, se consideró vencido. Dejó de lado sus buenos pensamientos y sus oraciones y disciplinas, para atender solamente a la juventud y belleza de la muchacha, pensando la manera de llegar, sin que ella lo advirtiera, a conseguir lo que como hombre pretendía. Primero probó, con cierta prudencia, si ella había conocido hombre alguno, y si era ingenua como mostraba. Cerciorándose, creyó poder sacarle partido.

Bajo apariencia de servir a Dios, le enseñó primero con muchas palabras lo enemigo de Dios que era el diablo, diciéndole que el mejor servicio para hacerle consistía en poner al diablo en el infierno, adonde el Señor le había condenado. • Ella le preguntó la manera de hacer eso y Rústico le dijo: • «Lo sabrás en seguida, pero ve haciendo lo que me veas hacer a mí». Y empezó a desnudarse, hasta quedar completamente en cueros; ella hizo lo mismo, y entonces él, fingiendo que se arrodillaba para rezar, la atrajo cerca de sí. • Esto hizo que se encendiera más que nunca, y se produjo la resurrección de la carne. Y ella, al notarlo, dijo: • «Rústico, ¿qué es eso que veo que te sale hacia fuera, y que yo no lo tengo?». • «Hija mía», respondió el monje, «es el diablo del que te he hablado, el cual me causa tantas molestias que no lo puedo

aguantar.» • Entonces dijo la joven: «¡Alabado sea Dios! Ya veo que estoy mejor que tú, pues no tengo ese diablo». • Y Rústico le responde: «Es cierto, pero tú tienes otra cosa que no tengo yo». • «¿Qué es ello?», preguntó ella. • A lo cual contestó Rústico: «El infierno, y creo que Dios te ha enviado para que salve mi alma, ya que siempre que el diablo me importune, si tú te apiadas de mí, lo pondré en el infierno. Daremos gusto a Dios y trabajaremos en su servicio, que es por lo que tú has venido aquí». • La joven repuso ingenuamente: «Padre. Si yo tengo el infierno, sea lo que os plazca». • Dijo entonces Rústico: «¡Bendita seas, hija mía! Vamos a meter el diablo en el infierno, para que no me moleste más». • Y diciendo esto, condujo a la joven a uno de los lechos, enseñándole cómo colocarse, para aprisionar a aquel maldito ser. • La joven, que nunca había puesto al diablo en infierno alguno, al ser la primera vez notó cierta molestia, y dijo a Rústico: • «Por cierto, mala cosa debe de ser ese diablo, y verdaderamente enemigo de Dios, que aun en el infierno, sin hablar de otros lugares, duele cuando se le mete». • «Hija mía, no siempre será así», respondió Rústico. Para que aquello no se repitiera, volvieron a meterlo seis veces antes de levantarse del lecho, y de tal modo le sacaron la soberbia de la cabeza, que lo dejaron tranquilo. • Pero la soberbia se presentó aún muchas más veces, y la joven siempre se mostró dispuesta a sacársela; hasta que el juego le empezó a gustar, y le dijo a Rústico: • «Ahora veo que es cierto lo que decían los buenos hombres de Capsa, que servir a Dios es cosa buena. No recuerdo haber hecho nada tan agradable como meter al diablo en el infierno». Y mientras lo hacían comentaba: «Rústico, no sé por qué el diablo se va del infierno, que si se quedara allí, con el gusto con que se le acoge, no saldría del lugar». [...] • Por eso, vosotras, jóvenes que tenéis que estar en gracia de Dios, aprended a meter el diablo en el infierno...

GIOVANNI BOCCACCIO, *EL DECAMERÓN*

Interpretación. Liane de Pougy y Renée Vivien sufrían una opresión similar: ambas estaban absortas en sí mismas, hiperconscientes de ellas. La fuente de este hábito en Liane era la constante atención que los hombres concedían a su cuerpo. Nunca podía escapar a sus miradas, que la atormentaban con una sensación de pesadez. Renée, entre tanto, pensaba demasiado en sus problemas: la represión de su lesbianismo, su mortalidad. Se sentía consumida por su aborrecimiento de sí misma.

Natalie Barney, por el contrario, era optimista, alegre y estaba absorta en el

mundo que la rodeaba. Todas sus seducciones —que para el fin de su vida se contaban en cientos— tenían una cualidad similar: sacaba a la víctima de sí misma, y dirigía su atención a la belleza, la poesía, la inocencia del amor sáfico. Invitaba a sus mujeres a participar en una suerte de culto, en el que adoraban esas sublimidades. Para intensificar la sensación de culto, las hacía participar en pequeños rituales: se ponían nuevos nombres, se enviaban poemas en telegramas diarios, se disfrazaban, hacían peregrinaciones a sitios sagrados. Dos cosas sucedían en forma inevitable: las mujeres comenzaban a dirigir una parte de la veneración que experimentaban a Natalie, quien parecía tan digna y hermosa como las cosas que ofrecía en adoración; y, agradablemente distraídas en ese reino espiritualizado, perdían también toda la pesadez que habían sentido en su cuerpo, su ser, su identidad. La represión de su sexualidad se esfumaba. Para el momento en que Natalie las besaba o acariciaba, esto parecía algo inocente, puro, como si hubieran regresado al Jardín del Edén antes de la caída.

La religión es el gran bálsamo de la existencia, porque nos saca de nosotr@s mism@s, nos pone en relación con algo mayor. Cuando contemplamos el objeto de adoración (Dios, la naturaleza), nuestras cargas se aligeran. Es maravilloso sentirnos elevad@s sobre la tierra, experimentar esa clase de ligereza. Por progresistas que sean los tiempos, much@s nos sentimos incómod@s con nuestro cuerpo, nuestros instintos animales. Un@ seductor@ que presta demasiada atención a lo físico provocará inhibición, y un residuo de repugnancia. Así, dirige tu atención a otra cosa. Invita a la otra persona a adorar algo bello en el mundo. Podría ser la naturaleza, una obra de arte o incluso Dios (o los dioses: el paganismo nunca pasa de moda); la gente muere por creer en algo. Añade algunos rituales. Si puedes asemejarte a lo que rindes culto —si eres natural, esteta, noble y sublime—, tus objetivos transferirán a ti su adoración. La religión y la espiritualidad están llenas de matices sexuales, los cuales pueden salir a la superficie una vez que hayas logrado que tus blancos pierdan su inhibición. Del éxtasis espiritual al sexual no hay más que un paso.

Ven por mí, pronto, y llévame lejos. Purifícame con un gran incendio de amor divino, no del tipo animal. Eres puro espíritu cuando quieres serlo, cuando lo sientes; aléjame de mi cuerpo.

—Liane De Pougy

CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

La religión es el sistema más seductor que la humanidad ha creado. La muerte es nuestro mayor temor, y la religión nos brinda la ilusión de que somos inmortales, de que algo nuestro sobrevivirá. La idea de que somos una parte infinitesimal de un universo vasto e indiferente es aterradora; la religión humaniza este universo, nos hace sentirnos importantes y amados. No somos animales gobernados por instintos incontrolables, animales que mueren sin razón aparente, sino criaturas hechas a imagen de un ser supremo. También podemos ser sublimes, racionales y buenos. Todo lo que alimenta un deseo o ilusión es seductor, y nada puede igualar a la religión en este ámbito.

El placer es el anzuelo que usas para atraer a una persona a tu telaraña. Pero por list@ que seas como seductor@, en el fondo de su mente tus objetivos saben cuál es el final, la conclusión física a la que te diriges. Quizá pienses que tu objetivo no está reprimido y ansía placer, pero a casi tod@s nos asedia un malestar de fondo con nuestra naturaleza animal. A menos que enfrentes ese malestar, tus seducciones, aun si son exitosas a corto plazo, serán superficiales y temporales. En cambio, como Natalie Barney, intenta atrapar el alma de tu objetivo, sentar las bases de una seducción profunda y duradera. Atrae a tu víctima a tu red con la espiritualidad, haciendo que el placer físico parezca sublime y trascendente. La espiritualidad ocultará tus manipulaciones, sugerirá que tu relación es eterna y dará margen al éxtasis en la mente de la víctima. Recuerda que la seducción es un proceso mental, y nada embriaga más a la mente que la religión, la espiritualidad y el ocultismo.

En *Madame Bovary*, la novela de Gustave Flaubert, Rodolphe Boulanger visita al doctor rural Bovary y se descubre interesado en la bella esposa del médico, Emma. Boulanger «era brutal y astuto. Podría decirse que era un conocedor: había habido muchas mujeres en su vida». Él intuye que Emma está aburrida. Semanas después se las arregla para encontrarla en una feria rural, donde consigue estar a solas con ella. Boulanger adopta un aire de tristeza y melancolía: «He pasado mucho tiempo en un cementerio a la luz de la luna, y me he preguntado si no sería mejor estar ahí tendido con el resto. [...]». Menciona su mala fama; la merece, dice, pero ¿acaso es culpa suya? «¿En verdad no sabe usted que existen almas incesantemente atormentadas?». La toma varias veces de la mano, pero Emma se la retira cortésmente. Habla de amor, de la fuerza magnética que une a dos personas. Quizá eso tenga raíces en una existencia previa, alguna encarnación anterior de sus almas. «Mírenos a nosotros, por ejemplo. ¿Por que debíamos conocernos? ¿Cómo sucedió? Solo puede ser que algo en nuestras particulares inclinaciones nos haya hecho acortar cada vez más la distancia que nos separaba, a la manera de dos ríos que corren juntos». Vuelve a tomarla de la mano y esta vez ella se lo permite. Después de la feria, la evita durante varias semanas, y luego aparece de súbito, afirmando que trató de mantenerse lejos pero que la suerte, el destino, lo hizo retractarse. Lleva a montar a Emma. Cuando por fin da el paso, en el bosque, ella parece asustada, y

rechaza sus insinuaciones. «Usted debe tener una idea equivocada», protesta él. «La llevo en mi corazón como una Virgen en un pedestal. [...] Se lo ruego: ¡sea mi amiga, mi hermana, mi ángel!». Bajo el hechizo de sus palabras, ella deja que él la abrace y la introduzca aún más en el bosque, donde sucumbe.

La estrategia de Rodolphe es triple. Primero habla de tristeza, melancolía, descontento, temas que lo hacen parecer más noble que otras personas, como si las comunes actividades materiales de la vida no pudieran satisfacerlo. Luego habla del destino, de la atracción magnética de dos almas. Esto hace que su interés en Emma parezca no tanto un impulso momentáneo como algo imperecedero, vinculado con el movimiento de las estrellas. Finalmente habla de ángeles, lo elevado y lo sublime. Poniendo todo en el plano espiritual, distrae a Emma de lo físico, la aturde, y despacha una seducción, que habría podido tardar meses, en unos cuantos encuentros.

Las referencias de Rodolphe podrían parecer estereotipadas para los estándares actuales, pero la estrategia en sí misma nunca envejece. Simplemente adáptala a las modas ocultistas del momento. Adopta un aire espiritual, exhibe insatisfacción con las banalidades de la vida. No es el dinero, el sexo ni el éxito lo que te mueve; tus impulsos nunca son tan bajos. No, algo mucho más profundo te motiva. Sea lo que fuere, manténlo vago, dejando imaginar al objetivo tus ocultas honduras. Las estrellas, la astrología, la suerte siempre son atractivas; crea la sensación de que el destino te ha unido con tu blanco. Esto hará que tu seducción parezca más natural. En un mundo en que se controlan y falsifican demasiadas cosas, la sensación de que la suerte, la necesidad o un poder superior guía tu relación es doblemente seductora. Si quieres entretejer motivos religiosos en tu seducción, siempre es mejor elegir una religión distante y exótica, con un aire ligeramente pagano. Es fácil pasar de la espiritualidad pagana a la terrenalidad pagana. El tiempo cuenta: una vez que hayas agitado el alma de tus objetivos, pasa rápido a lo físico, haciendo que lo sexual parezca meramente una prolongación de las vibraciones espirituales que experimentas. En otras palabras, emplea la estrategia espiritual lo más cerca posible del momento de tu acto audaz.

Lo espiritual no es exclusivamente lo religioso u oculto. Es todo lo que añade una cualidad sublime, eterna a tu seducción. En el mundo moderno, la cultura y el arte han ocupado de algún modo el lugar de la religión. Hay dos maneras de usar el arte en tu seducción: primero, crearlo tú mismo, en honor del objetivo. Natalie Barney escribía poemas, y bombardeaba a sus blancos con ellos. La mitad del atractivo de Picasso para muchas mujeres era la esperanza de que las inmortalizara en sus cuadros, porque *Ars longa, vita brevis* (El arte dura, la vida es breve), como decían en Roma. Aun si tu amor es un capricho pasajero, al capturarlo en una obra de arte le das una seductora ilusión de eternidad. La segunda manera de usar el arte es hacer que ennoblezca tu aventura, dando a tu seducción un tono elevado. Natalie Barney llevaba a sus objetivos al teatro, la ópera, museos, lugares llenos de historia y ambiente. En sitios como esos tu alma y la de tu blanco pueden vibrar en la misma

onda espiritual. Claro que debes evitar obras de arte terrenales o vulgares, que llamarían la atención sobre tus intenciones. La obra de teatro, película o libro puede ser contemporáneo, y aun un poco crudo, siempre y cuando contenga un mensaje noble y se relacione con una causa justa. Incluso un movimiento político puede ser espiritualmente edificante. Recuerda ajustar tus señuelos espirituales al objetivo. Si este es desenfadado y cínico, el paganismo o el arte será más productivo que el ocultismo o la piedad religiosa.

El místico ruso Rasputín era venerado por su santidad y poderes curativos. Fascinaba en particular a las mujeres, quienes lo visitaban en su departamento en San Petersburgo en busca de guía espiritual. Él hablaba con ellas de la simple bondad del campesinado ruso, el perdón de Dios y otros temas insignes. Pero minutos después soltaba uno o dos comentarios de muy diferente naturaleza: algo acerca de la hermosura de la mujer, sus apetitosos labios, los deseos que podía inspirar en un hombre. Hablaba de diferentes tipos de amor —amor de Dios, amor entre amigos, amor entre un hombre y una mujer—, pero los combinaba todos como si fueran uno. Entonces, cuando volvía a hablar de temas espirituales, tomaba de pronto la mano de la mujer, o le murmuraba algo al oído. Todo esto tenía un efecto embriagador: las mujeres se veían arrastradas a una suerte de vorágine, tanto elevadas espiritualmente como sexualmente excitadas. Cientos de mujeres sucumbieron durante estas visitas espirituales, porque el monje también les decía que no podían arrepentirse hasta que hubieran pecado, y qué mejor que pecar con Rasputín.

Este comprendía la íntima relación entre sexualidad y espiritualidad. La espiritualidad, el amor de Dios, es una versión sublimada del amor sexual. El lenguaje de los místicos religiosos de la Edad Media está lleno de imágenes eróticas: la contemplación de Dios y de lo sublime puede brindar una especie de orgasmo mental. No hay brebaje más seductor que la combinación de lo espiritual y lo sexual, lo encumbrado y lo vil. Cuando hables de asuntos espirituales, entonces, deja que tus miradas y presencia física insinúen sexualidad al mismo tiempo. Haz que la armonía del universo y la unión con Dios parezcan confundirse con la armonía física y la unión entre dos personas. Si puedes hacer que el final de tu seducción semeje una experiencia espiritual, aumentarás el placer físico y crearás una seducción con un efecto hondo y perdurable.

**Símbolo: Las estrellas en el cielo. Objeto de adoración
durante siglos, y símbolo de lo sublime y divino. Al
contemplantas, nos distraemos momentáneamente
de todo lo mundano y mortal. Sentimos ligereza.
Eleva la mente de tus objetivos a las estrellas
y no notarán lo que sucede
aquí en la tierra.**

REVERSO

Hacer sentir a tus blancos que tu afecto no es temporal ni superficial los hará caer a menudo más profundamente bajo tu hechizo. En algunos, eso puede provocar una ansiedad: el temor al compromiso, a una relación claustrofóbica sin salidas. Nunca permitas que tus señuelos espirituales parezcan conducir en esa dirección. Dirigir la atención al futuro distante podría restringir implícitamente la libertad de tus objetivos; debes seducirlos, no ofrecerles matrimonio. Lo que necesitas es que se pierdan en el momento, experimentando la eterna profundidad de tus sentimientos en el tiempo presente. El éxtasis religioso se asocia con la intensidad, no con la extensión temporal.

Giovanni Giacomo Casanova usaba muchos señuelos espirituales al seducir: el ocultismo, todo lo que inspirara sentimientos honrosos. Mientras duraba su relación con una mujer, ella sentía que él hacía todo por ella, que no la usaba solo para abandonarla al final. Pero también sabía que cuando fuera conveniente terminar la aventura, él lloraría, le haría un magnífico regalo y se marcharía en silencio. Eso era justo lo que muchas jóvenes deseaban: una distracción temporal del matrimonio, o de su opresiva familia. A veces el placer es mejor cuando sabemos que es fugaz.

20. Combina el placer y el dolor

El error más grande en la seducciones ser demasiado comedid@. Tu amabilidad quizá sea encantadora al principio, pero pronto se volverá monótona; te esmeras mucho en complacer, y pareces insegur@. En vez de agobiar a tus blancos con tu decencia, prueba infligirles algo de dolor. Atráelos con una atención concentrada, y luego cambia de dirección, pareciendo indiferente de pronto. Hazlos sentir culpables e inseguros. Instiga incluso un rompimiento, sometiéndolos a un vacío y dolor que te den margen para maniobrar; después, una reconciliación, una disculpa, el retorno a tu amabilidad de antes, hará que les tiemblen las piernas. Cuanto más bajo llegues, más alto ascenderás. Para aumentar la carga erótica, creala excitación del temor.

LA MONTAÑA RUSA EMOCIONAL

Una calurosa tarde de verano de 1894, don Mateo Díaz, residente de Sevilla de treinta y ocho años de edad, decidió visitar una fábrica local de tabaco. Gracias a sus relaciones, a don Mateo se le permitía recorrer el sitio, pero su interés no estaba en el aspecto mercantil. A don Mateo le gustaban las jóvenes, y cientos de ellas trabajaban en la fábrica. Justo como esperaba, ese día muchas se hallaban en estado de semidesnudez, por el calor: ¡vaya espectáculo! Él disfrutó de la vista un rato, pero el ruido y la temperatura le afectaron pronto. De pronto, mientras se dirigía a la puerta, una obrera de no más de dieciséis años lo llamó: «¡Caballero, si me da una moneda le cantaré una cancioncita!».

Cuanto más se complace en general, menos profundamente se complace.

STENDHAL, *DEL AMOR*

El nombre de la chica era Conchita Pérez, y parecía joven e inocente, de hecho hermosa, con una chispa en la mirada que sugería gusto por la aventura. La presa perfecta. Don Mateo escuchó su canción (que parecía vagamente sugestiva), le arrojó una moneda que equivalía al salario de un mes, se levantó el sombrero y se marchó. Nunca era bueno excederse tan de prisa. Mientras caminaba por la calle, tramaba cómo atraer a la muchacha a una aventura. De repente sintió una mano en su brazo, y al volverse la vio caminando a su lado. Hacía demasiado calor para trabajar, ¿sería él tan amable de acompañarla a su casa? ¡Claro! «¿Tienes novio?», preguntó don Mateo. «No», respondió ella. «Soy mocita».

Conchita vivía con su madre en una parte ruinoso de la ciudad. Don Mateo intercambió cortesías, deslizó a la madre algo de dinero (sabía por experiencia lo importante que era tener contenta a la madre) y se fue. Consideró esperar unos días, pero estaba impaciente, y volvió a la siguiente mañana. La madre estaba fuera. Conchita y él reanudaron sus juguetonas bromas del día anterior, y para su sorpresa ella se sentó de pronto en sus rodillas, le echó los brazos al cuello y lo besó. Desbaratada su estrategia, él la abrazó y le devolvió el beso. Ella se levantó de un

salto, destellantes los ojos de cólera: «Usted juega conmigo», le dijo, «me usa para saciar sus deseos». Don Mateo negó tener tales intenciones, y se disculpó por haber llegado tan lejos. Cuando se marchó, se sentía confundido: ella había comenzado todo; ¿por qué debía sentirse culpable? Y, sin embargo, así era. Las jóvenes pueden ser demasiado impredecibles; es mejor ablandarlas poco a poco.

En los días siguientes, don Mateo fue el caballero perfecto. Hacía visitas a diario, colmando a madre e hija de regalos, y no hacía insinuaciones, al menos no al principio. La condenada muchacha le tomó tanta confianza que se vestía frente a él, o lo recibía en camisón. Esos atisbos de su cuerpo lo volvían loco, y a veces intentaba robarle un beso o una caricia, solo para que ella lo rechazara y reprendiera. Pasaron semanas; él había demostrado claramente que lo suyo no era un capricho pasajero. Cansado del interminable cortejo, un día llevó aparte a la madre de Conchita y le propuso ponerle casa a su hija. La trataría como reina; ella tendría todo lo que quisiera. (Igual que la madre, por supuesto). Sin duda su propuesta satisfaría a las dos. Pero al día siguiente llegó una nota de Conchita, en la que no expresaba gratitud, sino recriminación: don Mateo pretendía comprar su amor. «Jamás volverá usted a verme», concluyó. Él salió corriendo a su casa, solo para descubrir que las mujeres se habían mudado esa misma mañana, sin dejar dicho adónde iban.

Y de vez en cuando precisa mezclar la repulsa \ a la condescendencia; que no traspase los umbrales, que llame cruel a la puerta, \ y ya ruegue sumiso, ya amenace colérico. Nos disgusta lo dulce y renovamos el apetito \ con jugos amargos. Más de una vez perdió a la barca \ el tiempo favorable; por esta razón no aman los maridos \ a sus mujeres, porque disponen de ellas como les place. \ Cierra la puerta, y que el encargado de vigilarla me diga en tono adusto: \ «No se puede pasar»; la prohibición exaltará mis deseos. \ Arrojad, ya es tiempo, las armas embotadas y sustituidlas por otras más agudas; aunque temo \ se vuelvan contra mí los dardos de que os he provisto. \ Cuando caiga en el lazo el amante novel, será de gran efecto \ que al principio se imagine único poseedor de su tálamo, \ mas luego mortifícale con un rival que le robe parte \ de su conquista: la pasión languidece si le faltan estos estímulos. \ El potro generoso vuela por la arena del circo viendo los otros \ que se adelantan y le siguen detrás. \ Cualquier dosis de celos resucita el fuego extinguido; \ yo mismo, lo confieso, no sé amar si no me ofenden; \ pero cuida no se patentice demasiado la causa de su dolor; importa que sospeche \ más de lo que realmente sepa; exacérvalo con la enfadosa vigilancia \ de un supuesto guardián o la modesta presencia de un esposo severo; \ la voluptuosidad que se goza sin riesgo tiene pocos incentivos; \ finge

temor aun siendo más libre \ que Tais, y aunque puedas abrirle de par en par \ las puertas, dile que salte por la ventana; lea en tu semblante indicios de terror, y que \ una astuta sierva entre apresurada y grite: «Somos perdidos», y oculte en cualquier escondite \ al joven lleno de espanto. En compensación, permítele que te acompañe \ algunas noches libres de miedos, no vaya a creer \ que no valen los sustos que le cuestan.

OVIDIO, *EL ARTE DE AMAR*

Don Mateo se sintió terrible. Sí, se había portado como un grosero. La siguiente vez esperaría meses, o años de ser necesario, antes de ser tan arrojado. Sin embargo, pronto lo asaltó otra idea: jamás volvería a ver a Conchita. Solo entonces se dio cuenta de lo mucho que la quería.

Pasó el invierno, el peor en la vida de Mateo. Un día de primavera iba por la calle cuando oyó que alguien lo llamaba por su nombre. Volteó; Conchita estaba parada en una ventana abierta, radiante de emoción. Se inclinó hacia él y él besó su mano, fuera de sí de alegría. ¿Por qué ella había desaparecido tan repentinamente? Todo había sucedido tan rápido, contestó ella. Había tenido miedo: de las intenciones de él, y de sus propios sentimientos. Pero al verlo otra vez, estaba segura de que lo amaba. Sí, estaba dispuesta a ser su querida. Se lo demostraría, iría a buscarlo. La separación los había cambiado a ambos, pensó él.

Noches después, según lo prometido, Conchita apareció en su casa. Se besaron y empezaron a desvestirse. Él quería saborear cada minuto, avanzar poco a poco, pero se sentía como un toro encerrado al que finalmente se suelta. La siguió a la cama, las manos sobre ella. Empezó a quitarle la ropa interior, pero estaba atada en forma muy complicada. Al final tuvo que sentarse y echar un ojo: Conchita llevaba puesto un elaborado artilugio de lona, de una especie que él nunca había visto. Por más que tiró y jaló, aquello no salía. Sintió ganas de golpearla, así de consternado se sentía, pero, en cambio, comenzó a llorar. Ella explicó: quería hacer de todo con él, pero permanecer «mocita». Aquella era su protección. Exasperado, él la despachó a su casa.

«Sin duda», señalé, «he dicho a usted a menudo que el dolor posee un peculiar atractivo para mí, y que nada enciende tanto mi pasión como la tiranía, la crueldad y sobre todo la infidelidad de una mujer hermosa».

LEOPOLD VON SACHER-MASOCH, *VENUS EN ABRIGO DE PIEL*

Durante las semanas siguientes, don Mateo se puso a reconsiderar su opinión de Conchita. La veía coquetear con otros hombres, y bailar sugestivos flamencos en un bar: ella no era ninguna «mocita», decidió; jugaba con él por dinero. Pero no podía dejarla. Otro hombre ocuparía su lugar: una idea insoportable. Ella lo invitaba a pasar la noche en su cama, mientras prometiera no forzarla; y luego, como para torturarlo más allá de la razón, se metía a la cama desnuda (supuestamente a causa del calor). Él aguantaba todo esto alegando que ningún otro hombre gozaba de tales privilegios. Pero una noche, en el límite ya de la frustración, explotó de ira y puso un ultimátum: «O me das lo que quiero o no me volverás a ver». De repente, Conchita se echó a llorar. Él nunca la había visto así, y le conmovió. También ella estaba cansada de todo eso, dijo, temblándole la voz; si no era aún demasiado tarde, estaba dispuesta a aceptar la proposición que alguna vez había rechazado. Que él le pusiera casa, y ya vería lo ferviente que sería como querida.

Don Mateo no perdió tiempo. Le compró una villa, y le dio mucho dinero para decorarla. Ocho días después la casa estaba lista. Ella lo recibiría ahí a medianoche. ¡Qué dichas le aguardaban!

Oderint, dum metuant, odiarán mientras teman, se dice, como si el temor y el odio pudieran estar juntos y no pudieran estarlo el amor y el temor. ¿No se torna más interesante el amor, allí donde comienza el temor? ¿No está el amor que tenemos por la naturaleza, quizá, mezclado con una secreta ansiedad? Pues su armonía procedió del caos salvaje; su seguridad de la desdicha de los elementos. Y es precisamente esta especie de aprensión lo que nos mantiene atados y unidos. Lo mismo debe ocurrir en el amor para que tenga valor: es una flor que nace de una noche profunda y espantosa.

SØREN KIERKEGAARD, *DIARIO DE UN SEDUCTOR*

Don Mateo se presentó a la hora prevista. La reja del patio estaba cerrada. Tocó la campana. Conchita apareció al otro lado de la puerta. «Bésame las manos», le dijo por entre los barrotes. «Ahora bese la orla de mi falda, y la punta de mi pie en la pantufla». Él hizo lo que ella pedía. «Está bien», dijo. «Ahora puede irse». La conmocionada expresión de don Mateo solo la hizo reír. Ella lo ridiculizaba, e hizo una confesión: él le daba asco. Con una villa a su nombre, por fin se había deshecho de él. Llamó, y un muchacho emergió de las sombras del patio. Mientras don Mateo veía, demasiado asombrado para moverse, ellos se pusieron a hacer el amor en el piso, justo frente a sus ojos.

A la mañana siguiente Conchita apareció en la casa de don Mateo, supuestamente

para ver si él se había suicidado. Para su sorpresa, no lo había hecho; en realidad, él la abofeteó tan fuerte que ella cayó al suelo. «¡Conchita!», le dijo, «me has hecho sufrir más allá de toda fuerza humana! Has inventado torturas morales para probarlas con el único hombre que te amaba con pasión. ¡Ahora te poseeré por la fuerza!». Conchita gritó que nunca sería suya, pero él la golpeaba una y otra vez. Por fin, conmovido por sus lágrimas, don Mateo se detuvo. Entonces, ella lo miró con cariño. «Olvide el pasado», le dijo, «olvide todo lo que le hice». Una vez que él le había pegado, que ella podía ver su dolor, Conchita supo que la amaba de verdad. Aún era «mocita»; el amor con el joven la noche anterior había sido puro espectáculo, y terminó tan pronto como don Mateo se fue, así que ella seguía perteneciéndole. «No me tomará usted por la fuerza. ¡Mis brazos le esperan!». Al fin ella era sincera. Para su supremo deleite, él comprobó que, en efecto, Conchita seguía siendo virgen.

Interpretación. Don Mateo y Conchita Pérez son los protagonistas de la novela corta *La mujer y el pelele*, de Pierre Louÿs, publicada en 1896. Basada en una historia verídica —el episodio de «*Miss Charpillon*» de las *Memorias* de Casanova—, esta obra ha servido de base para dos películas: *El diablo es una mujer*, de Josef von Sternberg, con Marlene Dietrich, y *Ese oscuro objeto del deseo*, de Luis Buñuel. En la historia de Louÿs, Conchita toma a un viejo orgulloso y agresivo, y en el espacio de unos meses lo convierte en un vil esclavo. Su método es simple: estimular todas las emociones posibles, incluidas fuertes dosis de dolor. Conchita excita su lujuria, y luego lo hace sentir innoble por aprovecharse de ella. Lo induce a comportarse como su protector, y después hace que se sienta culpable por intentar comprarla. La súbita desaparición de ella lo angustia —la ha perdido—; así que cuando Conchita reaparece (nunca por accidente), él siente inmensa dicha, que, sin embargo, ella convierte rápidamente en lágrimas. Celos y humillación preceden entonces al momento final, cuando ella le brinda su virginidad. (Aun después de esto, según la trama, ella encuentra maneras de seguir atormentándolo). Cada descenso que ella inspira —culpa, desesperación, celos, vacío— da lugar a un ascenso más pronunciado. Él se vuelve adicto, atrapado en la alternancia de ataque y retirada.

Tu seducción nunca debe seguir un simple curso ascendente hacia el placer y la armonía. El clímax llegará demasiado pronto, y el placer será débil. Lo que nos hace apreciar algo intensamente es el sufrimiento previo. Un roce con la muerte nos hace enamorarnos de la vida; un largo viaje vuelve mucho más placentero el regreso a casa. Tu tarea es producir momentos de tristeza, desesperación y angustia, para crear la tensión que permita una gran liberación. No te preocupes si haces enojar a la gente; el enojo es señal infalible de que la tienes en tus garras. Ni temas que, si te haces el@ difícil, la gente huirá; solo abandonamos a quienes nos aburren. El viaje al que llevas a tus víctimas puede ser tortuoso, pero nunca insípido. A toda costa, mantén emocionados y en vilo a tus objetivos. Genera suficientes altas y bajas y borrarás los últimos vestigios de su fuerza de voluntad.

La adorable criatura de mármol tosió y se reacomodó la cebellina sobre los hombros. • «Gracias por la lección de estudios clásicos», repliqué, «pero no puedo negar que en el pacífico y soleado mundo de usted, tanto como en nuestro clima neblinoso, el hombre y la mujer son enemigos naturales. El amor puede unirlos por un tiempo para formar una sola mente, un solo corazón, una sola voluntad, pero demasiado pronto se separan. Y esto usted lo sabe mejor que yo: o bien uno de ellos somete al otro a su voluntad, o bien permite ser pisoteado.» • «Pisoteado por una mujer, desde luego», dijo *Lady Venus*, impertinentemente. «Y eso usted lo sabe mejor que yo.» • «Claro, y por eso no me hago ilusiones.» • «En otras palabras, usted es ahora mi esclavo sin ilusiones, y lo pisotearé sin piedad.» • «¡*Madam!*» • «Usted no me conoce todavía. Admito que soy cruel —ya que esta palabra le gusta tanto—, pero ¿no tengo derecho a serlo? El hombre es quien desea y la mujer la deseada; esta es la única ventaja de la mujer, pero es decisiva. Al hacer al hombre tan vulnerable a la pasión, la naturaleza lo ha puesto a merced de la mujer; y la que no tenga la sensatez de tratarlo como a un sujeto humilde, un esclavo, un juguete, y finalmente de traicionarlo con una carcajada... bueno, es una mujer de muy escasa sabiduría.» • «Querida, sus principios...», protesté. • «Se fundan en la experiencia de un millar de años», replicó ella pícaramente, pasando sus blancos dedos por la negra piel. «Entre más sumisa es la mujer, más pronto recupera el hombre el control de sí y se vuelve dominante; pero entre más cruel e infiel es ella, entre más lo maltrata, entre más gratuitamente juega con él y más dura es, más estimula su deseo y asegura su amor y admiración. Siempre ha sido así, desde la época de Helena y Dalila hasta la de Catalina la Grande y Lola Montez».

LEOPOLD VON SACHER-MASOCH, *VENUS EN ABRIGO DE PIEL*

DUREZA Y SUAVIDAD

En 1972, Henry Kissinger, entonces asistente para asuntos de seguridad nacional del presidente estadounidense Richard Nixon, recibió la petición de una entrevista por

parte de la famosa periodista italiana Oriana Fallaci. Kissinger rara vez concedía entrevistas; no tenía control sobre el resultado final, y era un hombre que necesitaba controlarlo todo. Pero había leído la entrevista de Fallaci a un general norvietnamita, y la experiencia había sido instructiva. Ella estaba muy bien informada sobre la guerra de Vietnam; quizá él podría obtener por su parte alguna información, sacarle algo. Decidió exigir un encuentro previo, una reunión preliminar. Interrogaría a Fallaci sobre diversos temas; si ella pasaba la prueba, le concedería una entrevista en forma. Se reunieron, y él quedó impresionado: ella era sumamente inteligente, y tenaz. Sería un disfrutable reto mostrar ser más listo que ella y demostrar que él era más tenaz. Accedió a una breve entrevista días más tarde.

Para molestia de Kissinger, Fallaci empezó la entrevista preguntándole si le decepcionaba el lento paso de las negociaciones de paz con Vietnam del Norte. Él no hablaría de esas negociaciones; lo había dejado en claro en la reunión preliminar. Pero ella continuó en la misma línea de interrogatorio. Él se enojó un poco. «Basta», dijo. «No quiero hablar más de Vietnam». Aunque Fallaci no dejó el tema de inmediato, hizo preguntas más amables: ¿qué sentía en lo personal por los líderes de Vietnam del Sur y del Norte? Aun así, él esquivó el tema: «No soy el tipo de persona que se deje llevar por sus emociones. Las emociones no sirven para nada». Ella pasó entonces a solemnes temas filosóficos: la guerra, la paz. Lo elogió por su papel en el acercamiento con China. Sin darse cuenta, Kissinger empezó a abrirse. Habló de la aflicción que sentía al tratar con Vietnam, de los placeres de ejercer el poder. Entonces volvieron las preguntas duras: ¿él era simplemente el lacayo de Nixon, como muchos sospechaban? Ella iba de un lado a otro, alternando acoso y halago. El objetivo de Kissinger había sido sacarle información sin revelar nada de sí mismo; al final, Fallaci no le dio nada, mientras que él soltó varias opiniones embarazosas: su punto de vista sobre las mujeres como juguetes, por ejemplo, y su creencia de que su popularidad se debía a que la gente lo consideraba una especie de llanero solitario, el héroe que arregla las cosas solo. Cuando la entrevista se publicó, Nixon, el jefe de Kissinger, se puso furioso.

El terreno del erotismo es esencialmente el terreno de la violencia, de la violación. [...] Toda la operación del erotismo tiene como fin alcanzar al ser en lo más íntimo, hasta el punto del desfallecimiento. [...] Toda la operación del erotismo es para destruir el personaje auto contenido de los participantes tal cual son en sus vidas cotidianas [...] Nunca hemos de dudar que, a pesar de las promesas de felicidad que la acompañan, la pasión comienza introduciendo desavenencia y perturbación. Hasta la pasión feliz lleva consigo un desorden tan violento que la felicidad de la que aquí se trata, más que una felicidad de la que se pueda gozar, es tan grande que es comparable con su contrario, el sufrimiento. [...]

Las posibilidades de sufrir son tanto mayores cuanto que solo el sufrimiento revela la entera significación del ser amado.

GEORGES BATAILLE, *EL EROTISMO*

En 1973, el *sha* de Irán, Mohammed Reza Pahlevi, concedió a Fallaci una entrevista. Él sabía cómo tratar a la prensa: ser evasivo, hablar de generalidades, parecer firme pero cortés. Este método le había funcionado miles de veces. Fallaci comenzó la entrevista en un plano personal, preguntando qué se sentía ser rey, ser objeto de atentados, y por qué el *sha* siempre parecía triste. Él habló de los fardos de su puesto, el dolor y la soledad que sentía. Parecía una especie de liberación poder referirse a sus problemas profesionales. Mientras él contestaba, Fallaci dijo poco, y su silencio lo inducía a hablar más. De pronto ella cambió de tema: él tenía dificultades con su segunda esposa. ¿Eso le afectaba? Era un tema delicado, y Pahlevi se enojó. Intentó cambiar de tema, pero Fallaci volvía una y otra vez a él. Para qué perder tiempo hablando de esposas y mujeres, dijo él. Llegó al grado de criticar a las mujeres en general: su falta de creatividad, su crueldad. Fallaci persistió: él tenía tendencias dictatoriales y su país carecía de libertades elementales. Sus propios libros, dijo ella, estaban en la lista negra de su gobierno. Al oír esto, el *sha* pareció un tanto desconcertado: quizá trataba con una escritora subversiva. Pero después ella suavizó el tono de nuevo, y le preguntó acerca de sus muchos logros. La pauta se repitió: en cuanto él se relajaba, ella atacaba con una pregunta punzante; cuando se enconaba, ella bajaba el tono. Al igual que Kissinger, el *sha* se descubrió abriéndose a pesar de sí mismo, y mencionando cosas que después lamentaría, como su intención de subir el precio del petróleo. Cayó poco a poco bajo el hechizo de Fallaci, e incluso empezó a flirtear con ella. «Aun si usted está en la lista negra de mis autoridades», le dijo al final de la entrevista, «yo la pondré en la lista blanca de mi corazón».

Siempre un poco de duda para estar tranquilos: esto es lo que nos mantiene anhelantes del amor apasionado. Puesto que los más agudos celos siempre están ahí, sus placeres nunca se vuelven tediosos. • Saint-Simon, el único historiador que ha tenido Francia, dice: «Luego de muchos caprichos pasajeros, la duquesa de Berry se enamoró perdidamente de Riom, joven miembro de la familia D'Aydie, hijo de una de las hermanas de *Madame de Biron*. Él no poseía apostura ni inteligencia; era gordo, de baja estatura, mofletudo, pálido y tan abundante en granos que parecía un absceso enorme; tenía hermosa dentadura, pero ni la menor idea de que inspiraría una pasión que pronto escaparía a todo control,

una pasión que duró una vida entera, pese a diversos coqueteos y amoríos secundarios. [...] • Él despertaba pero no correspondía al deseo de la princesa; se deleitaba en causarle celos, o fingía estar celoso él mismo. Con frecuencia la hacía llorar. Gradualmente la redujo al estado de no hacer nada sin su permiso, ni siquiera nimiedades sin importancia. A veces, cuando ella quería ir a la Ópera, él insistía en que se quedara en casa; y a veces la hacía ir allá contra su voluntad. La obligaba a hacer favores a damas que no le agradaban o de las que estaba celosa. Ni siquiera estaba en libertad de vestirse a su gusto; él se divertía haciéndola cambiar de peinado o vestido a última hora; hacía esto tan frecuente y públicamente que ella se acostumbró a recibir cada noche sus órdenes de lo que haría y se pondría al día siguiente; luego, al otro día alteraba todo, y la princesa lloraba aún más. Al final ella dio en enviarle mensajes con lacayos de confianza, porque desde el principio él fijó su residencia en Luxemburgo; mensajes que continuaban a lo largo de su arreglo, para saber qué listones ponerse, qué vestido y accesorios; casi invariablemente él la hacía ponerse algo que ella no deseaba. Cuando ocasionalmente ella se atrevía a hacer algo, por pequeño que fuera, sin la autorización de él, Riom la trataba como sirvienta, y ella derramaba lágrimas durante varios días. • [...] Frente a personas reunidas, él le daba réplicas tan bruscas que todos bajaban los ojos, y la duquesa se ruborizaba, aunque su pasión por él no disminuía un ápice.» • Para la princesa, Riom era un soberano remedio contra el aburrimiento.

STENDHAL, *DEL AMOR*

Interpretación. La mayoría de las entrevistas de Fallaci eran con líderes poderos@s, hombres y mujeres con una abrumadora necesidad de controlar la situación, de no revelar nada incómodo. Esto la ponía en conflicto con sus sujetos, pues lograr que se abrieran —se emocionaran, dejaran el control— era justo lo que ella quería. El método clásico de seducción de encanto y halago no la habría llevado a ninguna parte con esas personas; ellas habrían adivinado sus intenciones de inmediato. En cambio, Fallaci hacía presa de sus emociones, alternando dureza y suavidad. Hacía una pregunta cruel que tocaba las inseguridades más profundas del sujeto, el cual se ponía emotivo y a la defensiva; pero en el fondo lo incitaba algo más: el deseo de demostrar a Fallaci que no merecía sus críticas implícitas. Inconscientemente, él deseaba complacerla, agradarle. Cuando ella cambiaba de tono, con lo que lo elogiaba en forma indirecta, él sentía que la conquistaba, lo cual lo motivaba a abrirse. Sin darse cuenta, daba rienda suelta a sus emociones.

En situaciones sociales, tod@s usamos máscaras, y mantenemos nuestras defensas. Después de todo, es incómodo revelar los verdaderos sentimientos personales. Como seductor@, debes hallar la manera de bajar esas resistencias. El método de halagos y atenciones del@ encantador@ puede ser eficaz en este caso, en particular con l@s insegur@s, pero podría tardar meses en dar resultado, y también ser contraproducente. Para obtener rápidos efectos, y abordar a personas inaccesibles, suele ser mejor alternar dureza y suavidad. Al ser dur@, generas tensiones internas; tus objetivos podrían molestarse contigo, pero también ellos se hacen preguntas. ¿Qué han hecho para merecer tu disgusto? Cuando más tarde te muestras suave, se sienten aliviados, aunque también preocupados de volver a enfadarte en cualquier momento. Haz uso de esta pauta para tener en suspenso a tus blancos: temerosos de tu dureza y ansiosos de mantenerte suave. Tu suavidad y dureza deben ser sutiles; las pullas y cumplidos indirectos son los ideales. Juega al psicoanalista: haz comentarios desdeñosos sobre sus motivos inconscientes (solo estás diciendo la verdad), y luego ponte comod@ y escucha. Tu silencio los inducirá a hacer admisiones embarazosas. Aligera tus juicios con elogios ocasionales y ellos se esmerarán en complacerte, como perros.

El amor es una flor costosa, pero se debe tener el deseo de arrancarla del borde de un precipicio.

—Stendhal

CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

Casi tod@s somos más o menos corteses. Aprendemos pronto a no decir a la gente lo que en verdad pensamos de ella; sonreímos ante sus bromas, nos fingimos interesad@s en sus historias y problemas. Esta es la única manera de vivir con ella. Con el tiempo esto se vuelve hábito; somos amables, aun cuando no sea realmente necesario. Tratamos de complacer a l@s demás, de no ofenderl@s, para evitar desacuerdos y conflictos.

Pero aunque en un principio ser amable en la seducción podría atraerte a alguien (porque la cordialidad es tranquilizadora y reconfortante), eso pierde pronto todo su efecto. Ser demasiado amable puede alejar literalmente al objetivo de ti. La sensación erótica depende de la creación de tensión. Sin tensión, sin ansiedad y suspenso, no puede haber liberación, verdadero placer y satisfacción. Es tu deber

crear esa tensión en el objetivo, estimular sensaciones de ansiedad, llevarlo de un lado a otro, para que la culminación de la seducción tenga peso e intensidad reales. Por tanto, abandona tu feo hábito de evitar el conflicto, lo que en todo caso es poco natural. Demasiado a menudo eres amable no por bondad interior, sino por temor a no complacer, por inseguridad. Rebasa ese temor y de súbito tendrás opciones: la libertad de causar dolor, y luego de disolverlo mágicamente. Tus facultades de seducción se multiplicarán por diez.

La gente se molestará por tus actos hirientes menos de lo que podrías imaginar. En el mundo actual, solemos sentir ansia de experiencia. Imploramos emociones, aun si son negativas. El dolor que provocas a tus objetivos, entonces, es vigorizante: los hace sentir más vivos. Tienen algo de qué quejarse, pueden hacerse las víctimas. En consecuencia, una vez que hayas convertido el dolor en placer, ellos te perdonarán. Provócales celos, hazlos sentir inseguros, y la ratificación que darás después a su ego prefiriéndolos sobre sus rivales será doblemente deliciosa. Recuerda: tienes más que temer del hecho de aburrir a tus blancos que de sacudirlos. Lastimar a la gente la une más a ti que la bondad. Crea tensión para que puedas liberarla. Si necesitas inspiración, busca la parte del objetivo que más te irrita y úsala como trampolín para un conflicto terapéutico. Entre más real, más efectiva será tu crueldad.

En 1818, el escritor francés Stendhal, quien vivía entonces en Milán, conoció a la condesa Metilda Visconti. Para él fue amor a primera vista. Ella era una mujer orgullosa y un tanto difícil, e intimidó a Stendhal, quien temía terriblemente disgustarla con un comentario tonto o un acto indigno. Un día él no pudo más, tomó su mano y le confesó su amor. Horrorizada, la condesa le exigió retirarse y no volver nunca.

Stendhal saturó de cartas a Metilda, rogándole que lo perdonara. Al final, ella cedió: volvería a recibirlo, pero con una condición: solo podría visitarla cada dos semanas, no más de una hora y en presencia de alguien más. Stendhal aceptó; no tenía otra opción. Vivía entonces para esas breves visitas quincenales, las cuales eran ocasión de intensa ansiedad y temor, pues no podía saber si ella cambiaría de opinión y lo echaría para siempre. Esto continuó así más de dos años, durante los cuales la condesa nunca mostró la menor señal de favor. Stendhal no supo jamás por qué ella había insistido en ese acuerdo; quizá quería jugar con él, o mantenerlo a distancia. Lo único que sabía era que su amor por ella no hacía sino aumentar, se volvía insoportablemente intenso, hasta que finalmente él tuvo que marcharse de Milán.

Para superar esta triste relación, Stendhal escribió su famoso libro *Del amor*, en el que describió el efecto del temor sobre el deseo. Primero, si temes al ser amado, jamás podrás acercarte o familiarizar demasiado con él. El amado preserva así un elemento de misterio, que solo intensifica tu amor. Segundo, hay algo tonificante en el temor. Te hace vibrar de sensaciones, agudiza tu conciencia, es impetuosamente erótico. Según Stendhal, cuanto más te aproxime el ser amado al borde del

precipicio, a la sensación de que puede abandonarte, más maread@ y perdid@ estarás. Enamorarte significa literalmente caer: perder el control, una mezcla de temor y excitación.

Aplica este principio al revés: nunca permitas que tus blancos se sientan demasiado a gusto contigo. Deben sentir temor y ansiedad. Muéstrales un poco de frialdad, un brote de enojo que no se esperaban. Sé irracional de ser necesario. Y en todo tiempo está la carta maestra: el rompimiento. Haz que sientan que te han perdido para siempre, que teman haber perdido el poder de encantarte. Deja que esas sensaciones se asienten en ellos un rato, y luego retíralos del precipicio. La reconciliación será intensa.

En 33 a. C., llegó a Marco Antonio el rumor de que Cleopatra, su amante de varios años, había decidido seducir a su rival, Octavio, y que planeaba envenenarlo a él. Cleopatra ya había envenenado a otras personas; de hecho, era experta en este arte. Marco Antonio se puso como paranoico, y por fin un día la enfrentó. Cleopatra no alegó inocencia. Sí, era verdad, ella bien podía envenenarlo en cualquier momento; no había precaución que él pudiese tomar. Solo el amor que ella sentía por él podía protegerlo. Para demostrarlo, tomó unas flores y las arrojó a la copa de vino de Marco Antonio. Él vaciló, pero luego se llevó la copa a los labios; Cleopatra lo tomó del brazo y lo detuvo. Hizo llevar a un prisionero para que tomara el vino, y el reo cayó muerto. Echándose a los pies de Cleopatra, Marco Antonio dijo amarla más que nunca. No habló así por cobardía: no había hombre más valiente que él; y si Cleopatra había podido envenenarlo, él por su parte habría podido dejarla y volver a Roma. No, lo que lo desplomó fue la sensación de que ella tenía control sobre sus emociones, sobre la vida y la muerte. Él era su esclavo. La demostración de poder de ella sobre él fue no solo efectiva, sino también erótica.

Como Marco Antonio, también much@s de nosotr@s, sin darnos cuenta, tenemos deseos masoquistas. Hace falta que alguien nos inflija un poco de dolor para que esos deseos hondamente reprimidos salgan a la superficie. Aprende a reconocer a los diversos tipos de masoquistas encubiert@s que existen, porque cada cual disfruta de diferente clase de dolor. Por ejemplo, hay personas que no creen merecer nada bueno en la vida, y que, incapaces de aceptar el éxito, se sabotean sin cesar. Sé amable con ellas, admite admirarlas, y se sentirán incómodas, porque no creen poder estar a la altura de la figura ideal con que evidentemente las asocia. Est@s autosaboteador@s se sienten mejor con un poco de castigo; regáñal@s, hazles saber sus deficiencias. Creen merecer esas críticas; y cuando estas se presentan, les procuran una sensación de alivio. También es fácil hacer sentir culpables a estas personas, experiencia que en el fondo disfrutan.

Para otros individuos, las responsabilidades y deberes de la vida moderna son una pesada carga, y quieren renunciar a todo. Estos individuos suelen buscar alguien o algo que adorar: una causa, una religión, un gurú. Haz que te adoren a ti. Luego están las personas que gustan de hacerse las mártires. Reconócelas por la dicha que les da quejarse, sentirse rectas y equivocadamente juzgadas; luego, dales una razón

para lamentarse. Recuerda: las apariencias engañan. Con frecuencia, las personas que parecen más fuertes —los Kissingers y don Mateos— desean en secreto ser castigadas. En todo caso, sigue al dolor con placer y crearás un estado de dependencia que durará mucho tiempo.

Símbolo: El precipicio. Al borde de un risco, la gente suele sentirse aturdida: temerosa y mareada. Por un momento puede imaginar que cae de cabeza. Al mismo tiempo, una parte de ella se ve tentada a eso. Acerca lo más posible a tus objetivos al borde, y luego retíralos. No hay emoción sin temor.

REVERSO

La gente que acaba de experimentar mucho dolor o una pérdida, huirá de ti si tratas de infligirle más. Ya tiene suficiente. Mejor rodea de placer a este tipo de personas: eso las pondrá bajo tu hechizo. La técnica de infligir dolor es indicada para quienes viven tranquil@s, tienen poder y pocos problemas. Las personas con una vida cómoda podrían experimentar una corrosiva sensación de culpa, como si se hubieran salido con la suya en algo. Quizá no lo sepan conscientemente, pero en secreto ansían cierto castigo, una buena paliza mental, algo que las devuelva a la tierra.

Asimismo, recuerda no usar demasiado pronto la táctica de placer mediante dolor. Algun@s de l@s mayores seductor@s de la historia. —Byron, Jiang Qing (*Madame Mao*), Picasso— han tenido una vena sádica, la capacidad de infligir tortura mental. Si sus víctimas hubieran sabido en la que se metían, habrían salido huyendo. En verdad, la mayoría de es@s seductor@s atrajeron a su red a sus objetivos aparentando ser dechados de dulzura y afecto. Incluso Byron parecía al principio un ángel, así que una mujer se sentía tentada a dudar de su reputación diabólica; duda seductora, porque le permitía imaginarse como la única que en verdad lo comprendía. La crueldad de él aparecía después, pero para entonces ya era demasiado tarde. Las emociones de la víctima estaban comprometidas, y la dureza de Byron no hacía más que intensificar los sentimientos de ella.

En un principio, entonces, usa la máscara del cordero, haciendo del placer y la atención tu anzuelo. Primero emociona a tus víctimas, y luego llévalas a una travesía salvaje.

FASE CUATRO

Entrar a matar

Primero trabajaste la mente de tus víctimas: la seducción mental. Después las confundiste y estimulaste: la seducción emocional. Ahora ha llegado el momento del combate cuerpo a cuerpo: la seducción física. En este punto, tus víctimas son débiles y rebosan deseo; si les muestras un poco de frialdad o indiferencia, desatarás pánico: te seguirán con impaciencia y energía erótica (21: Dales la oportunidad de caer: El@perseguidor@ perseguid@). Para hacerlas hervir, adormece su mente y calienta sus sentidos. Lo mejor es que las atraigas a la lujuria emitiendo ciertas señales cargadas que las exalten, y que propaguen el deseo sexual como un veneno (22: Usa señuelos físicos). El momento de atacar y entrar a matar llega cuando tu víctima arde en deseos pero no espera conscientemente el arribo del clímax (23: Domina el arte de la acción audaz).

Una vez concluida la seducción, existe el peligro de que el desencanto aparezca y arruine tu arduo trabajo (24: Cuídate de las secuelas). Si buscas una relación, deberás volver a seducir constantemente a la víctima, creando tensión y liberándola. Si tu víctima ha de ser sacrificada, hazlo rápida y limpiamente, para que estés en libertad (física y psicológica) de pasar a la siguiente. El juego volverá a empezar entonces.

21. Dale la oportunidad de caer: El@ perseguidor@ perseguid@

Si tus objetivos se acostumbran a que seas tú el@ agresor@, pondrán poca energía de su parte, y la tensión disminuirá. Debes despabilarlos, invertirla situación. Una vez sometidos a tu hechizo, da un paso atrás, y empezarán a seguirte. Comienza con un dejo de distanciamiento, una desaparición inesperada, la insinuación de que te aburres. Causa agitación fingiendo interesarte en otr@. No seas explícit@; que solo lo sientan, y su imaginación hará el resto, creando la duda que deseas. Pronto querrán poseerte físicamente, y su compostura se evaporará. La meta es que caigan en tus brazos por iniciativa propia. Crea la ilusión de que se seduce al@ seductor@.

GRAVEDAD SEDUCTORA

A principios de la década de 1840, el centro de atención en el mundo del arte francés era una joven llamada Apollonie Sabatier. Su belleza era a tal grado natural que escultores y pintores competían por immortalizarla en sus obras, aunque ella era también encantadora, de palabra fácil y seductoramente autosuficiente: atraía a los hombres. Su departamento en París se convirtió en centro de reunión de escritores y artistas, y pronto *Madame Sabatier* —como terminó por conocersele, aunque no estaba casada— daba cobijo a uno de los salones literarios más importantes de Francia. Escritores como Gustave Flaubert, Alexandre Dumas padre y Théophile Gautier estaban entre sus invitados regulares.

Omisiones, negativas, desviaciones, engaños, distracciones y humildad: todo destinado a provocar este segundo estado, el secreto de la verdadera seducción. La seducción vulgar quizá proceda por persistencia, pero la verdadera seducción procede por ausencia. [...] Es como la esgrima: se precisa de campo para la finta. Durante este periodo, el seductor [Johannes], lejos de buscar acercarse a ella, intenta mantener su distancia mediante varias estratagemas: no habla directamente con ella sino solo con su tía, y entonces de temas triviales o absurdos; neutraliza todo con la ironía y una pedantería fingida; no reacciona a ningún movimiento femenino o erótico, e incluso le busca un pretendiente de opereta que la desencante y engañe, al punto en que ella misma toma la iniciativa y rompe su compromiso, completando así la seducción y creando la situación ideal para su total abandono.

JEAN BAUDRILLARD, *DE LA SEDUCCIÓN*

Hacia fines de 1852, cuando tenía treinta años, *Madame Sabatier* recibió una carta anónima. El autor confesaba amarla hondamente. Inquieto por la idea de que ella considerara ridículos sus sentimientos, no revelaba su nombre; pero debía hacerle saber que la adoraba. Sabatier estaba acostumbrada a tales atenciones —un

hombre tras otro se habían enamorado de ella—, pero esta carta era diferente: ella parecía haber inspirado en ese hombre un fervor casi religioso. La carta, escrita con letra disimulada, contenía un poema dedicado a ella; titulado «A la que es demasiado alegre», comenzaba elogiando su belleza, pero terminaba con estos versos:

*Así, yo quisiera una noche,
Cuando la hora del placer llega,
Tregar sin ruido, como un cobarde,
A los tesoros que te adornan. [...]
Y, ¡vertiginosa dulzura!
A través de esos nuevos labios,
Más deslumbrantes y más bellos,
Inocularte mi veneno, ¡hermana mía!*

A la adoración de su admirador se añadía claramente una extraña clase de lascivia, con un toque de crueldad. El poema la intrigó y perturbó, y no tenía idea de quién lo había escrito.

Semanas después llegó otra carta. Como en la ocasión anterior, el autor envolvía a *Madame Sabatier* en una veneración digna de culto, mezclando lo físico y lo espiritual. Y como la vez anterior, había un poema, «Toda entera», en que escribió:

*Ya que en ella todo está dictaminado,
es difícil elegir. [...]
Mística metamorfosis
Que mis sentidos confunde
Su aliento se vuelve música,
¡Su voz se troca en perfume!*

Era evidente que el autor estaba obsesionado con la presencia de *Madame*, y pensaba sin cesar en ella; pero entonces ella empezó a obsesionarse con el poeta, pensando en él día y noche, y preguntándose quién sería. Las cartas posteriores solo agudizaron el hechizo. Era halagador saber que él estaba fascinado por algo más que su belleza, pero también que no era inmune a sus encantos físicos.

El rumor se extendió por todas partes. Llegó incluso a oídos de la reina [Guinevere], quien estaba cenando. Ella estuvo a punto de quitarse la vida cuando oyó el pérfido rumor de la muerte de Lancelot. Lo dio por cierto, y la trastornó tanto que apenas si podía hablar. [...] Se levantó al instante de la mesa, y pudo

desahogar su pena sin ser vista ni oída. La idea de matarse le obsesionaba tanto que repetidamente se prendía de la garganta. Pero antes se confesó en su conciencia, se arrepintió y pidió perdón a Dios; se acusó de haber pecado contra quien ella sabía que siempre había sido suyo, y quien aún lo sería si viviera. [...] Contó todas sus crueldades y recordó cada una de ellas; reparaba en cada cual, y repetía con frecuencia: «¡Ay, qué desgracia! ¿Qué pensaba yo cuando mi amante se presentó ante mí y yo no me digné a recibirlo, y ni siquiera a escucharlo? ¿No fui acaso una tonta por negarme a hablar con él, y a mirarlo siquiera? ¿Una tonta? ¡No, ayúdame, Dios mío: fui cruel y embustera! [...] Creo que fui yo quien le dio ese golpe mortal. Cuando llegaba felizmente ante mí esperando que lo recibiera con gusto y yo lo rechazaba sin siquiera mirarlo, ¿no era eso un golpe mortal? En ese momento, cuando yo me negaba a hablar, creo haber segado su corazón y su vida.

Esos dos golpes lo mataron, supongo, no un asesino a sueldo. • ¡Ay, Dios! ¿Seré perdonada por esta muerte, este pecado? ¡Nunca! ¡Primero se secarán todos los ríos y los mares! ¡Ay, qué desgracia! ¿Qué consuelo y reparación me habría dado tenerlo una vez en mis brazos antes de que muriera! ¿Cómo? Sí, totalmente desnuda junto a él, para disfrutar de él por completo. [...]». • [...] Cuando llegaron a seis o siete leguas del castillo en que el rey Bademagu se encontraba, él recibió una grata noticia sobre Lancelot, noticia que le dio gusto escuchar: Lancelot vivía, e iba de regreso, fuerte como un roble. Se comportó apropiadamente al ir a informarlo a la reina. «Buen señor», le dijo ella, «lo creo, porque usted lo dice. Pero si él estuviera muerto, le aseguro que yo no podría volver a ser feliz jamás.» • [...] Lancelot vio cumplirse entonces su mayor deseo: la reina buscaba voluntariamente su compañía y afecto mientras él la tenía entre sus brazos y ella en los suyos. Su juego de amor le parecía tan bueno y tan dulce, sus besos y caricias, que en verdad los dos sentían una dicha y maravilla de las que nunca antes habían oído hablar, ni conocido. Mas dejaré que esto siga en secreto por siempre, pues no debería escribirse de ello: el placer más delicioso y exquisito es el insinuado pero nunca dicho.

CHRÉTIEN DE TROYES, *ROMANCES ARTÚRICOS*

Un día se le ocurrió a *Madame Sabatier* quién podía ser el autor: Charles Baudelaire un joven poeta que había frecuentado su salón durante varios años. Parecía tímido, de hecho apenas si le había dirigido la palabra, pero ella había leído algo de su poesía; y aunque los poemas de las cartas eran más pulidos, el estilo era

similar. En el departamento de ella, Baudelaire siempre se sentaba civilizadamente en una esquina; pero ahora que *Madame* lo pensaba, le sonreía extraña, nerviosamente. Era la mirada de un joven enamorado. Cuando se presentaba, ella lo observaba con atención; y entre más lo hacía, más segura estaba de que él era el autor de aquellas cartas, aunque jamás confirmó su intuición, porque no quería hacerle frente: podía ser tímido, pero era hombre, y en algún momento tendría que abordarla. Ella estaba segura de que lo haría. Luego, de repente las cartas dejaron de llegar, y *Madame Sabatier* no podía entender por qué, pues la última había sido más rendida que todas las anteriores.

Pasaron varios años, en los que *Madame* pensó a menudo en las cartas de su admirador anónimo, las cuales nunca se renovaron. En 1857, sin embargo, Baudelaire publicó un libro de poesía, *Las flores del mal*, y *Madame Sabatier* reconoció varios de los versos: eran los que había escrito para ella. Esta vez estaban al descubierto para que todos los vieran. Poco más tarde, el poeta le envió un regalo: un ejemplar especialmente encuadernado de su libro, y una carta, en esta ocasión firmada con su nombre. Sí, escribió, él era el autor anónimo; ¿lo perdonaría por haber sido tan misterioso en el pasado? Además, sus sentimientos por ella eran más intensos que nunca: «¿Pensó usted por algún momento que habría podido olvidarla? [...] Usted es para mí más que una preciada imagen evocada en sueños, es una superstición, [...] ¡mi compañera constante, mi secreto! Adiós, querida *Madame*. Beso sus manos con profunda devoción».

Esta carta tuvo mayor efecto en *Madame Sabatier* que las otras. Quizá fue la infantil sinceridad de él, y el hecho de que por fin le hubiera escrito directamente; tal vez fue que él la amaba pero no le pedía nada, a diferencia de todos los demás hombres que ella conocía, quienes en cierto momento siempre habían resultado desear algo. Sea lo que fuere, ella tenía un deseo incontrolable de verlo. Al día siguiente lo invitó a su departamento, a solas. Baudelaire se presentó a la hora fijada. Se sentó nerviosamente en una silla, mirando a *Madame* con sus grandes ojos, diciendo poco, y lo que dijo era formal y cortés. Parecía distante. Cuando se marchó, una suerte de pánico se apoderó de *Madame Sabatier*, y al día siguiente le escribió una primera carta: «Hoy estoy más serena, y puedo experimentar más claramente la impresión de la tarde que pasamos juntos el martes. Puedo decirle, sin riesgo que usted crea que exagero, que soy la mujer más feliz sobre la faz de la Tierra, que nunca he sentido con más verdad que lo amo, ¡y que jamás lo he visto lucir más bello, más adorable, querido amigo!».

Madame Sabatier no había escrito nunca una carta así; siempre había sido la perseguida. Esta vez había perdido su usual control de sí misma. Y las cosas no hicieron más que empeorar: Baudelaire no contestó de inmediato. Cuando ella volvió a verlo, él se mostró más frío que antes. Ella tuvo la sensación de que había otra, de que su anterior querida, Jeanne Duval, había reaparecido repentinamente en su vida y lo alejaba de ella. Una noche, *Madame* tomó la iniciativa, lo abrazó, intentó besarlo, pero él no respondió, y halló al instante una excusa para retirarse.

¿Por qué de pronto era tan inaccesible? Ella empezó a ahogarlo en cartas, rogándole que la buscara. Sin poder dormir, esperaba toda la noche que él apareciera. Jamás había experimentado tal desesperación. Tenía que seducirlo de algún modo, poseerlo, tenerlo para ella sola. Lo intentó todo —cartas, coquetería, toda clase de promesas— hasta que por fin él le escribió que ya no estaba enamorado de ella, y eso fue todo.

Llegaba a ser a veces tan intelectual, que como mujer me sentía aniquilada; pero luego se volvía apasionado, con tal desenfreno, que casi me hacía temblar. En ocasiones, yo era una extraña para él, otras se abandonaba a mí por completo, pero, luego, al abrazarlo, todo desaparecía y con mis brazos solo ceñía «las nubes».

CORDELIA DESCRIBIENDO A JOHANNES, EN SØREN KIERKEGAARD, *DIARIO DE UN SEDUCTOR*

Interpretación. Baudelaire era un seductor intelectual. Quería abrumar a *Madame Sabatier* con palabras, dominar sus pensamientos, hacer que se enamorara de él. Físicamente, lo sabía, no podía competir con sus muchos otros admiradores: él era tímido, torpe, no particularmente apuesto. Así que recurrió a su única fortaleza, la poesía. Perseguirla con cartas anónimas le concedía un estremecimiento perverso. Debía saber que ella se daría cuenta, finalmente, de que él era su corresponsal —nadie más escribía como él—, pero quería que ella lo descubriera por sí sola. Dejó de escribirle porque se interesó en otra, pero sabía que ella pensaría en él, se haría preguntas, quizá lo esperaría. Y cuando publicó su libro, decidió escribirle de nuevo, esta vez directamente, agitando el antiguo veneno que le había inyectado. Cuando estuvieron solos, él pudo ver que ella esperaba que hiciera algo, que la abrazara, pero él no era esa clase de seductor. Además, le daba placer contenerse, sentir su poder sobre una mujer a la que muchos deseaban. Para el momento en que ella pasó al contacto físico y tomó la iniciativa, la seducción había terminado para él. La había enamorado; eso era suficiente.

El devastador efecto del estira y afloja de Baudelaire sobre *Madame Sabatier* nos da una gran lección sobre la seducción. Primero, siempre es mejor guardar cierta distancia de tus objetivos. No es preciso que llegues al grado de mantener el anonimato, pero no se te debe ver tan seguido, ni como impertinente. Si estás siempre ante ellos, si siempre eres quien toma la iniciativa, se acostumbrarán a ser pasivos, y la tensión en tu seducción se reducirá. Sírrete de cartas para que piensen en ti todo el tiempo, para nutrir su imaginación. Cultiva el misterio: impide que te entiendan. Las cartas de Baudelaire eran maravillosamente ambiguas, y combinaban

lo físico y lo espiritual, así que engañaban a Sabatier con su multiplicidad de posibles interpretaciones.

Es cierto que no podríamos amar si en nosotros no hubiera un recuerdo —en gran medida un recuerdo inconsciente— de que alguna vez fuimos amados. Pero tampoco podríamos amar si esta sensación de ser amados no hubiera sufrido en algún momento el efecto de la duda; si siempre estuviéramos seguros de ello. En otras palabras, el amor no sería posible sin haber sido amados, y sin haber perdido después la certeza de haber sido amados [...] • La necesidad de ser amados no es elemental. Ciertamente es una necesidad adquirida mediante la experiencia en la infancia tardía. Sería mejor decir: mediante muchas experiencias, o mediante la repetición de experiencias similares. Creo que estas experiencias son de tipo negativo. El niño toma conciencia de que no es amado o de que el amor de su madre no es incondicional. El bebé aprende que su madre puede disgustarse con él, retirarle su afecto si no se porta como ella quiere, que puede enojarse o enfadarse. Creo que esta experiencia produce sentimientos de ansiedad en el infante. La posibilidad de perder el amor de su madre golpea sin duda al niño con una fuerza que, al igual que un terremoto, no puede ser enfrentada. [...] • El niño que experimenta el disgusto y aparente retiro de afecto de su madre, al principio reacciona con temor a esta amenaza.

Trata de recuperar lo que parece perdido expresando hostilidad y agresividad. [...] El cambio en su carácter ocurre solo después del fracaso; cuando se da cuenta de que su esfuerzo es un fracaso. Y entonces tiene lugar algo muy extraño, ajeno a nuestro pensamiento consciente pero muy cercano al estilo infantil. En vez de asir directamente el objeto y tomar posesión de él en forma agresiva, el niño se identifica con el objeto tal como este era antes. Hace lo mismo que la madre le hizo en ese feliz momento que ha pasado. Este proceso es muy ilustrativo, porque moldea el patrón del amor en general. El niño muestra así, en su propia conducta, lo que quiere que su madre le haga, cómo debería portarse con él. Anuncia este deseo exhibiendo su ternura y afecto por su madre, que antes se los ha dado a él. Este es un intento por vencer la desesperación y sensación de pérdida al asumir el papel de la madre. El niño trata de mostrar lo que desea haciéndolo él mismo: «Mira, me gustaría que actuaras así conmigo, que fueras así de tierna y cariñosa conmigo». Claro que esta actitud no es resultado

de consideración o planeación razonada, sino de un proceso emocional de identificación, un intercambio natural de roles con el propósito inconsciente de seducir a la madre a fin de que cumpla el deseo propio. El niño muestra por medio de sus acciones cómo quiere ser amado. Esta es una primitiva demostración por inversión, un ejemplo de cómo hacer lo que él quiere que ella haga. En esta demostración reside el recuerdo de las atenciones, ternuras y caricias alguna vez recibidas de la madre u otros seres queridos.

THEODOR REIK, *DE AMOR Y DESEO*

Luego, en el momento en que tus blancos rebosen deseo e interés, cuando quizá esperen que des un paso —como ese día esperó *Madame Sabatier* en su departamento—, da marcha atrás. Sé inesperadamente distante, amigable pero hasta ahí; ciertamente no sexual. Permite que eso se asiente uno o dos días. Tu reticencia detonará ansiedad; y la única manera de aliviar esa ansiedad será perseguirte y poseerte. Da marcha atrás entonces, y harás que tus objetivos caigan en tus brazos como fruto maduro, ciegos a la fuerza de gravedad que los atrae a ti. Cuanto más participen, cuanto más comprometan su voluntad, más profundo será el efecto erótico. Los has desafiado para que usen sus poderes seductores en ti; y cuando reaccionen, la situación se invertirá, y te perseguirán con desesperada energía.

Me retraigo, y entonces le enseño a ella a ser victoriosa al perseguirme. Retrocedo sin cesar, y con este movimiento hacia atrás le enseño a conocer a través de mí todos los poderes del amor erótico, sus turbulentas ideas, su pasión, lo añorante que es, y la esperanza, y la expectación impaciente.

—Søren Kierkegaard

CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

Dado que somos criaturas naturalmente obstinadas y testarudas, así como proclives a sospechar de los motivos de l@s demás, en el curso de la seducción es

totalmente natural que tu objetivo se te resista de alguna manera. Es raro que la seducción sea fácil o sin reveses. Pero una vez que tu víctima vence alguna de sus dudas y empieza a caer bajo tu hechizo, llegará un momento en que comenzará a soltarse. Quizá sienta que tú la llevas, pero lo disfruta. A nadie le gustan las cosas complicadas y difíciles, y tu objetivo esperará que la conclusión llegue rápido. Este es el momento en que debes aprender a contenerte. Brinda el clímax placentero que él tan codiciosamente aguarda, sucumbe a la tendencia natural a dar pronto fin a la seducción, y perderás la oportunidad de incrementar la tensión, de caldear aún más la aventura. Después de todo, no buscas una víctima menuda y pasiva con quien jugar; quieres que el@ seducid@ comprometa con todas sus fuerzas su voluntad, se convierta en participante activ@ en la seducción. Deseas que te persiga, y que, entre tanto, caiga irremediabilmente atrapad@ en tu telaraña. La única forma de lograr esto es dar marcha atrás y provocar ansiedad.

Anteriormente ya te habías distanciado por motivos estratégicos (véase el capítulo 12), pero esto es distinto. El objetivo ya se ha enamorado de ti, y tu retraimiento dará lugar a ideas precipitadas: pierdes interés, en cierto modo es culpa suya, tal vez se deba a algo que hizo. En vez de pensar que los rechazas, tus objetivos querrán hacer esta otra interpretación; pues si la causa del problema es algo que ellos hicieron, podrán recuperarte si cambian de conducta. Si sencillamente tú los rechazaras, por el contrario, ellos no tendrían ningún control. La gente siempre quiere preservar la esperanza. Entonces te buscará, tomará la iniciativa, pensando que eso dará resultado. Ella elevará la temperatura erótica. Comprende: la voluntad de una persona se relaciona directamente con su libido, su deseo erótico. Cuando tus víctimas te esperan pasivamente, su nivel erótico es bajo. Cuando se vuelven perseguidoras, involucrándose en el proceso, hirviendo de tensión y ansiedad, la temperatura aumenta. Auméntala entonces tanto como puedas.

Cuando te retraigas, hazlo con sutileza; la intención es infundir inquietud. Tu frialdad o distancia saltará a la vista de tus objetivos cuando estén solos, en forma de duda ponzoñosa que se filtrará en su mente. Su paranoia se volverá autogeneradora. Tu retroceso sutil hará que quieran poseerte, así que se arrojarán voluntariamente a tus brazos sin que los presiones. Esto es diferente a la estrategia del capítulo 20, en la que infliges heridas profundas, creando una pauta de dolor y placer. En ese caso la meta es volver a tus víctimas débiles y dependientes; en este, activas y enérgicas. Qué estrategia preferirás (es imposible combinarlas) dependerá de lo que desees y de las proclividades de tu víctima.

En el *Diario de un seductor*, de Søren Kierkegaard, Johannes se propone seducir a la joven y bella Cordelia. Empieza siendo un tanto intelectual con ella, e intrigándola poco a poco. Luego le manda cartas románticas y seductoras. Entonces la fascinación de ella se convierte en amor. Aunque en persona él se mantiene algo distante, ella percibe grandes profundidades en él, y está segura de que la ama. Un día, mientras conversan, Cordelia tiene una sensación extraña: algo en él ha cambiado. Johannes parece más interesado en las ideas que en ella. En los días

siguientes, esta duda se acrecienta: las cartas son un poco menos románticas, falta algo. Sintiendo ansiosa, ella se vuelve paulatinamente enérgica, se convierte en perseguidora y deja de ser la perseguida. La seducción es entonces mucho más excitante, al menos para Johannes.

El retroceso de Johannes es sutil; da meramente la impresión a Cordelia de que su interés es un poco menos romántico que el día anterior. Vuelve a ser el intelectual. Esto incita la preocupante idea de que los encantos y belleza naturales de Cordelia ya no ejercen mucho efecto en él. Ella debe esforzarse más, provocarlo sexualmente, demostrar que tiene cierto poder sobre él. Arde entonces en deseos eróticos, llevada a ese punto por el sutil retiro del afecto de Johannes.

Cada género tiene sus propios señuelos seductores, que le son naturales. El hecho de que intereses a alguien pero no respondas sexualmente es muy perturbador, y plantea un reto: encontrar la manera de seducirte. Para producir este efecto, revela primero interés en tus objetivos, por medio de cartas o insinuaciones sutiles. Pero cuando estés en su presencia, asume una especie de neutralidad asexual. Sé amigable, incluso cordial, pero nada más. Los empujarás así a armarse de los encantos seductores naturales a su sexo, justo lo que tú deseas.

En las etapas avanzadas de la seducción, deja sentir a tus objetivos que te interesa otra persona, lo cual es otra forma de dar marcha atrás. Cuando Napoleón Bonaparte conoció a la joven viuda Josefina de Beauharnais en 1795, le excitaban su exótica belleza y las miradas que le dirigía. Empezó a asistir a sus *soirées* semanales y, para su deleite, ella ignoraba a los demás hombres y permanecía a su lado, escuchándolo con atención. Se descubrió enamorándose de Josefina, y tenía todas las razones para creer que ella sentía lo mismo.

Luego, en una *soirée*, ella se mostró amigable y atenta, como de costumbre, salvo que fue igualmente amigable con otro hombre, un aristócrata de otro tiempo —como la propia Josefina—, el tipo de hombre con quien Napoleón jamás podría competir en modales e ingenio. Dudas y celos empezaron a bullir. Como militar, Napoleón conocía el valor de pasar a la ofensiva; y tras varias semanas de una campaña rápida y agresiva, la tuvo para él solo, y finalmente se casó con ella. Claro que Josefina, como astuta seductora, lo había preparado todo. No dijo que otro hombre le interesara, sino que su mera presencia en su casa, una mirada aquí y allá, gestos sutiles, dieron esa impresión. No existe manera más eficaz de dar a entender que tu deseo disminuye. Pero hacer demasiado obvio tu interés en otra persona podría resultar contraproducente. Esta situación no se presta a que parezcas cruel; los efectos que persigues son duda y ansiedad. Tu posible interés en otr@ debe ser apenas perceptible a simple vista.

Una vez que alguien se ha enamorado de ti, toda ausencia física producirá inquietud. Literalmente, abres espacio. La seductora rusa Lou Andreas-Salomé tenía una presencia intensa; cuando un hombre estaba con ella, él sentía que sus ojos lo traspasaban, y con frecuencia le extasiaban la coquetería de sus modales y espíritu. Pero luego, casi invariablemente ocurría algo: ella tenía que dejar la ciudad un

tiempo, o estaría demasiado ocupada para verlo. Durante sus ausencias, los hombres se enamoraban perdidamente de Lou, y juraban ser más enérgicos la próxima vez que estuviera con ellos. Tus ausencias en este avanzado momento de la seducción deben parecer al menos un tanto justificadas. No insinúes un distanciamiento franco, sino una ligera duda: quizá habrías podido hallar una razón para quedarte, quizá estés perdiendo interés, tal vez hay alguien más. En tu ausencia, el aprecio de la víctima por ti aumentará. Olvidará tus defectos, perdonará tus faltas. En cuanto vuelvas, saldrá en pos de ti, como tú quieres. Será como si hubieras regresado de entre los muertos.

De acuerdo con el psicólogo Theodor Reik, aprendemos a amar únicamente por medio del rechazo. Cuando niñ@s, nuestra madre nos colma de amor; no sabemos nada más. Pero cuando crecemos, empezamos a sentir que su amor no es incondicional. Si no nos portamos bien, si no la complacemos, ella puede retirarlo. La idea de que retirará su afecto nos llena de ansiedad, y, al principio, de furia; ya verás, haremos un berrinche. Pero esto nunca funciona, y poco a poco nos damos cuenta de que la única manera de impedir que ella vuelva a rechazarnos es imitarla: ser tan cariños@s, buen@s y afectuos@s como ella. Esto la unirá a nosotr@s muy profundamente. Esta pauta queda impresa en nosotr@s por el resto de nuestra vida; al experimentar rechazo o frialdad, aprendemos a cortejar y perseguir, a amar.

Recrea esta pauta primaria en tu seducción. Primero colma de afecto a tus objetivos. No tendrán muy clara la causa, pero experimentarán una sensación divina, y no querrán perderla. Cuando esta desaparezca, en tu retroceso estratégico, tendrán momentos de ansiedad y enojo, quizá hagan un berrinche, y luego surgirá la misma reacción infantil: la única forma de recuperarte, de asegurarte, será invertir la pauta, imitarte, ser los afectuosos, los que dan. Es el terror al rechazo el que invierte la situación.

A menudo, esta pauta se repetirá naturalmente en un romance o relación. Una persona se muestra fría, la otra la persigue, luego se muestra fría a su vez, lo que convierte a la primera en perseguidora, y así sucesivamente. Como seductor@, no dejes esto al azar. Haz que suceda. Enseñas a la otra persona a ser seductora, justo como la madre enseñó a su manera al hijo a corresponder a su amor retrocediendo. Por tu bien, aprende a disfrutar esta inversión de roles. No te limites a jugar a ser el@ perseguid@; disfrútalo, entrégate a ello. El placer de que tu víctima te persiga puede sobrepasar con frecuencia la emoción de la caza.

**Símbolo: La granada. Cuidadosamente cultivada
y atendida, empieza a madurar. No la recojas
muy pronto ni la desprendas del tallo; estará
dura y amarga. Deja que gane peso y jugo,
y retrocede: caerá por sí sola. Su
pulpa es entonces más**

deliciosa.

REVERSO

Hay momentos en que abrir espacio y crear ausencia te explotará en la cara. Una ausencia en un momento crítico en la seducción podría hacer que el objetivo perdiera interés en ti. Esto también deja demasiado al azar; mientras estás lejos, él podría hallar otra persona, y dejar de pensar en ti. Cleopatra sedujo fácilmente a Marco Antonio, pero tras sus primeros encuentros él regresó a Roma. Cleopatra era misteriosa y seductora; pero si dejaba pasar mucho tiempo, él olvidaría sus encantos. Así que abandonó su usual coquetería y fue en pos de él cuando estaba en una de sus campañas militares. Ella sabía que una vez que la viera, caería de nuevo bajo su hechizo y la perseguiría.

Usa la ausencia solo cuando estés segur@ del afecto del objetivo, y nunca la prolongues demasiado. Es más efectiva en un momento avanzado de la seducción. Asimismo, nunca abras demasiado espacio: no escribas con demasiada infrecuencia, no te comportes con excesiva frialdad, no muestres demasiado interés en otra persona. Esta es la estrategia de combinar placer y dolor, la cual se detalló en el capítulo 20, y creará una víctima dependiente, o incluso la hará renunciar por completo. Algunas personas, asimismo, son inveteradamente pasivas: esperan que des el paso audaz, y si no lo haces te creen débil. El placer por obtener de una víctima así es menor que el que recibirás de alguien más activo. Pero si te relacionas con este tipo de personas, haz lo necesario para salirte con la tuya, y luego termina el romance y pasa a otra cosa.

22. Usa señuelos físicos

Los objetivos de mente activa son peligrosos: si entrevén tus manipulaciones, podrían tener súbitas dudas. Pon a descansar su mente poco a poco y despierta sus durmientes sentidos combinando una actitud no defensiva con una presencia sexual apasionada. Mientras tu aire sereno y despreocupado reduce sus inhibiciones, tus miradas, voz y modales — desbordantes de sexo y deseo— les crisparán los nervios y elevarán su temperatura. No fuerces nunca el contacto físico; en cambio, contagia de ardor a tus blancos, hazles sentir apetito carnal. Conducelos al momento: un presente intenso en que la moral, el juicio y la preocupación por el futuro se derretirán por igual y el cuerpo sucumbirá al placer.

AUMENTO DE LA TEMPERATURA

En 1889, el destacado empresario teatral de Nueva York, Ernest Jurgens, visitó Francia en uno de sus muchos viajes de búsqueda de talentos. Jurgens era famoso por su honestidad, cosa rara en el turbio mundo del espectáculo, y por su capacidad para hallar espectáculos inusuales. Debía pasar la noche en Marsella, y mientras recorría el muelle del antiguo puerto oyó que excitados silbidos salían de un *cabaret* de baja estofa, y decidió entrar. Actuaba una bailarina española de veintiún años de edad llamada Carolina Otero, y tan pronto como Jurgens puso los ojos en ella, fue otro. La apariencia de la Otero era deslumbrante: uno setenta y cuatro de estatura, ardientes ojos negros, cabello negro hasta la cintura, el cuerpo encorsetado en una perfecta figura de reloj de arena. Pero fue su manera de bailar lo que hizo latir con fuerza el corazón de Jurgens: vivo su cuerpo entero, contoneándose como animal en celo, mientras ejecutaba un fandango. Su baile apenas si era profesional, pero ella tanto lo gozaba y era tan desenvuelta que nada de eso importaba. Jurgens tampoco pudo evitar fijarse en los hombres en el *cabaret*, que la veían boquiabiertos.

Después del espectáculo, Jurgens fue a los camerinos para presentarse. Los ojos de la Otero cobraron vida mientras él le hablaba de su trabajo y de Nueva York. Él sintió un ardor, una punzada en el cuerpo mientras ella lo miraba de arriba abajo. La voz de ella era grave y áspera, la lengua constantemente en juego mientras arrastraba las erres. Tras cerrar la puerta, Otero ignoró los golpes y súplicas de los admiradores que se morían por hablar con ella. Dijo que su modo de bailar era natural: su madre era gitana. Luego pidió a Jurgens que la acompañara esa noche, y cuando él le ayudaba a ponerse su abrigo, ella se inclinó ligeramente hacia él, como si perdiera el equilibrio. Mientras recorrían la ciudad, el brazo de ella en el de él, la Otero ocasionalmente le murmuraba algo al oído. Jurgens sintió esfumarse su usual reserva. La apretó más contra su cuerpo. Era padre de familia, y nunca había considerado engañar a su esposa, pero sin pensarlo llevó a la Otero al hotel donde él se hospedaba. Ella empezó a quitarse un poco de ropa —abrigo, guantes, sombrero—, algo perfectamente normal; pero la forma en que lo llevó a cabo hizo que él perdiera toda compostura. Normalmente tímido, Jurgens se lanzó al ataque.

El año era 1907 y La Bella [Otero] llevaba para entonces más de doce años como figura internacional. La historia fue contada

por M. Maurice Chevalier. • «Yo era una joven estrella a punto de debutar en el Folies. Otero tenía varias semanas de ser ahí la primera figura, y aunque yo sabía quién era ella, nunca la había visto dentro ni fuera del escenario. • Corría, gacha la cabeza, pensando en algo, cuando volteé. Ahí estaba La Bella, en compañía de otra mujer, caminando en dirección a mí. Otero tenía entonces cerca de cuarenta años, y yo ni siquiera llegaba a los veinte, pero —¡ah!—, ¡qué hermosa era! • Era alta, de cabello oscuro, con un cuerpo magnífico, como el de las mujeres de entonces, no como los pesos ligeros de hoy.» • Chevalier sonrió. • «Claro que también me gustan las mujeres modernas, pero en Otero había una especie de encanto fatal. Los tres nos paralizamos un momento, sin decir palabra, yo contemplando a La Bella, que ya no era tan joven, y quizá tampoco tan bonita, pero seguía siendo toda una mujer. • Ella me miró de frente, y luego se volvió a la dama que iba con ella — una amiga, supongo— y le preguntó en inglés, que creyó que yo no entendía: • “¿Quién es este chico tan guapo?”. • La otra contestó: “Chevalier”. • “Tiene unos ojos preciosos”, dijo La Bella, mirándome de hito en hito. • Luego, casi me dejó helado con su franqueza: • “Me pregunto si le gustaría acostarse conmigo. ¡Creo que se lo preguntaré!”. Solo que no lo dijo con tanta delicadeza. Era mucho más cruda y al grano. • En ese momento, tuve que tomar una decisión rápida. La Bella se acercó a mí. En vez de presentarme y sucumbir a las consecuencias, fingí no comprender lo que ella había dicho, pronuncié alguna cortesía en francés y me fui a mi camerino. • Vi que La Bella sonreía en forma extraña al pasar a su lado, como una reluciente tigresa que viera escapársele la cena. Por un breve segundo pensé que se volvería y me seguiría.» • ¿Qué habría hecho Chevalier si ella lo hubiera perseguido? Su labio inferior se venció en ese semimohín tan propio de los franceses. Entonces sonrió. • «Habría caminado más despacio, para que ella me alcanzara».

ARTHUR H. LEWIS, *LA BELLA OTERO*

A la mañana siguiente, Jurgens ofreció a la Otero un lucrativo contrato un gran riesgo, considerando que, en el mejor de los casos, ella era *amateur*. La llevó a París y le asignó uno de los mejores instructores de teatro. Tras volver de prisa a Nueva York, informó a los diarios sobre aquella misteriosa belleza española, llamada a conquistar la ciudad. Poco después, periódicos rivales aseguraban que ella era una condesa andaluza, prófuga de un harén, la viuda de un jeque y cosas así. Él hacía frecuentes viajes a París para estar con ella, olvidándose de su familia y

prodigándole dinero y regalos.

El debut de la Otero en Nueva York, en octubre de 1890, fue un éxito clamoroso. «La Otero baila con desenfreno», se leía en un artículo en *The New York Times*. «Ágil y flexible, su cuerpo parece el de una serpiente al retorcerse en rápidas y gráciles curvas». En unas cuantas semanas la sociedad de Nueva York la aclamaba, y ella se presentaba en fiestas privadas a altas horas de la noche. El magnate William Vanderbilt la cortejó con joyas costosas y veladas en su yate. Otros millonarios se disputaban su atención. Entre tanto, Jurgens tomaba dinero de su compañía para pagar los regalos que le destinaba: haría cualquier cosa por conservarla, una tarea en la que enfrentaba feroz competencia. Meses después, luego de que sus malos manejos se hicieron públicos, era un hombre arruinado. Finalmente se suicidó.

La Otero volvió a Francia, a París, y en los años siguientes se encumbró hasta convertirse en la más infausta cortesana de la Belle Époque. Pronto se corrió la voz: una noche con La Bella Otero (como ya se le conocía) era más efectiva que todos los afrodisiacos del mundo. Tenía carácter, y era exigente, pero eso era de esperarse. El príncipe Alberto de Mónaco, plagado de dudas sobre su virilidad, se sintió un tigre insaciable luego de una noche con la Otero. Ella se hizo su querida. Siguiéron otros miembros de familias reales: el príncipe Alberto de Gales (más tarde rey Eduardo VII), el *sha* de Persia, el gran duque Nicolás de Rusia. Hombres menos adinerados vaciaban sus cuentas bancarias, y Jurgens fue solo el primero de muchos a quienes la Otero condujo al suicidio.

Durante la primera guerra mundial, el soldado estadounidense Frederick, de veintinueve años de edad, destacado en Francia, ganó treinta y siete mil dólares jugando crap durante cuatro días. En su siguiente licencia fue a Niza y se registró en el mejor hotel. En su primera noche en el restaurante del hotel, reconoció a la Otero sentada sola en una mesa. Él la había visto actuar en París diez años antes, y se había obsesionado con ella. La Otero tenía entonces poco menos de cincuenta, pero era más tentadora que nunca. Él deslizó billetes en ciertas manos y consiguió sentarse en su mesa. Apenas si podía hablar: la forma en que sus ojos lo traspasaban, un simple reacomodo en su silla, su cuerpo frotándose con el suyo al ponerse de pie, su modo de andar frente a él y exhibirse. Más tarde, al recorrer un bulevar, pasaron frente a una joyería. Él entró, y momentos después soltaba treinta y un mil dólares por un collar de diamantes. Durante tres noches La Bella Otero fue suya. Nunca en su vida él se había sentido tan masculino e impetuoso. Años más tarde, seguía creyendo que el precio que había pagado bien había valido la pena.

Sin duda esperáis que os conduzca \ a la sala del festín, y deseáis oír todavía mis lecciones. \ Acude allí tarde y no hagas ostentación de tus gracias \ hasta que se enciendan las antorchas: el esperar \ favorece a Venus y la demora es una gran seducción. \ Si eres fea, parecerás hermosa a los que están ebrios \ y la noche

velará en las sombras tus defectos. \ Toma los manjares con la punta de los dedos, \ la distinción en comer tiene gran precio, \ y cuida que tu mano poco limpia imprima \ señales de suciedad en tu boca. \ No pruebes nada antes de ir al festín, y en la mesa modera \ tu apetito, y aun come algo menos de lo que te pida la gana. \ Si el hijo de Príamo viera a Helena convertida en una glotona, \ la hubiese aborrecido, diciendo: «¡Qué rapto \ tan estúpido el mío!». [...] Cada \ cual se conozca bien a sí misma \ y preste a su cuerpo diversas actitudes: \ no favorece a todas la misma postura. \ La que sea de lindo rostro, yazga en posición supina, \ y la que tenga hermosa la espalda, \ ofrézcala a los ojos del amante. Milanión cargaba \ sobre sus hombros las piernas de Atalanta; \ si las tuyas son tan bellas lúcelas del mismo modo. \ La mujer diminuta cabalgue sobre los hombros \ de su amigo. Andrómaca, que era de larga estatura, nunca \ se puso sobre los de su esposo Héctor. La que tenga \ el tallo largo, oprima con las rodillas el tálamo \ y deje caer un poco la cabeza; si sus músculos \ incitan con la frescura juvenil, y sus pechos \ carecen de máculas, que el amante en pie \ la vea ligeramente inclinada en el lecho. No te sonroje \ soltar como una bacante de Tesalia los cabellos, \ y dejarlos flotar sobre los hombros.

OVIDIO, *EL ARTE DE AMAR*

Interpretación. Aunque La Bella Otero era hermosa, cientos de mujeres lo eran más que ella, o más encantadoras y talentosas. Pero la Otero estaba constantemente en llamas. Los hombres podían verla en sus ojos, la forma en que movía el cuerpo, una docena de signos más. La vehemencia que irradiaba procedía de su deseo interior: era insaciablemente sexual. Pero también era una cortesana experta y calculadora, y sabía cómo ejercer su sexualidad. En el escenario, hacía que cada hombre del público se avivara, abandonándose en el baile. En persona era más fría, si cabe. A un hombre le gusta sentir que una mujer se enciende no porque tenga un apetito insaciable, sino a causa de él; así, la Otero personalizaba su sexualidad, sirviéndose de miradas, un roce en la piel, un lánguido tono de voz, un comentario picante, para sugerir que el hombre la incendiaba. En sus memorias reveló que el príncipe Alberto era un amante sumamente inepto. Pero él creía, al igual que muchos otros, que con ella era Hércules mismo. La sexualidad de la Otero se originaba en realidad en sí misma, pero ella creaba la ilusión de que el hombre era el agresor.

La clave para atraer al objetivo al acto final de tu seducción es no hacerlo de manera obvia, no anunciar que estás list@ (para saltar sobre tu presa o que ella salte sobre ti). Todo debe dirigirse a los sentidos, no a la mente consciente. Debes hacer

que tu objetivo advierta indicios en tu cuerpo, no en tus palabras o actos. Que tu cuerpo arda en deseos: por tu objetivo. Tu deseo debe verse en tus ojos, en el temblor de tu voz, en tu reacción cuando su cuerpo y el tuyo se acercan.

No puedes condicionar a tu cuerpo para que actúe de ese modo; pero si eliges una víctima (véase el capítulo 1) que ejerza ese efecto en ti, todo fluirá naturalmente. Durante la seducción, habrás tenido que contenerte, intrigar y frustrar a la víctima. Tú también te habrás frustrado con ello, y estarás que no te aguantas. Una vez que sientas que el objetivo se ha enamorado de ti y no puede retroceder, deja que esos deseos frustrados corran por tu sangre y te hagan entrar en calor. No es necesario que toques a tus objetivos, ni que procedas a otros actos físicos. Como La Bella Otero sabía, el deseo sexual es contagioso. Tu vehemencia se transmitirá a ellos, y arderán a su vez. Que den el primer paso. Así no dejarás rastro. El segundo y tercero serán tuyos.

Escribe SEXO con mayúsculas al hablar de La Bella Otero. Lo exudaba.

—Maurice Chevalier

REDUCCIÓN DE INHIBICIONES

Un día de 1931, en un poblado de Nueva Guinea, una joven llamada Tuperselai recibió una buena noticia: su padre, Allaman, quien se había marchado meses antes a trabajar en una plantación de tabaco, había regresado de visita. Tuperselai corrió a recibirlo. Su padre iba acompañado por un hombre blanco, vista inusual en esas partes. Era un australiano de Tasmania de veintidós años de edad, y dueño de la plantación. Se llamaba Errol Flynn.

Flynn sonrió cordialmente a Tuperselai, al parecer particularmente interesado en sus senos desnudos. (Tal como se acostumbraba entonces en Nueva Guinea, ella solo llevaba puesta una falda de paja). Él le dijo en un inglés rudimentario que era muy bella, y no cesó de repetir su nombre, que pronunciaba excepcionalmente bien. No dijo mucho más de todas maneras —no hablaba su lengua—, así que ella se despidió y se fue con su padre. Pero más tarde la joven descubrió, para su consternación, que Mister Flynn le había tomado cariño y la había comprado a su padre por dos cerdos, unas monedas inglesas y algunas conchas usadas como dinero. La familia era pobre y al padre le agradó el precio. Tuperselai tenía un novio en el poblado al que no

quería dejar, pero no se atrevió a desobedecer a su padre, y se fue con Mister Flynn a la plantación de tabaco. Por otra parte, no tenía intención de ser amigable con este hombre, del que esperaba el peor de los tratos.

«¿Cómo atrae a un hombre?», preguntó a La Bella el corresponsal en París del Aftonbladet de Estocolmo el 3 de julio de 1910. • «Vuélvete lo más femenina posible; vístete para enfatizar las porciones más interesantes de tu anatomía, y hazle saber sutilmente al caballero que estás dispuesta a rendirte en el momento indicado. [...]» • «Para retener a un hombre», reveló Otero poco después a un redactor del Morning Journal de Johannesburgo, «actúa como si cada vez que lo vieras fueras presa de nuevo entusiasmo y, con ansia apenas contenida, esperaras su impetuosidad».

ARTHUR H. LEWIS, *LA BELLA OTERO*

En los primeros días, Tuperselai extrañó mucho su pueblo, y se sentía nerviosa y de mal humor. Pero Mister Flynn era educado, y hablaba con una voz tranquilizadora. Ella empezó a relajarse; y como él guardaba su distancia, ella decidió que podía acercarse a él sin riesgo. La piel blanca de Mister Flynn era una delicia para los mosquitos, así que ella empezó a bañarlo cada noche con hierbas perfumadas para mantenerlos lejos. Luego se le ocurrió una idea: Mister Flynn estaba solo, y necesitaba compañía. Para eso la había comprado. En la noche él solía leer; en vez de eso, ella empezó a entretenerlo cantando y bailando. A veces él trataba de comunicarse con palabras y gestos, batallando pidgin. Ella no tenía idea de lo que intentaba decir, pero la hacía reír. Y un día entendió algo: la palabra «nadar». La invitaba a nadar con él en el río Laloki. Ella accedió con gusto, pero el río estaba lleno de cocodrilos, así que llevó su lanza por si acaso.

«De joven omitía la estimulación mental», respondió. «Pero desde que empecé a relacionarme con mujeres en la línea de montaje, por así decirlo, descubrí que lo único que uno necesita, quiere o debe tener es lo absolutamente físico. Simplemente lo físico. Nada de mente. La mente de una mujer se interpondrá en el camino.» • «¿De veras?» • «Para mí... hablo de mí. No de todos los hombres. Hablo de lo que he descubierto o necesito: el cuerpo, la cara, el movimiento físico, la voz, la feminidad, la presencia femenina... eso totalmente, nada más. Eso es lo mejor. No hay

**posesividad en ello.» • Me le quedé viendo. • «Hablo en serio», dijo.
«Así pienso y siento. Solo la mujer física elemental. Nada más.
Cuando lo tengas, aférrate a eso, por un rato efímero».**

EARL CONRAD, *ERROL FLYNN: MEMORIAS*

A la vista del río, Mister Flynn pareció animarse; se quitó velozmente la ropa y se tiró al agua. Ella lo siguió y nadó tras él. Él la rodeó con sus brazos y la besó. Se dejaron llevar río abajo, y ella se asió de él. Se había olvidado de los cocodrilos, y también de su padre, su novio, su pueblo y todo lo demás por olvidar. En un recodo del río, él la cargó en brazos y la llevó a una apartada arboleda, cerca de la orilla. Todo sucedió en forma más bien súbita, lo cual fue óptimo para Taperselai. En adelante, aquel se convirtió en un ritual diario —el río, la arboleda—, hasta que llegó el momento en que la plantación de tabaco ya no marchaba bien y Mister Flynn se fue de Nueva Guinea.

Un día, diez años después, Blanca Rosa Welter asistió a una fiesta al Hotel Ritz de la ciudad de México. Mientras recorría el bar en busca de sus amigos, un hombre alto, mayor le cortó el paso y le dijo, con un acento encantador: «Tú debes ser Blanca Rosa». No tuvo que presentarse: era el famoso actor de Hollywood Errol Flynn. Su rostro aparecía en carteles por todas partes, y era amigo de los organizadores de la fiesta, los Davis, a los que había oído elogiar la belleza de Blanca Rosa, quien cumplía dieciocho años al día siguiente. La llevó a una mesa en un rincón. Su actitud era gentil y segura, y oyéndolo hablar ella se olvidó de sus amigos. Él le habló de su belleza, repetía su nombre, dijo que podía hacerla estrella. Antes de que Blanca Rosa se diera cuenta de lo que sucedía, él ya la había invitado a ir a Acapulco, donde vacacionaba. Los Davis, sus amigos mutuos, podrían ir con ella como acompañantes. Eso sería maravilloso, dijo Blanca Rosa, pero su madre nunca aceptaría. «No te preocupes por eso», replicó Flynn, y al día siguiente se presentó en su casa con un magnífico regalo para Blanca, un anillo con su piedra natal. Derritiéndose bajo la encantadora sonrisa de Flynn, la madre de Blanca aceptó el plan. Horas después, Blanca iba ya en un avión a Acapulco. Todo era como un sueño.

**Un dulce desorden en el vestir \ enciende en la ropa una
indecencia: \ pasto en los hombros se convierte \ en excelente
distracción \ un encaje errante, que aquí y allá \ cautiva al peto
carmesí; \ un puño negligente, y entonces cintas que fluyen
confusas; \ un pliegue encantador (digno de nota) \ en el fondo
tempestuoso; \ una agujeta descuidada, en cuyo nudo veo \ una
cortesía salvaje, \ me embrujan más que cuando el arte \ es**

demasiado preciso en todo.

**ROBERT HERRICK, «DELEITE EN EL DESORDEN», CITADO
EN PETER WASHINGTON, ED., *POEMAS ERÓTICOS***

Los Davis, por órdenes de la madre de Blanca, trataban de no perderla de vista, así que Flynn la subió a una balsa en la que se dejaron arrastrar al océano, lejos de la playa. Las halagadoras palabras de él llenaron los oídos de Blanca Rosa, y ella le permitió tomarla de la mano y besarla en la mejilla. Esa noche bailaron, y concluida la velada él la acompañó a su habitación, y entonó para ella una canción cuando finalmente se separaron. Era la culminación de un día perfecto. A media noche, ella despertó oyéndolo llamarla por su nombre, en el balcón de su habitación. ¿Cómo había llegado hasta ahí? El cuarto de él estaba en el piso de arriba; debía haber saltado, o haberse descolgado, una maniobra peligrosa. Ella se acercó, en absoluto asustada, más bien curiosa. Él la atrajo dulcemente a sus brazos y la besó. El cuerpo de Blanca se convulsionó; rebasada por esas nuevas sensaciones, totalmente confundida, echó a llorar de felicidad, dijo. Flynn la consoló con un beso y volvió a su cuarto, en forma tan inexplicable como había llegado. Para entonces Blanca ya estaba irremediablemente enamorada de él, y haría lo que él pidiera. Semanas después, de hecho, lo siguió a Hollywood, donde permaneció hasta convertirse en una exitosa actriz, bajo el nombre de Linda Christian.

En 1942, Nora Eddington, de dieciocho años, tenía un trabajo temporal como vendedora de cigarrillos en el palacio de justicia del condado de Los Angeles. El lugar era entonces un manicomio, repleto de reporteros de publicaciones sensacionalistas: dos muchachas habían acusado a Errol Flynn de violación. Por supuesto, Nora había reparado en Flynn, hombre alto y apuesto que ocasionalmente le compraba cigarrillos, pero su corazón pertenecía a su novio, un joven marine. Semanas más tarde Flynn fue absuelto, el juicio terminó y el lugar se serenó. Un hombre que ella conoció durante el juicio le llamó un día: era el brazo derecho de Flynn, y a nombre de este quería invitarla a la casa del actor, en Mulholland Drive. Nora no tenía el menor interés en Flynn, y en realidad le temía un poco, pero una amiga que se moría por conocerlo la convenció de ir y llevarla. ¿Qué tenía que perder? Nora aceptó. Ese día, el amigo de Flynn apareció y las llevó a una espléndida residencia en la punta de una colina. Cuando llegaron, Flynn estaba parado, sin camisa, junto a su piscina. Se acercó a saludar a Nora y a su amiga, moviéndose con tanta elegancia —como un esbelto gato— y con una actitud tan relajada que Nora dejó de sentirse nerviosa. Él les hizo un recorrido por la casa, llena de objetos de sus varios viajes por el mar. Habló tan maravillosamente de su amor por la aventura que ella deseó haber tenido aventuras propias. Era el caballero perfecto, e incluso la dejó hablar de su novio sin la menor señal de celos.

Nora recibiría una visita de su novio al día siguiente. Por algún motivo, él ya no le pareció tan interesante; tuvieron una pelea y rompieron en el acto. Esa noche,

Flynn la llevó a la ciudad, al famoso club nocturno Mocambo. Él bebió y bromeó, y ella se contagió de su ánimo, y le permitió gustosamente tomarla de la mano. De repente, cayó presa del pánico. «Soy católica y virgen», soltó, «y algún día llegaré al altar con un velo; si crees que te vas a acostar conmigo, estás equivocado». Sin perder la calma, Flynn le dijo que no tenía nada que temer. Simplemente le gustaba estar con ella. Nora se relajó, y le pidió cortésmente que volviera a tomarla de la mano. En las semanas siguientes, se vieron casi todos los días. Ella se hizo su secretaria. Luego acabó por pasar las noches de los fines de semana como su huésped. Él la llevaba a esquiar y a pasear en lancha. Seguía siendo el caballero perfecto; pero cuando la miraba o tocaba su mano, ella se sentía invadida por una sensación estimulante, un hormigueo en la piel que comparaba con el hecho de meterse a una regadera helada un día muy caluroso. Después iba a la iglesia cada vez menos, apartándose de la vida que había conocido. Aunque por fuera nada había cambiado entre ellos, por dentro toda apariencia de resistencia contra él se había desvanecido. Una noche, luego de una fiesta, ella sucumbió. Flynn y Nora se unieron finalmente en un tempestuoso matrimonio, que duró siete años.

Satni, hijo del faraón Usimares, vio a una mujer muy hermosa entre las estelas del templo. Llamó a su paje y le dijo: «Ve y dile que yo, el hijo del faraón, le daré diez monedas de oro para que pase una hora conmigo». «Soy pura, no una persona inferior», contesta *Lady Thubuit*. «Si quieres tener placer conmigo, vendrás El arte a mi casa en Bubastis. Todo estará listo ahí». Satni fue a Bubastis en lancha. «Por mi vida», dijo Thubuit, «ven arriba conmigo». En el piso superior, tapizado con polvo de lapislázuli y turquesa, Satni vio varios lechos cubiertos con lienzos reales y muchas vasijas sobre una mesa. «Por favor, toma tu comida», dijo Thubuit. «No vine a eso», respondió Satni, mientras los esclavos ponían maderas aromáticas al fuego y esparcían perfume. «Haz aquello por lo que vinimos aquí», repitió Satni. «Primero harás una escritura para mi manutención», replicó Thubuit, «y establecerás una dote para mí de todas las cosas y bienes que te pertenecen, por escrito». Satni accedió, diciendo: «Tráeme al escriba de la escuela». • Cuando hizo lo que ella le pidió, Thubuit se levantó y se puso un vestido de fino lienzo, a través del cual Satni podía ver todo su cuerpo. Su pasión aumentó, pero ella dijo: «Si es cierto que desees tener placer conmigo, harás que tus hijos suscriban mi escritura, para que no busquen riña con los míos». Satni envió por sus hijos. «Si es cierto que quieres tener placer conmigo, harás matar a tus hijos, para que no busquen riña con los míos». Satni consintió de nuevo: «Que se cometa contra ellos el crimen que tu

corazón desea». «Entra a ese cuarto», dijo Thubuit; y mientras los pequeños cadáveres eran arrojados a los perros y gatos callejeros, Satni se tendió al fin en un lecho de ébano y marfil, para que su amor fuera recompensado, y Thubuit se tendió a su lado. «Entonces», dice el texto pudorosamente, «la magia y el dios Amón hicieron grandes cosas.» • Los encantos de las mujeres divinas deben haber sido irresistibles, pues «los hombres más sabios» estaban dispuestos a hacer cualquier cosa que desearan para entregarse, así fuera solo unos momentos, a sus diestros abrazos.

G. R. TABOUIS, *LA VIDA PRIVADA DE TUTANKAMÓN*

Interpretación. Las mujeres que se relacionaban con Errol Flynn (y que al final de su vida se contaron en miles) tenían todas las razones del mundo para desconfiar de él: Flynn era lo más cercano en la vida real a un donjuán. (De hecho había interpretado al legendario seductor en una película). Constantemente estaba rodeado de mujeres, quienes sabían que ninguna relación con él podía durar. Y luego estaban los rumores acerca de su fuerte carácter, y de su amor por el peligro y la aventura. Ninguna mujer tuvo más razones para resistírsele que Nora Eddington: cuando lo conoció, él estaba acusado de violación; ella sostenía una relación con otro hombre; era una católica temerosa de Dios. Sin embargo, cayó bajo su hechizo, igual que el resto. Algunos seductores. —D. H. Lawrence, por ejemplo— operan sobre todo en la mente, creando fascinación, estimulando la necesidad de poseerlos. Flynn operaba en el cuerpo. Su fresca y despreocupada actitud contagiaba a las mujeres, lo que reducía la resistencia de estas. Esto sucedía casi al minuto de haberlas conocido, como una droga; él se sentía a gusto con ellas, gentil y seguro. Una mujer adoptaba ese espíritu, dejándose llevar por la corriente que él creaba, olvidándose del mundo y su pesadez; solo eran ella y él. Luego —tal vez el mismo día, quizá semanas después— llegaba el contacto de la mano de él, cierta mirada, que le hacía sentir un cosquilleo, una vibración, una excitación peligrosamente física. Ella delataba ese momento en sus ojos, un sonrojamiento, una risa nerviosa, y él tiraba a matar. Nadie se movía más rápido que Errol Flynn.

Célie: ¿Qué es el momento y cómo lo define? Porque debo decir con toda honestidad que no le comprendo. • El Duque: Cierta disposición de los sentidos, tan inesperada como involuntaria, que una mujer puede ocultar, pero que, de ser percibida o intuida por alguien que puede beneficiarse de ella, la pone en el extremo peligro de estar un poco más dispuesta de lo que cree que debería o podría estar.

CRÉBILLON HIJO, *EL AZAR AL AMOR DE LA LUMBRE*

El mayor obstáculo para la parte física de la seducción es la educación del objetivo, el grado en que ha sido socializado o civilizado. Esa educación conspira para restringir al cuerpo, embotar los sentidos, llenar la mente de dudas y preocupaciones. Flynn tenía la capacidad de devolver a una mujer a un estado más natural, en que el deseo, el placer y el sexo no tenían nada de negativo. Atraía a las mujeres a la aventura no con argumentos, sino con una actitud abierta y espontánea que contagiaba su mente. Entiende: todo empieza en ti. Cuando llegue el momento de volver física la seducción, prepárate para liberarte de tus inhibiciones, tus dudas, tus persistentes sensaciones de culpa y ansiedad. Tu seguridad y serenidad tendrán más poder para contagiar a la víctima que todo el alcohol que puedas aplicar. Exhibe ligereza de espíritu: nada te molesta, nada te amilana, no te tomas nada en forma personal. Invitas a tus objetivos a deshacerse de las cargas de la civilización, a seguir tu ejemplo y tu rumbo. No hables de trabajo, deber, matrimonio, pasado o futuro. Muchas otras personas lo harán. En cambio, ofrece el raro estremecimiento de perderse en el momento, donde los sentidos cobran vida y la mente queda atrás.

Cuando él me besaba, provocaba una reacción que yo no conocía ni había imaginado jamás, un vértigo de todos mis sentidos. Era una alegría instintiva, contra la que ningún encargado amonestador y razonador dentro de mí me habría servido. Era algo nuevo e irresistible, y finalmente avasallador. Seducción —palabra que implica ser conducido— tierna y delicada.

—Linda Christian

CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

Hoy más que nunca, nuestra mente se halla en un estado de constante distracción, bombardeada por información interminable, proveniente de todas direcciones. Much@s de nosotr@s advertimos el problema: se escriben artículos, se hacen estudios, pero se convierten simplemente en más información por asimilar. Es casi

imposible desactivar una mente febril; el solo intento detona más ideas, una inescapable casa de espejos. Quizá recurrimos al alcohol, las drogas, la actividad física, cualquier cosa que nos ayude a que la mente afloje el paso, a estar más presentes en el momento. Nuestra insatisfacción ofrece al@ hábil seductor@ oportunidades infinitas. Las aguas en torno tuyo abundan en personas que buscan algún tipo de liberación de la sobrestimulación mental. El atractivo del placer físico sin cargas las hará morder el anzuelo, pero mientras tú rondas las aguas, comprende: la única manera de relajar una mente distraída es hacer que se concentre en una cosa. Un hipnotista pide a un paciente concentrarse en un reloj oscilante. Una vez que el paciente se concentra, la mente se relaja, los sentidos despiertan, el cuerpo se vuelve propenso a toda clase de novedosas sensaciones y sugerencias. Como seductor@, eres un@ hipnotista; y haces que el objetivo se concentre en ti.

**Cuando entorno los ojos bajo el sol otoñal \ Y respiro el aroma
de tu cálido seno, \ Ante mí se perfilan felices litorales \ Que
deslumbran los fuegos de un implacable sol. \ Una isla perezosa
donde Naturaleza \ Produce árboles únicos y frutos sabrosísimos, \
Hombres que ostentan cuerpos ágiles y delgados \ Y mujeres con
ojos donde pinta el asombro. \ Guiado por tu aroma hacia mágicos
climas \ Veo un puerto colmado de velas y de mástiles \ Todavía
fatigados del oleaje marino, \ Mientras del tamarindo el ligero
perfume, \ Que circula en el aire y mi nariz dilata, \ En mi alma se
mezcla al canto marinero.**

**CHARLES BAUDELAIRE, «PERFUME EXÓTICO», *LAS
FLORES DEL MAL***

A lo largo del proceso de seducción has ido llenando la mente del objetivo. Cartas, recuerdos, experiencias compartidas te mantienen constantemente presente, aun cuando no estés ahí. Al pasar ahora a la parte física de la seducción, debes ver más a menudo a tus objetivos. Tu atención debe volverse más intensa. Errol Flynn era un maestro en este juego. Cuando se fijaba en una víctima, dejaba todo lo demás. Hacía sentir a la mujer que todo pasaba a segundo término: la carrera de él, sus amigos, todo. Luego la llevaba a un pequeño viaje, de preferencia en medio de agua. Poco a poco, el resto del mundo se desvanecía al fondo, y Flynn ocupaba el centro del escenario. Cuanto más piensen tus objetivos en ti, menos se distraerán en ideas de trabajo y deber. Cuando la mente se concentra en una cosa, se relaja; y en esas condiciones, todas las pequeñas ideas paranoicas a las que nos inclinamos. —«¿De verdad me quieres?», «¿Soy suficientemente inteligente o guap@?», «¿Qué me deparará el futuro?»— desaparecen de la superficie. Recuerda: todo empieza en ti.

No te distraigas, está presente en el momento, y tu objetivo te seguirá. La intensa mirada del hipnotista produce una reacción similar en el paciente.

Una vez que la mente febril del objetivo empieza a serenarse, sus sentidos cobrarán vida, y tus señuelos físicos duplicarán su poder. Ahora, una mirada ardiente lo hará sonrojarse. Tenderás a emplear señuelos físicos que actúen principalmente sobre los ojos, el sentido del que más dependemos en la cultura actual. Las apariencias son críticas, pero tú persigues una agitación general de los sentidos. La Bella Otero se cercioraba de que los hombres repararan en sus pechos, su figura, su perfume, su manera de caminar: no permitía que predominara ninguna parte en especial. Los sentidos están interrelacionados: una apelación al olfato detonará el tacto, una apelación al tacto detonará la vista; el contacto casual o «accidental» —es mejor un roce de la piel que algo más enérgico de inmediato— provocará una sacudida y activará los ojos. Modula sutilmente la voz, hazla más lenta y grave. Vivos, los sentidos desplazarán las ideas racionales.

En *Los extravíos del corazón y del ingenio*, novela libertina del siglo XVIII, de Crébillon hijo, *Madame de Lursay* intenta seducir a un muchacho, Meilcour. Sus armas son diversas. Una noche en una fiesta ofrecida por ella, se pone un vestido revelador; su cabello está ligeramente alborotado; lanza al chico miradas ardientes; su voz tiembla un poco. Cuando están solos, ella hace inocentemente que él se siente más cerca, y habla más despacio; de pronto empieza a llorar. Meilcour tiene muchas razones para resistirse: se ha enamorado de una joven de su misma edad, y ha oído rumores sobre *Madame de Lursay* que deberían hacerle desconfiar de ella. Pero la ropa, las miradas, el perfume, la voz, la proximidad de su cuerpo, las lágrimas: todo empieza a abrumarlo. «Una indescriptible agitación revolvió mis sentidos». Meilcour sucumbe.

Los libertinos franceses del siglo XVIII llamaban a esto «el momento». El seductor lleva a la víctima a un punto en que esta exhibe señales involuntarias de excitación física que pueden advertirse en varios síntomas. Una vez detectadas esas señales, el seductor debe trabajar rápidamente, aplicando presión al objetivo para que se pierda en el momento: el pasado, el futuro, todos los escrúpulos morales desvanecidos en el aire. En cuanto tus víctimas se pierden en el momento, todo se ha consumado: su mente, su conciencia, ya no las contienen. El cuerpo cede al placer. *Madame de Lursay* atrae a Meilcour al momento creando un desorden generalizado de los sentidos, volviéndolo incapaz de pensar claramente.

Al llevar a tus víctimas al momento, recuerda algunas cosas. Primero, un aspecto desordenado (el cabello revuelto, el vestido arrugado de *Madame de Lursay*) ejerce mayor efecto en los sentidos que una apariencia pulcra. Sugiere la recámara. Segundo, debes estar alerta a las señales de excitación física. Sonrojamiento, temblor de la voz, lágrimas, una risa inusualmente enérgica, movimientos de relajación del cuerpo (cualquier tipo de reflejo involuntario, pues el blanco imita tus gestos), un revelador *lapsus linguae*: estos son signos de que la víctima se desliza hacia el momento, y de que ha de aplicarse presión.

En 1934, el futbolista chino Li conoció a la joven actriz Lan Ping en Shanghai. Él comenzó a verla con frecuencia en sus partidos, animándolo. Se encontraban en eventos públicos, y él la descubría mirándolo con sus «extraños y ávidos ojos», y volteando luego a otro lado. Una noche la halló sentada junto a él en una recepción. La pierna de ella rozó la de Li. Platicaron, y ella lo invitó al cine. Una vez ahí, ella apoyó la cabeza en su hombro; murmuró algo a su oído, sobre la película. Luego pasearon por las calles, y ella le rodeó la cintura con el brazo. Lo llevó a un restaurante, donde bebieron un poco de vino. Li la llevó al hotel donde él se hospedaba, y ahí se vio arrollado por caricias y palabras dulces. Ella no le dio oportunidad de retroceder, ni tiempo para serenarse. Tres años más tarde, Lan Ping—quien pronto adoptaría el nombre de Jiang Qing— practicó un juego similar con Mao Tse-Tung. Ella sería la esposa de Mao, la infausta *Madame Mao*, líder de la Banda de los Cuatro.

La seducción, como la guerra, suele ser un juego de distancia y aproximación. Al principio sigues a tu enemigo a cierta distancia. Tus armas primordiales son tus ojos, y una actitud misteriosa. Byron tenía su famosa mirada de soslayo, *Madame Mao* sus ojos ávidos. La clave es hacer que la mirada sea breve y al grano, y luego desviarla, como una estocada al hender la carne. Haz que tus ojos revelen deseo, y mantén inexpresivo el resto de tu cara. (Una sonrisa echaría a perder el efecto). Una vez caldeada la víctima, acorta rápidamente la distancia, pasando al combate cuerpo a cuerpo, en el que no das al@ enemig@ margen para retirarse, ni tiempo para pensar o considerar la posición en que l@ has colocado. Para eliminar aquí el elemento de temor, sírvete de los halagos, haz que el objetivo se sienta más masculino o femenino, elogia sus encantos. Es culpa suya que hayas procedido al contacto físico y tomado la iniciativa. No hay mayor atractivo físico que hacer que el objetivo se sienta tentador. Recuerda: el corsé de Afrodita, fuente de sus indecibles poderes seductores, incluía, entre otros, el del dulce halago.

La actividad física compartida es siempre un señuelo excelente. El místico ruso Rasputín iniciaba sus seducciones con un señuelo espiritual: la promesa de una experiencia religiosa compartida. Pero luego sus ojos traspasaban a su víctima en una fiesta, e inevitablemente él la sacaba a bailar, acto que se volvía cada vez más sugestivo conforme él se acercaba a ella. Cientos de mujeres sucumbieron a esta técnica. En el caso de Flynn, la táctica era nadar o navegar. En medio de la actividad física, la mente se desconecta y el cuerpo opera de acuerdo con sus propias leyes. El cuerpo del objetivo seguirá tu ejemplo, será reflejo de tus movimientos, tan lejos como quieras llevarlo.

En el momento, todas las consideraciones morales se desvanecen, y el cuerpo vuelve a un estado de inocencia. Puedes crear parcialmente esa sensación mediante una actitud desenfadada. No te preocupes por el mundo, o lo que la gente piense de ti; no juzgues de ningún modo a tu objetivo. Parte del atractivo de Flynn era su total aceptación de una mujer. No le interesaba un tipo de cuerpo particular, la raza de una mujer, su nivel de estudios, sus convicciones políticas. Se enamoraba de su

presencia femenina. La atraía a una aventura, libre de las restricciones de la sociedad y de juicios morales. Con él, ella podía cumplir una fantasía, lo que para muchas era la posibilidad de ser enérgicas o transgresoras, de experimentar peligro. Así que líbrate de tu tendencia a moralizar y juzgar. Has atraído a tus objetivos a un momentáneo mundo de placer, suave y acogedor, sin reglas ni tabúes.

**Símbolo: La balsa. Flotando
al mar, dejándose llevar por la corriente. La
costa desaparece pronto, y los dos están solos. El agua
te invita a olvidar toda preocupación e inquietud, a sumergirte.
Sin ancla ni dirección, desprendid@ del pasado, abandónate
a la sensación de la deriva y pierde lentamente toda compostura.**

REVERSO

Algunas personas caen presa del pánico cuando sienten que caen en el momento. Con frecuencia, usar señuelos espirituales ayudará a encubrir la naturaleza crecientemente física de la seducción. Así operaba la seductora lésbica Natalie Barney. En sus mejores días, a principios del siglo XX, el sexo lésbico era sumamente transgresor, y las mujeres para quienes representaba algo nuevo solían tener una sensación de vergüenza o suciedad. Barney las conducía al contacto físico, pero tan envuelto en poesía y misticismo que ellas se relajaban y se sentían purificadas por la experiencia. Hoy pocas personas sienten repugnancia por su naturaleza sexual, pero muchas están a disgusto con su cuerpo. Un método puramente físico de seducción las alterará y perturbará. En cambio, haz que todo parezca una unión espiritual, mística, y ellas notarán menos tus manipulaciones físicas.

23. Domina el arte de la acción audaz

Ha llegado un momento especial: tu víctima te desea sin duda alguna, pero no está dispuesta a admitirlo con franqueza, y mucho menos a consentirlo. Es hora de dejar de lado la caballerosidad, la amabilidad y la coquetería y desarrollar con una acción audaz. No des tiempo a la víctima de pensar en las consecuencias; genera conflicto, provoca tensión, para que la acción audaz sea una gran liberación. Exhibir vacilación o torpeza indicará que piensas en ti, no que estás abrumad@ por los encantos de la víctima. Jamás te contengas ni dejes al objetivo a medio camino, en la creencia de que eres correct@ y considerad@; es momento de ser seductor@, no polític@. Alguien debe pasar a la ofensiva, y ese eres tú.

EL CLÍMAX PERFECTO

Mediante una campaña de engaño —la calculada apariencia de una conversión a la bondad—, el libertino Valmont tendió sitio a la virtuosa regidora de Tourvel hasta el día en que, perturbada por la confesión de que él la amaba, ella insistió en que él abandonase el château donde ambos se alojaban como huéspedes. Él obedeció. Sin embargo, de París le envió un alud de cartas, en las que describía su amor por ella en los términos más intensos; la regidora le suplicó detenerse, y él obedeció una vez más. Semanas después, Valmont llegó por sorpresa al château. En su compañía, Tourvel se ruborizaba y ponía nerviosa, y mantenía apartada la mirada, signos todos ellos del efecto que él ejercía en ella. Volvió a pedirle que se marchara. «¿A qué le teme?», preguntó él. «He hecho todo lo que me ha pedido, nunca me he impuesto sobre usted». Él guardó distancia y ella se relajó poco a poco. Ya no se retiraba de un recinto cuando él entraba, y podía mirarlo de frente. Cuando él ofreció acompañarla a un paseo, ella no se negó. Eran amigos, dijo ella. Incluso apoyó su brazo en el de él mientras caminaban, en gesto de amistad.

Un día lluvioso no pudieron dar su paseo usual. Valmont la encontró en el pasillo cuando ella entraba a su habitación; por primera vez, lo invitó a pasar. La regidora parecía relajada, y Valmont se sentó cerca de ella en un sofá. Él habló de su amor por ella. Ella opuso la más débil de las protestas. Él tomó su mano; ella la dejó ahí, y se inclinó contra el brazo de él. Le temblaba la voz. Lo miró, y él sintió que su corazón latía con fuerza: era una mirada tierna, amorosa. Tourvel comenzó a hablar. —«¡Bueno!, sí, yo...»—, pero de pronto se desplomó en los brazos de Valmont, llorando. Fue un momento de debilidad, pero él se contuvo. El llanto se volvió convulsivo; ella le rogó que la ayudara, que saliera del cuarto antes de que sucediera algo terrible. Así lo hizo. A la mañana siguiente, él se enteró al despertar de una noticia asombrosa: a media noche, alegando sentirse enferma, Tourvel había abandonado de súbito el château y vuelto a casa.

Esto ofrecía, además, otra ventaja: la de observar a placer su rostro encantador, más hermoso que nunca, mientras brindaba el poderoso señuelo de las lágrimas. Me hervía la sangre, y tenía tan poco control de mí que me sentí tentado a sacar el mayor provecho de la ocasión. • Qué débiles somos, y qué fuerte el dominio de las

circunstancias; pues yo, sin considerar mis planes, podía arriesgarme a perder todo el encanto de una larga lucha, toda la fascinación de una derrota laboriosamente administrada, por obtener una victoria prematura; distraído por el más pueril de los deseos, podía acceder a que el conquistador de *Madame de Tourvel* no consiguiera como fruto de sus empeños sino la insípida distinción de haber añadido un nombre más a la lista. ¡Ah, que ella se rindiera, pero que pelease! Que fuera demasiado débil para prevalecer, pero tan fuerte para resistir; que saboreara a placer la certeza de su debilidad, pero que se negara a admitir la derrota. Que el humilde cazador furtivo diese muerte al ciervo sorprendido en su escondite; el verdadero cazador lo acorralará.

VIZCONDE DE VALMONT, EN CHODERLOS DE LACLOS,
LAS AMISTADES PELIGROSAS

Valmont no la siguió a París. En cambio, dio en desvelarse, y no usaba maquillaje alguno para ocultar el aspecto paliducho que adquirió pronto. Iba a la capilla todos los días, y se arrastraba desanimado por el château. Sabía que su anfitriona escribiría a la regidora, quien se enteraría de su triste estado. Él le escribió a un cura en París, y le pidió transmitir un mensaje a Tourvel: estaba dispuesto a cambiar de vida para siempre. Quería una última reunión, para despedirse y devolver las cartas que ella le había escrito en los últimos meses. El padre concertó una entrevista, y así, ya avanzada una tarde en París, Valmont se vio una vez más solo con Tourvel, en una habitación de la casa de ella.

Era notorio que la regidora se hallaba en vilo; no podía mirarlo a los ojos. Intercambiaron cortesías, pero luego Valmont se puso severo: ella lo había tratado con crueldad, aparentemente había determinado hacerlo infeliz. Bien, este era el final, se separarían para siempre, ya que eso era lo que ella quería. Tourvel se defendió: era una mujer casada, no tenía opción. Valmont suavizó su tono y se disculpó: no estaba acostumbrado a tener tan fuertes sentimientos, dijo, y no podía controlarse. Aun así, jamás volvería a molestarla. Depositó entonces sobre la mesa las cartas que había ido a devolver.

Tourvel se acercó: la vista de sus cartas, y el recuerdo de la agitación que representaban, la afectaron poderosamente. Había pensado que la decisión de él de renunciar a su libertino modo de vida era voluntaria, dijo ella, con un toque de amargura en la voz, como si resintiera que se le abandonara. No, no era voluntaria, replicó él; se debía a que ella lo había desdeñado. Entonces, él se acercó de pronto y la tomó en sus brazos. Ella no se resistió. «¡Mujer adorable!», exclamó él. «¡No tiene usted idea del amor que inspira! ¡Jamás sabrá cuánto he apreciado más que la vida mis sentimientos! [...] ¡Ojalá goce usted de toda la felicidad que me ha quitado!». La dejó soltarse, y se volvió para partir.

Tourvel explotó de repente. «¡Tendrá que escucharme! ¡Insisto!», dijo, y lo tomó del brazo. Él volteó y se abrazaron. Esta vez Valmont no esperó más: la cargó y la llevó hasta una otomana, abrumándola con besos y dulces palabras de la felicidad que ahora sentía. Ante ese súbito torrente de caricias, todas las resistencias de Tourvel cedieron. «Desde este momento soy suya», dijo, «y no oírás negativas ni lamentos de mis labios». Cumplió su palabra, y las sospechas de Valmont resultaron ciertas: los placeres que obtuvo de ella fueron mucho mayores que los que había recibido de cualquier otra mujer a la que hubiera seducido.

¿Acaso ignora usted que, por dispuestas y ansias que estemos a entregarnos, hemos de tener una excusa de cualquier modo? ¿Y existe algo más conveniente que la impresión de rendirse a la fuerza? En cuanto a mí, admitiré que lo que más me halaga es un ataque vivaz y limpiamente ejecutado, cuando todo sucede en rápida pero ordenada sucesión; que nunca nos pone en la penosa situación de tener que disimular un error que, por el contrario, debemos aprovechar; que preserva una apariencia de toma por asalto de aun aquello que estamos dispuestas a rendir, y que halaga hábilmente nuestras dos pasiones preferidas: el orgullo de la defensa y el placer de la derrota.

**MARQUESA DE MERTEUIL, EN CHODERLOS DE LACLOS,
*LAS AMISTADES PELIGROSAS***

Interpretación. Valmont —uno de los protagonistas de *Las amistades peligrosas*, novela del siglo XVIII, de Choderlos de Laclos— puede advertir varias cosas en la regidora de Tourvel a primera vista. Ella es tímida y nerviosa. Es casi indudable que su esposo la trata con respeto, quizá demasiado. Bajo su interés en Dios, la religión y la virtud hay una mujer apasionada, vulnerable al señuelo de un romance y a la halagadora atención de un pretendiente ardoroso. Nadie, ni siquiera su marido, le ha transmitido esa sensación, porque a todos les han intimidado su aspecto gazmoño.

**¿Qué pretendiente listo no sabe ayudar con los besos \ las palabras sugestivas? Si te los niega, dáselos \ contra su voluntad; ella acaso resista al principio y te llame malvado; \ pero aunque resista, desea caer vencida. Evita que \ los hurtos hechos a sus lindos labios \ la lastimen y que la oigas quejarse con razón de tu rudeza. \ El que logra sus besos, si no se apodera de lo demás, **

**merece por mentecato perder aquello \ que ya ha conseguido.
Después de estos, ¡qué poco falta \ a la completa realización de tus
votos! La estupidez \ y no el pudor detiene tus pasos. \ [...]**

OVIDIO, *EL ARTE DE AMAR*

Valmont comienza entonces su seducción siendo indirecto. Sabe que a Tourvel le fascina en secreto su mala fama. Actuando como si contemplara cambiar de vida, él logra que ella quiera reformarlo, aspiración que es inconscientemente un deseo de amarlo. Una vez que ella se ha abierto a su influencia, así sea en forma leve, él ataca su vanidad: la regidora nunca se ha sentido deseada como mujer, y en cierto plano no puede sino disfrutar del amor que él le profesa. Por supuesto que ella forcejea y se resiste, pero eso no es sino señal de que sus emociones están comprometidas. (La indiferencia es el más efectivo elemento disuasor de la seducción). Tomándose su tiempo, sin dar pasos intrépidos aun teniendo la oportunidad de hacerlo, Valmont infunde en ella una falsa sensación de seguridad, y demuestra su valía siendo paciente. En la que él finge como última visita, percibe que ella está lista: débil, confundida, más temerosa de perder la sensación adictiva de ser deseada que de sufrir las consecuencias del adulterio. Él la emociona deliberadamente, le presenta sus cartas con un gesto dramático, crea cierta tensión practicando un juego de estira y afloja; y cuando ella lo toma del brazo, él sabe que es momento de atacar. Se mueve entonces rápidamente, sin dar tiempo a la regidora de pensar y dudar. Pero este acto parece producto del amor, no del deseo. Luego de tanta resistencia y tensión, ¡qué placer rendirse al fin! El clímax llega como una gran liberación.

**Yo, que he gustado los más diversos placeres y he alcanzado las
más variadas fortunas, digo que ni el favor del sultán, ni las
ventajas del dinero, ni el ser algo tras no ser nada, ni el retorno
después de una larga expatriación, ni la seguridad después del
temor y de la falta de todo refugio tienen sobre el alma la misma
influencia que la unión amorosa, sobre todo si la han precedido
largos desabrimientos y ásperos desdenes que han encendido la
pasión, alimentado la llama del deseo y atizado la hoguera de la
esperanza.**

**IBN HAZM DE CÓRDOBA, *EL COLLAR DE LA PALOMA.*
*TRATADO SOBRE EL AMOR Y LOS AMANTES***

Jamás subestimes el papel de la vanidad en el amor y la seducción. Si pareces impaciente, que estás que no te aguantas de sexo, indicarás que todo se reduce a la

libido, y esto tiene poco que ver con los encantos del objetivo. Por eso debes aplazar el clímax. Un cortejo prolongado alimentará la vanidad del objetivo, y hará que el efecto de tu acto audaz sea mucho más poderoso y perdurable. Pero si esperas demasiado —mostrando deseo, pero resultando después demasiado tímido@ para actuar—, suscitarás una clase diferente de inseguridad: «Te parecí deseable, pero no actúas conforme a tus deseos; tal vez no estés tan interesad@». Dudas como esta son una afrenta para la vanidad de tu objetivo («Si no estás interesad@, quizá no soy tan interesante»), y resultan fatales en las etapas avanzadas de la seducción: torpeza y malos entendidos brotarán por todas partes. Una vez que en los gestos de tus víctimas adviertas que están dispuestas y abiertas, debes pasar a la ofensiva, hacerlas sentir que sus encantos te han trastornado y empujado al acto audaz. Ellas alcanzarán entonces el placer supremo: la rendición física, y un halago psicológico a su vanidad.

Cuanta mayor timidez exhibe ante nosotras un amante, más a orgullo nos tomamos acosarlo; cuanto mayor respeto tenga a nuestra resistencia, más respeto exigiremos de él. Digamos por voluntad propia a los hombres: «¡Ah, por piedad, no nos crean tan virtuosas! Nos obligan a serlo en exceso».

—Ninon de l'Enclos

CLAVES PARA LA SEDUCCIÓN

Concibe la seducción como un mundo al que entras, un mundo separado y distinto al real. Las reglas son diferentes ahí; lo que da resultado en la vida diaria podría tener el efecto opuesto en la seducción. El mundo real brinda un impulso democratizador, igualador, en el que todo tiene que parecer al menos relativamente igual. Un desequilibrio expreso de poder, un franco deseo de poder, provocarán envidia y resentimiento; aprendemos a ser buen@s y corteses, cuando menos en la superficie. Aun quienes tienen poder tratan generalmente de actuar con humildad y modestia; no quieren ofender. En la seducción, por otro lado, puedes prescindir de todo eso, deleitarte en tu lado oscuro, infligir un poco de dolor; en cierto sentido, ser más tú mism@. Tu naturalidad a este respecto resultará de suyo seductora. El problema es que tras años de vivir en el mundo real, perdemos la capacidad de ser nosotr@s mism@s. Nos volvemos tímido@s, humildes, excesivamente corteses. Tu

tarea es recuperar algunas de tus cualidades infantiles, erradicar toda esa falsa humildad. Y la cualidad más importante por recobrar es la audacia.

Conocí una vez a dos grandes señores, hermanos, caballeros por igual de ilustre educación y talento que amaban a dos damas, una de ellas de más elevada condición y nota que la otra en todo sentido. Entrando ambos en la cámara de la gran dama, quien se hallaba en su lecho, cada cual se apartó para entretener a su querida. El primero conversó con la dama de alta cuna con el mayor respeto posible y humilde saludo y beso de manos, con palabras de honor y subido cumplimento, sin hacer siquiera el intento de acercarse ni forzar el sitio. El otro hermano, sin la menor ceremonia de palabras o frases corteses, condujo a su bella hasta una ventana empotrada, y se tomó incontinentemente toda libertad con ella (porque era muy fuerte), demostrándole que no era su costumbre amar *à l'espagnole*, con ojos y gestos y palabras, sino a la genuina manera y apropiada forma que todo amante verdadero debe desear. En cuanto terminó su tarea, abandonó la cámara; pero al salir, dijo a su hermano, con suficiente altura para que la dama oyera sus palabras: «Haz como hice, hermano mío, o nada conseguirás. Sé tan fuerte y valiente como lo serías en cualquier parte; porque si no muestras tu fuerza aquí y ahora, serás deshonrado, que no es este lugar de ceremonia y respeto, sino donde ves a tu dama de frente, que no espera más que tu ataque». Con esto, se apartó de su hermano, quien sin embargo se refrenó y dejó todo para nueva ocasión. Pero por esto la dama no le tuvo de ninguna manera en mayor estima, atribuyendo el hecho a extrema frialdad en el amor, falta de valentía o defecto de vigor físico.

SEIGNEUR DE BRANTÔME, *VIDAS DE DAMAS HERMOSAS Y GALANTES*

Nadie nace tímido@; la timidez es una protección que desarrollamos. Si nunca nos arriesgamos, si nunca probamos, jamás tendremos que sufrir las consecuencias del fracaso o el éxito. Si somos buen@s y discret@s, nadie resultará ofendido; de hecho, pareceremos sant@s y agradables. Pero la verdad es que las personas tímidas suelen estar ensimismadas, obsesionadas con la forma en que la gente las ve, y no ser en absoluto santas. Además, la humildad puede tener usos sociales, pero es mortífera en la seducción. A veces debes ser capaz de pasar por sant@ y humilde; esta máscara te será útil. Pero en la seducción, quítatela. La audacia es vigorizante, erótica y

absolutamente necesaria para llevar la seducción hasta su conclusión. Bien hecho, esto indicará a tus objetivos que te han forzado a perder tu natural compostura, y los autorizará a hacerlo también. La gente anhela tener la oportunidad de ejercer los lados reprimidos de su personalidad. En la última etapa de la seducción, la audacia elimina toda duda o torpeza. Al bailar, no es posible que las dos personas lleven. Una toma a la otra, la conduce. La seducción no es igualitaria; no es una convergencia armónica. Contenerse al final por temor a ofender, o por pensar que lo correcto es compartir el poder, llevará al desastre. Este no es espacio para la política, sino para el placer. Ya sea que lo ejecute la mujer o el hombre, se requiere un acto audaz. Si te preocupa tanto la otra persona, consuélate con la idea de que el placer de quien se rinde suele ser mayor que el del @ agresor @.

De joven, el actor Errol Flynn era incontrolablemente audaz. Esto lo metió a menudo en problemas; era demasiado agresivo con las mujeres deseables. Luego, viajando por el Extremo Oriente, se interesó en la práctica asiática del sexo tántrico, de acuerdo con la que el hombre debe adiestrarse para no eyacular, preservando su potencia y agudizando entre tanto el placer de ambos. Más tarde, Flynn aplicó también este principio a sus seducciones, y aprendió a restringir su osadía natural y a retrasar lo más posible el fin de la seducción. Así, aunque la audacia puede obrar maravillas, la audacia incontrolable no es seductora, sino alarmante; tienes que ser capaz de activarla y desactivarla a voluntad, saber cuándo usarla. Como en el tantrismo, puedes crear más placer si aplazas lo inevitable.

En la década de 1720, el duque de Richelieu se encaprichó por cierta duquesa. Ella era excepcionalmente bella, y todos la deseaban, pero era demasiado virtuosa para aceptar un amante, aunque podía ser muy coqueta. Richelieu esperó el momento indicado. Se hizo su amigo, encantándola con el ingenio que lo había convertido en el favorito de las damas. Una noche, justo un grupo de ellas, entre quienes se contaba la duquesa, decidió gastarle una broma, y obligarlo a salir desnudo de su habitación en el palacio de Versalles. La broma operó a la perfección: todas las damas lo vieron como Dios lo trajo al mundo, y rieron casi a sus anchas cuando lo miraron salir huyendo. Richelieu habría podido esconderse en muchos sitios; el lugar que eligió fue la recámara de la duquesa. Minutos después la vio entrar y desvestirse; y una vez apagadas las velas, se deslizó a la cama con ella. La duquesa protestó, intentó gritar. Él le tapó la boca a besos, y ella cedió final y felizmente. Richelieu decidió ejecutar en ese momento su acto audaz por varias razones. Primero, había terminado por gustarle a la duquesa, e incluso ella abrigaba un secreto deseo por él. Ella jamás lo intentaría ni admitiría, pero él estaba seguro de que existía. Segundo, la duquesa lo había visto desnudo, y no pudo menos que quedar impresionada. Tercero, ella sentía una pizca de piedad por su reciente apuro, y por la broma que se le había jugado. Richelieu, consumado seductor, no habría encontrado mejor momento.